

# LADO B

SEBASTIÁN  
BENEDETTI

HISTORIAS DESDE LAS  
FRONTERAS DE LA REALIDAD



**Sociales**  
Facultad de Ciencias Sociales UNICEN

**Ediciones EPC**  
de Periodismo y Comunicación



FACULTAD DE PERIODISMO  
Y COMUNICACION SOCIAL  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

# LADO B

HISTORIAS DESDE LAS  
FRONTERAS DE LA REALIDAD

*Sebastián Benedetti*

**Decana**

Andrea Varela

**Vicedecano**

Pablo Bilyk

**Jefe de Gabinete**

Martín González Frígoli

**Secretaria de Asuntos****Académicos**

Ayelen Sidun

**Secretaria de Investigaciones****Científicas**

Daiana Bruzzone

**Secretaría de Posgrado**

Lía Gómez

**Secretario de Extensión**

Agustín Martinuzzi

**Secretario de Derechos****Humanos**

Jorge Jaunarena

**Secretario Administrativo**

Federico Varela

**Secretaria de Finanzas**

Marisol Cammertoni

**Secretaria de Género**

Flavia Delmas

**Secretario de Producción y****Vinculación Tecnológica**

Pablo Miguel Blesa



Benedetti, Sebastián

Lado B : historias desde la frontera de la realidad / Sebastián Benedetti. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social ; Tandil : Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Del Centro de la Prov., 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-1807-9



1. Periodismo. 2. Perfil. 3. Crónicas. I. Título.

CDD 070.44

*Ilustraciones: Eduardo Cejo*

*Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste*

Editorial de Periodismo y Comunicación

Diag. 113 N° 291 / La Plata 1900 / Buenos Aires / Argentina

+54 221 422 3770 Interno 159

[editorial@perio.unlp.edu.ar](mailto:editorial@perio.unlp.edu.ar) / [www.perio.unlp.edu.ar](http://www.perio.unlp.edu.ar)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Primera edición, septiembre 2019

ISBN 978-950-34-1807-9

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

EPC - Argentina



## ¿QUÉ MIRÁS, SEBASTIÁN?

Lo extraño de la vida, lo que habita entre pliegues y en las sombras, lo que intuimos pero no podemos ver bien. Las sensaciones rayanas con la muerte. La naturaleza devorándolo todo. El silencio que deben sentir los pájaros al dejarse ir infinitamente en caída libre... El último libro de Sebastián reúne un puñado de crónicas maravillosas que exploran con curiosidad estos escenarios y experiencias donde la rareza y lo inmanejable se adueñan de la historia. Son relatos en los que no mandan las verdades absolutas que nos enseñaron en la escuela de periodismo, sino las miradas contemplativas que se construyen entre el cronista y quienes asomamos a través de sus ojos.

Un detalle interesante de estas notas que fueron publicadas en *Página 12*, *Rumbos*, *Gatopardo*, *Brando* y *Séptimo Sentido*, es que pueden leerse como cuentos. Por eso, no es raro verlo a Sebas hablando mano a mano con

un exorcista o abriéndose paso en la espesura misionera en busca de ruinas nazis; o que en otra página seamos nosotras, nosotros, en la inmensidad del río y un naufragio, los que nos desesperamos ante esas líneas de historia que parecen sin retorno.

Cada relato es puerta a un mundo enrarecido: pueden ser las estrechas catacumbas de la antigua París empapeladas de calaveras o la búsqueda de fantasmas en un castillo abandonado que alguna vez fue reformatorio. O el pasado masón de la ciudad de La Plata. O los monstruos ocultos en la vegetación del bosque italiano de Bomarzo. El tema es la mirada. Se trata de abrir los ojos, cerrarlos y escuchar. Contemplar lo que dejan a su paso la vida y la muerte, aunque no las entendamos demasiado. Valorar los interrogantes que jamás se van a develar. ¿Te diste cuenta, Sebas, que en tu curiosidad hay mucha infancia y una pizca de Lovecraft? Por favor, seguí contándonos qué ves cuando mirás.

*Ximena Pascutti, Buenos Aires, 16 de abril de 2019*



# INTRODUCCIÓN

Es apenas un momento. Un haz de luz en diagonal, un tajo en la realidad. El saltito corto sobre una línea: la que nos separa de eso que está más allá de los límites del día a día. Lo cotidiano -con sus lugares comunes, sus agendas mediáticas, sus rutinas- en algunos momentos deja huecos: puertas hacia lo levemente extraño. Y apenas unos centímetros más allá de esas fronteras invisibles aparece el *lado B*.

Pero atención: son solo centímetros.

Si en la sintonía fina de una radio –qué antigüedad- corremos las agujas solo un ápice de la nitidez, se abre un mundo grisáceo, lluvioso. Un mundo que no es lo suficientemente inaudible como para espantarnos, ni lo suficientemente claro como para detenernos en él. Y mucho menos con naturalidad, o placer. El sonido de la radio está ahí –sigue estando ahí, lo sabemos- pero ahora bañada en

ruido, en una nube espesa que la vuelve incómoda. Ajena.

De esa nube, de esa lluvia, trata de algún modo este libro. De lugares, experiencias y personas que están fuera de foco. ¿Qué une, si no, a un exorcista católico -que relata con pasmosa naturalidad sus rounds contra el diablo- con el minuto a minuto de un salto desde un avión desde tres mil metros de altura, con el corazón estrujado, solo por placer? ¿Qué hilo ata a un recorrido entre millones de huesos humanos a veinte metros bajo la tierra de París, con la trama de un castillo abandonado en la pampa bonaerense? ¿Y a los pasos tras las huellas de un arquitecto megaprolífico al que la historia ha decidido barnizar de misterio, con una caminata en la selva misionera hasta una vieja casa de piedra en la que –juran algunos- vivió un jerarca nazi?

Nada, y mucho a la vez.

El lazo se hace visible al tomar el camino inverso, la senda a contramano. En estos días de cierto fervor por buscar, a través de los textos, lo fantástico en lo cotidiano –con todo lo válido que eso tiene, por supuesto- éste es el viejo y querido circuito al revés: explorar eso ligeramente extraordinario, borroso, atípico, que se sale más o menos de la norma, la realidad extramuros, para contarlo con la llanura –la saltarina llanura- de la palabra escrita.

Y esa cara B, ese lado oscuro de nuestra luna urbana y cotidiana, no solo camina hacia el lugar común de lo misterioso, fantasmagórico o inefable. Sobrevuela lugares que la industria del turismo propone como tenebrosos, pero también abarca un puñado de situaciones y sensaciones en primera persona y muchas en tercera. Roza historias dominadas por la mitología popular y el rumor. El drama y la amistad hiperbólica.

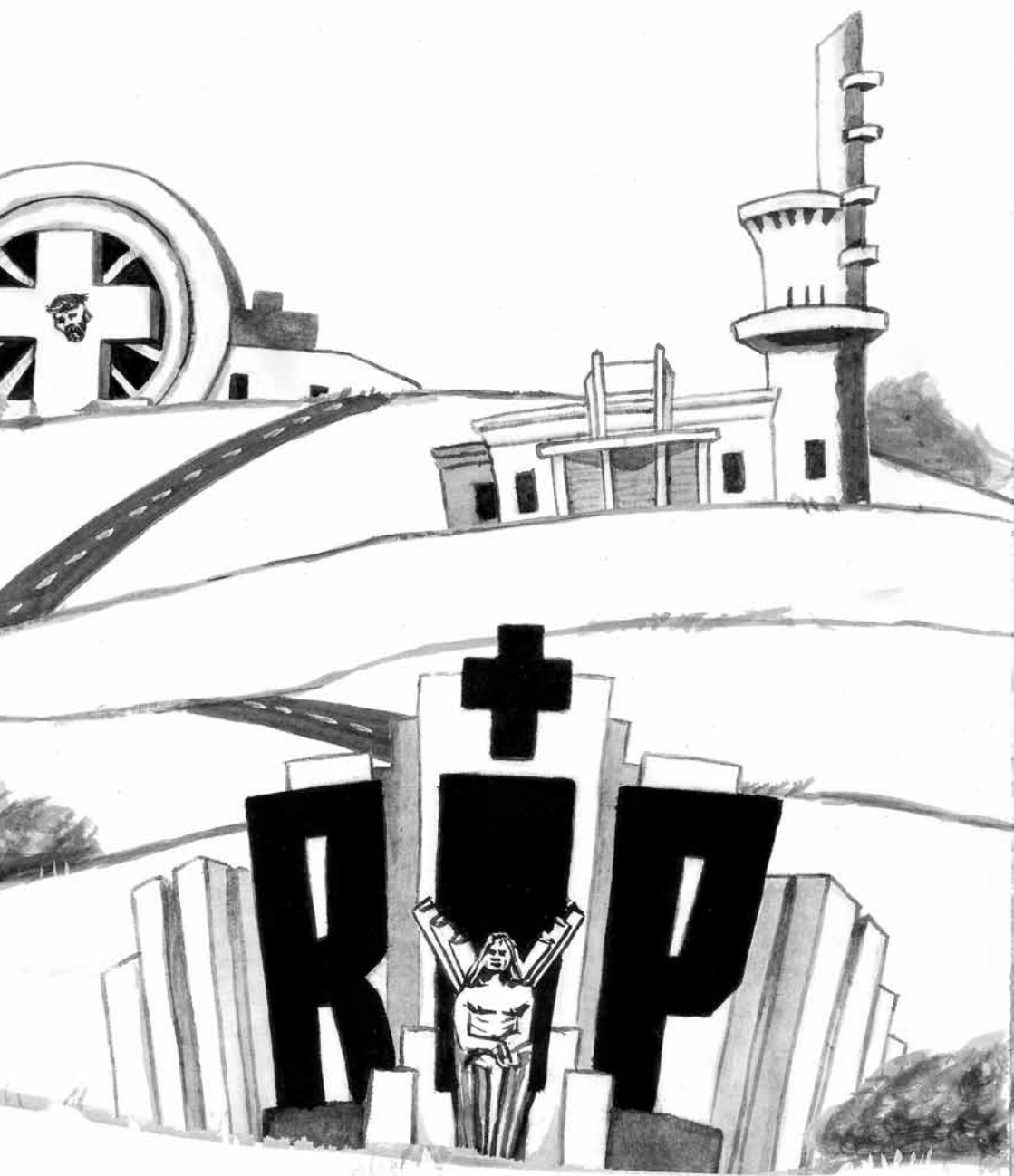
Este libro reúne textos publicados en medios como *Página/12*, *Brando* y *Rumbos* (de Argentina), *Gatopardo* (de México), *Séptimo Sentido* (de El Salvador), entre 2009 y 2019. Toda una década que, desde la perspectiva que da el espejo retrovisor, muestra que muchas de estas notas habían ido naturalmente hacia ese universo. Por fascinación, por curiosidad o quién sabe por qué, surgieron en sus momentos como ideas, que luego fueron propuestas a los editores, y que luego fueron realidad; cada una con su estilo, su adecuación a cada medio –desde breves recorridos publicados en una sección de viajes, hasta largos reporteos con aliento narrativo-, con sus marcas de época, su extensión, sus características. Ahí estaban, en esos medios, en distintos momentos.

Unidas, son apenas un sumario posible de un periodismo que abandona la carrera por la primicia antes de largar. Un periodismo que no se preocupa tanto por el qué –aunque está ahí, oh, fundamentalistas de las cincodoble vé- sino que se regodea, más bien, en el cómo. Que invita a escuchar las historias de un puñado de personas, situaciones y lugares con la sintonía corrida de lugar. Y enlazadas siempre por el denominador común de convivir en ese costado torcido, chueco; en ese lado B inagotable que tiene tanto para ofrecer.

The background features a watercolor illustration of a landscape. On the left, a tall, thin tower with a dark circular opening at the top stands on a hill. In the center, a road with white dashed lines curves through the scene. On the right, a large, circular structure with a dark interior is partially visible. The overall style is soft and artistic, with muted colors and visible brushstrokes.

## ÍNDICE

¿Qué mirás, Sebastián?	7
Introducción	9
El loco de las torres	14
El imperio de la muerte	34
Elige tu propia aventura: un Bormann subtropical	45
Alto en el cielo	59
El retiro del exorcista	67
La capital enigmática	86
Monstruos eternos en Bomarzo	96
Río adentro	114
Los fantasmas de Egaña	135
Chascomús: el reino absurdo	143
Agradecimientos	166
El autor	168





## EL LOCO DE LAS TORRES

*En Argentina renace silenciosa la figura de un ingeniero y arquitecto que marcó el paisaje de más de veinte ciudades. A cincuenta años de la muerte de Francisco Salamone en el más profundo olvido, el arte y la ciencia abren sus ojos al misterio del loco de las torres.*

*\*Publicada en revista Gatopardo (México), junio de 2009.*

Esta historia es, en realidad, dos historias.

Una involucra a un ingeniero siciliano que pasó a finales de los años treinta por la provincia de Buenos Aires, Argentina, y dejó un tendal de construcciones gigantescas en un entorno de pueblos ínfimos. El listado incluye edificios municipales, plazas, portales de cementerios, delegaciones, corralones, mataderos, luminarias, sillas, bancos, Cristos, cruces. Once municipalidades, 16 delegaciones, 11 plazas y parques, 17 mataderos, siete portales de cementerios, cinco crucifijos, dos remodelaciones y ampliaciones, una escuela, dos mercados y un corralón. Setenta obras en menos de cuatro años, entre 1936 y 1940, en más de 30 localidades y a un promedio de una cada 15 días, todas proyectadas, diseñadas y dirigidas por el mismo constructor en sitios con nombres como Balcarce, Rauch, Laprida, Coronel Pringles, Guaminí, Alberti, Tornquist, Alem, Adolfo Alsina, Pellegrini, Azul, Gonzales Chaves, Chascomús, Salliqueló.

La otra historia comienza en 1991, a bordo de un pequeño avión que vuela bajo, sin plan, con un hombre que intenta avistar una referencia allá abajo, en la tierra. El arquitecto Alberto Bellucci sabe que el objeto que busca tiene que verse desde lo alto, desde lejos. Y lo ve.

El extraño pórtico de cementerio en las afueras del pueblo de Saldungaray, que hizo que una historia no pudiera existir sin la otra, destapó un cofre olvidado que la arquitectura, el cine y la fotografía descubrieron con extrañeza, con cierto placer, casi con fetichismo, a partir de los años noventa. Claro que, tras esas construcciones, apareció un hombre que, a 50 años de su muerte, sigue siendo un misterio: el constructor de todas esas cosas, el siciliano Francisco Salamone.

Cualquier afirmación sobre él y sobre el porqué de su obra se tambalea en la cornisa de las hipótesis. Solamente quedan, inmóviles, magnéticas, sus más de 70 construcciones financiadas por la política de obras públicas del Estado en pueblos de la pampa argentina. Palacios municipales, portales imponentes y ángeles de la muerte, hoy admirados hasta la exacerbación, y sobre los que pesa, también, la acusación de fascismo.

\*\*\*

Francisco Salamone nació en Catania, Sicilia, en 1897. Sus padres pusieron proa a la Buenos Aires de las oportunidades en 1903. Se sabe que el viejo Salvatore Salamone se trasladó con su oficio de constructor a cuestras, y a los golpes logró sostener a su familia deslomándose entre cal y cemento. Tenía cuatro hijos varones y una niña. Josefa, Ángel, José, Carlos y Francisco. Los varones siguieron los pasos de don Salvatore.

Después de graduarse en el colegio industrial Otto Krause, partió en 1917 rumbo a Córdoba, en el centro del territorio argentino, sede de una prestigiosa universidad.



Ahí, dicen los papeles oficiales, en diciembre de 1920 recibió el diploma de ingeniero arquitecto, y en agosto de 1922 juró como ingeniero civil. Al cumplir 25 años, tenía ya dos títulos. El 605 fue su número en el Centro Argentino de Ingenieros. Lo aceptaron en la Sociedad Central de Arquitectos el 24 de noviembre de 1924, bajo la carpeta 957. En esa última entidad tuvo una serie de choques, proyectos ignorados, desaires, hasta que fue dado de baja por falta de pago en 1933. Nunca le preocupó demasiado. Sólo borró toda relación en sus tarjetas personales.

Se sabe, se lee, que se enamoró de las ideas de la Unión Cívica Radical, aunque no prosperó la posibilidad de una candidatura a senador provincial. Pero, estuvo cerca. Y con ese intento se fue toda perseverancia tras los cargos públicos. Se sabe que, contra los rechazos iniciales de la familia de la novia, se casó en 1928 con Adolfinia Croft, Finita, hija del cónsul inglés en la ciudad de Bahía Blanca, activo puerto al sur de Buenos Aires. Se instalaron en territorio cordobés, y Salamone hizo sus primeras armas en la proyección y construcción, donde el trazado de una plaza en el pueblo de Villa María queda como único antecedente claro. Eran los años treinta, los primeros de una crisis global que ya sacudía a todo el planeta. Fue en 1935 cuando Francisco y Finita regresaron a Buenos Aires. Y es en realidad allí donde comienza la historia, su historia.

Salamone fue un tipo muy creativo, inteligente, con una capacidad de trabajo enorme, que estuvo en el lugar indicado en el mejor momento”, resume el arquitecto René Longoni. También uno de los principales responsables del redescubrimiento de estas obras después de décadas. Desde mediados de los noventa, coordina el área de investigación

de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo en la Universidad de La Plata. Informado, documentado y con un trabajo de campo en el que habrá gastado más de un par de zapatos, Longoni se enfoca en la idea de un arquitecto prolífico que vio su oportunidad y lima cualquier posible mitología hasta dejar al constructor con su tablero de dibujo a un costado de la cama, disponible para plasmar destellos de lucidez mientras dormía sólo tres horas por noche. Apoyándose en la falta de pruebas, aleja a Salamone de relaciones políticas directas, de compromiso fascista, de ideas simbólicas.

“Si querés escribir un artículo interesante no vengas a hablar conmigo —dice—. Hemos dedicado años a darle la dimensión humana al pequeño diablo...”.

En 1936, con elecciones que quedaron en la historia como olímpicamente fraudulentas, en la provincia de Buenos Aires se proclamó gobernador a Manuel Fresco, un personaje de tinte fascistoide y admirador de Mussolini. “No dejamos hacer, ni dejamos pasar: intervenimos”, repetía Fresco. Enmarcada en un país que encaraba su propio New Deal, con la idea de la obra pública y el Estado como motores de la vida del argentino, esa intervención se tradujo en el llamado Plan de Obras Públicas Municipales. Y se recostó en tres leyes de 1937, que permitían programar obras entre 1937 y 1940, y también en una ley de 1929.

Traspassando los márgenes de la Capital Federal, la provincia tiene un primer cordón conocido como Gran Buenos Aires, fabril, populoso y denso. Pero más allá, hacia la pampa húmeda, una red de rutas se entrecruzan y unen 134 municipios (por aquellos años, unos 110) donde el paisaje rural es el denominador común. Un territorio de

más de 300 mil kilómetros cuadrados, con unos 15 millones de habitantes. Un pequeño país dentro de otro. Es ese el terreno de Salamone.

“La relación entre Fresco y Salamone no puede ser pasada por alto de ninguna manera. Salamone era un personaje seguramente derechista, casi fascista, con un carácter duro, firme, decidido a construir el Estado provincial”, dice Alberto Bellucci, aquel personaje que sobrevolaba la pampa en avión a comienzos de los años noventa. En aquel momento, por encargo de The Journal of Decorative and Propaganda Arts de Miami, salió a rastrear algún costado desconocido de la arquitectura argentina. Recordó comentarios de colegas y pequeñas tesinas inéditas sobre edificios raros. Con poco tiempo y muchos kilómetros por recorrer, partió hacia Saldungaray, el punto más lejano del que tenía referencias de obras de ese arquitecto que era, todavía, un completo desconocido: Salamone. Bellucci adhiere hoy con todas sus fuerzas a una evidente relación ideológico-arquitectónica. “El gobernador Fresco tuvo en Salamone algo como lo que Hitler tuvo en [Albert] Speer”.

Para Bellucci, Fresco y el constructor caminaron una misma senda de pensamiento, fascista, monumental, propagandístico. Y se apoya para sostener esta idea en las características de la obra, la coincidencia temporal y su desaparición pública posterior.

Siguiendo esa línea, la tríada central del trabajo salamónico fue municipios-cementerios-mataderos. O, lo que sería lo mismo, la llegada de un Estado gigante, autoritario y poderoso al llano inabarcable. Una faraónica materialización de un nuevo orden social. Un reguero de edificios-símbolo marcaban el aterrizaje del verdadero poder.

Un gigantismo excesivo en sitios minúsculos, marcaban la poderosa presencia del Estado. Así, basándose en el estilo art déco, brotaron altas torres espigadas, más altas que las de las iglesias, que elevaban relojes hacia el cielo en edificios municipales que se erigían como máquinas de trámites en pueblos diminutos y olvidados.

Los mataderos eran el vértice funcional de la tríada: superando la faena a cielo abierto, muy sucia y despereja, se creó un nuevo sistema de ventilación y tratamiento de la carne, más rápido y funcional. El caso de la ciudad de Pringles quizá sea el más completo con una idea estilística que une municipalidad, plaza central —con sus fuentes mitad Metrópolis, mitad Disneylandia— y un matadero con una torre terminada en delgadas láminas, como cuchillas que presagian su función. Símbolos y más símbolos.

Los portales de cementerios son la columna vertebral de la obra de Salamone. Un monumentalismo plantado en el llano, cuya mayor función era el impacto. El gobernador Fresco inició un proceso de expansión del poder público sobre el campo con “Dios, Patria, Hogar” como lema a seguir. En ese contexto, lo descomunal de estas obras parece encajar al milímetro. Pero, la falta de documentos hace agua en el caso puntual de Salamone. Todos sus trabajos públicos fueron encargados directamente por cada municipio, sin pasar ni depender de organismos provinciales. A través de aquella ley de 1929, cada uno podía endeudarse para levantar obras de interés local. Si hubo directivas, fueron orales. Al mismo tiempo deambulaban por la provincia constructores de todo tipo que hicieron lo suyo, de forma menos dramática —grandes arquitectos como Alejandro Bustillo, Francisco Marseillán, Esteban Pérez, González

Fernández—, contratados por otras tantas comunas. Salamone no fue el único, pero fue diferente.

Algunos hablan de una gran amistad entre Salamone y Fresco, y de un encargo personal de grandilocuencia. Otros —como Longoni— sólo mencionan oportunismo, coincidencias, ojo de águila para los negocios. Pero de nada hay pruebas: sólo la interpretación de sus obras. Él nunca dijo nada. Después de ese periodo febril, no hizo casi nada más. No tuvo amigos arquitectos. No hay papeles. Dibujaba, fumaba, iba y venía en vuelos contratados con la empresa aérea Panagra. Construía.

A Salamone, el hombre, “le pedías la luna, y la tenías”. El rostro se le llena de sonrisa a Ana María Salamone Croft, frente a su taza de café negro en un bar porteño. Annie es la tercera hija de Francisco. Eran Ricardo, Roberto, Ana María y Stella Maris; los varones ya no están. Se emociona cuando le menciono esta reconsideración de la obra de su padre, aunque repite una y otra vez que no pudo compartir muchos momentos con él. Se emociona, pero no recuerda. Cuenta que todos los documentos de su padre se perdieron, poco después de su muerte, en 1959, cuando los archivaron en un depósito de la familia en los límites de la ciudad. Con ellos se esfumaron lámparas y mesas de lujo. “No sé, en ese momento yo estaba como en otro mundo, esperando un bebé”, dice.

Sonríe, pero sólo tiene la imagen del viejo Francisco en la planta baja de la calle Uruguay donde la familia vivió los días más felices, él fumando sus cigarrillos Commander uno tras otro hasta conseguir una salud deteriorada, y disfrutando de comidas succulentas. Recuerda vagamente la llegada de los amigos todas las tardes para las partidas de

póquer y el vermouth conversado, en los años cincuenta. Ante muchas preguntas menciona a Roberto, su hermano mayor, fallecido el año pasado, el más compañero de Francisco. Le pregunto si conoce las obras que su padre hizo siete décadas atrás. Si las ha recorrido, si se ha parado frente a ellas. Si ha estado en Azul, en Laprida, en Saldungaray, en Pringles. Piensa, calla unos instantes.

Y responde que no.

\*\*\*

Los nombres de las ciudades de Azul y Laprida se repiten una y otra vez en textos, charlas, entrevistas y todo cuanto roce al ingeniero. Azul está casi en el corazón de la provincia. Es una ciudad antigua, que hoy tiene poco más de 60 mil habitantes, y allí se levanta la que es hoy considerada su obra cumbre: el portal del cementerio, construido en 1937.

Una masa de hormigón de 21 metros de alto por 43 de frente que abraza toda una esquina. La sigla RIP (requiescat in pace) en gigantescas letras de granito negro, y dos esculturas que parecen pequeñas llamaradas enmarcan a una figura inexplicable. Las voces populares se han encargado de llamarlo El Ángel Exterminador o Ángel de la Muerte, parado en el centro de la escena, con sus alas desplegadas y las manos cruzadas sobre la empuñadura de una espada. El rostro tiene el ceño fruncido y, según el sol va bajando, las líneas cubistas, facetadas, parecen moverse. Una vez inaugurado el pórtico, muchos azuleños eligieron enterrar a sus familiares en pueblos cercanos, sólo para no tener que cruzarse con el ángel y dejar a sus seres queridos allí.

Algunas horas de ruta más adelante, la entrada a Laprida conjuga todo lo típico de los pueblos de la provincia. Kilómetros y kilómetros de asfalto, llanura y vacas que terminan en una bienvenida austera, sencilla. Pero en el fondo, controlando el horizonte, hay una torre de líneas rectas y un reloj, que marcan la vida lapridense. Siete décadas después de su construcción, esa torre municipal sigue activa, mirando con el pecho inflado y desde arriba a la cúpula de la iglesia cercana.

Ante la sola mención de Salamone, el secretario de Gobierno de la ciudad, Pablo José Torres, sale al encuentro gentil, interesado. El “redescubrimiento” de la obra del ingeniero los tomó por sorpresa, y como en todas las ciudades y pueblos que tienen obras del siciliano están sacudiéndose de la siesta para ver qué hacer con edificios y construcciones que de tan evidentes el tiempo volvió invisibles. De tanto en tanto llegan turistas europeos a verlos, y ellos les improvisan un tour.

“Hay una historia que no sé si será verdad... —dice—. Cuentan que el Cristo del cementerio iba en un tren hacia el sur. Dicen que a Bahía Blanca. Y que el caudillo de entonces hizo parar el tren y a punta de pistola dijo: ‘El cementerio se queda acá’”.

Ese portal del cementerio de Laprida es, junto con el de Azul y el minúsculo pueblo de Saldungaray, una de las obras más expresivas y extrañas. Al final de un largo camino flanqueado por árboles, la cruz de más de 30 metros de altura, una estructura hueca de hormigón que soporta una figura de 11 metros, domina todo el paisaje. Transformando el típico portal neutro —que aún sobrevive incluso en los cementerios más importantes de la capital argentina—

Salamone dibujó un Jesucristo cubista, facetado, como todo lo que salía de sus manos y de su cabeza en esos días, y le llevó las ideas al escultor Santiago Chiérico. En su taller del barrio porteño de Liniers, Chiérico moldeó figuras, hizo pruebas, arregló, multiplicó modelos en escala y terminó, lista para ensamblar, una figura pensada para colocar en una cruz que lo dobla en dimensiones, en un sitio recóndito, de poca importancia comercial y un número de habitantes que no desvelaría a nadie. "Era un gran transgresor. Un impugnador de tradiciones. Lo raro es que muy pocas veces le dijeron 'no señor, esto no'. Hizo cuanta locura se le ocurrió", reflexiona Longoni.

La locura de Saldungaray completa sus tres portales de cementerios más monumentales, y lo hace en el mismo sentido que en Laprida. Aquí no hay una figura inefable como en Azul, aquí hay un Cristo. O por lo menos, su cabeza inerte. Y la rodea un disco clavado en la tierra, como si hubiese caído del cielo, de 18 metros de diámetro. Detrás de la cabeza pendiente y su cruz, cristales azulados acompañan una serie de rayos.

Como si las lecturas sobre la significación simbólica e ideológica de las obras no despertaran suficiente imaginación, algunos pueblos esgrimen pruebas y hasta ven milagros en las figuras religiosas creadas por Salamone. En Tornquist, bien al sur de la provincia, descansan municipio y plaza con su firma. De la inauguración del palacio hay sólo un registro fílmico, realizado por un vecino, que aún es conservado en un museo. Desfile, palacio reluciente y desproporcionado, banderas, gente. Las banderas que flamean son lisas y en el centro tienen la cruz svástica. La zona de Tornquist es conocida por ser uno de los cobijos



de colonias alemanas, inmigrantes que encontraron allí su hogar. Y lo cierto es que, hacia 1938, la bandera oficial alemana era la del Tercer Reich con su svástica en el centro.

En Carhué, otro de los pueblos con la marca Salamone, el mito ha crecido de boca en boca con los años. Allí, el ingeniero fue contratado para levantar el palacio municipal, el matadero y algunas delegaciones, obras que se inauguraron el 3 de diciembre de 1938. Y ahí también levantó uno de los Cristos-modelo de Chiérico, diseñados por Salamone, que, cuentan, el ingeniero regalaba a modo de ofrenda a las primeras damas de cada poblado en que terminaba su labor. El sitio elegido para el emplazamiento de éste fue la bifurcación de dos caminos, uno que llevaba al cementerio y otro que enfilaba hacia la Villa Lago Epecuén, la pujante zona balnearia de los alrededores. Allí se instalaron el Cristo y su cruz una tarde calurosa de fines de 1938. Pero esa misma noche una fuerte tormenta hizo ceder el cemento apenas fraguado y el Cristo terminó en el suelo, con un brazo roto. Por orden del intendente Marcalain, lo cargaron en un carro y emprendieron el camino hasta un depósito municipal para dejarlo ahí hasta poder repararlo. Cuando llegaron, los empleados caminaron hacia la parte trasera a bajar la sufrida figura de hormigón. Y la encontraron, cuentan, recostada exactamente al revés: donde posaron su cabeza, ahora estaban los pies. Desde ese momento el fenómeno corrió como pólvora en el pequeño pueblo, y su recuerdo aún divide las aguas.

El segundo hecho mítico de Salamone en Carhué también tiene que ver con aguas. El Cristo caído en desgracia quedó en el depósito, y Salamone hizo enviar otro igual para colocarlo en el lugar que había sido elegido. Ese Cristo

suplente señaló la división de los dos caminos, al final de una senda de eucaliptos, durante décadas. Pero en 1985 una inundación se llevó a toda la Villa Lago Epecuén: un sistema de terraplenes cedió a la presión del agua y cubrió casas, hoteles, el matadero. Algunos años después de la entrada del agua el nivel era de unos seis metros, y alcanzó su máximo en 1992, cuando llegó a los 10. Pero, y aquí el mito, el agua subió hasta llegar al Cristo del camino. Mojó sus pies, cubrió su cintura, y a la altura del pecho, se detuvo. Y permaneció ahí por años: de la gran masa líquida asomaba un rostro doliente y marcaba el milagro de haber detenido el avance del agua, que nunca llegó hasta Carhué, la ciudad cercana.

Las devociones no se hicieron esperar, y la gente se las ingenió para acercarse en botes, dejar ofrendas, y en la mayoría de los casos, llevárselas. Después de mucho el municipio construyó una explanada de madera, para que la gente pudiera acercarse caminando. Hoy el agua volvió a bajar y la figura está de nuevo al descubierto, con sus manos arrancadas y el cuerpo carcomido por la enorme salinidad del lago.

Su ignorado Cristo antecesor, luego del temeroso encierro en un galpón, fue instalado a unos 70 kilómetros de allí, en un campo, solitario. Ese Cristo del Médano, con su origen tan accidentado como misterioso, recibe, hoy, fieles y devotos.

Claro que Francisco Salamone nunca llegó a saberlo.

Las décadas del cuarenta y del cincuenta fueron las del eclipse. Desde 1938, mediante una alianza radical-conservadora, Roberto Ortiz había reemplazado a Agustín P. Justo en la presidencia, en un giro político que cambió

el escenario: con la idea de sanear la política, en marzo de 1940 el gobernador Fresco fue corrido de su cargo. El plan de obras ya venía con el freno apretado desde mediados de 1938 por falta de materiales y problemas económicos por el inicio de la guerra en Europa, lo que comprime aún más el promedio de tiempo en que Salamone levantó sus construcciones. Cuando intentaba dar las últimas puntadas a su mapa de obras, los proyectos de ciudades como Tres Arroyos o Lobería se descartaron de plano. Sólo quedó, perdido en el final e inaugurado ya en 1940, el palacio municipal de Chascomús, un diseño atípico en él, de rasgos neocoloniales que lo hacen irreconocible.

El final abrupto del gobierno de Fresco lo arrastró. Del pensamiento de Salamone no hay rastros, pero su enorme producción en el marco del gobierno de un hombre de saludo con brazo en alto y retratos de Hitler y Mussolini vistiendo su despacho, que era mimado por los medios partidarios de Il Duce, seguidor de las políticas italianas de la época (como un código de trabajo inspirado en la Carta del trabajo de Mussolini), de la propaganda masiva, e integrante de organizaciones de derecha, lo condenó.

Recluido en su casa, tres años después un juicio puso a Salamone entre la espada y la pared. En realidad se trataba de una acusación casi ingenua, mientras se producía un nuevo golpe de Estado: problemas en una pavimentación en Tucumán, provincia del norte, en la que había firmado como director técnico. Lo mejor era el exilio, le dijo su abogado Antonio Tróccoli. Y así, las calles de Montevideo lo vieron llegar para evitar la prisión preventiva, hasta que se limpiase su buen nombre y honor. Los días montevideanos se repartieron entre la angustia de sentir la cabeza en la picota

del régimen caído, y momentos de hiperactividad dibujando planos utópicos, pensando en pasar más tiempo con Finita y los chicos, con los amigos, volver a sus "arquicaricaturas", unos retratos facetados con los que solía divertirse.

Salamone pisó Buenos Aires en 1945, y ese año Finita le dio su cuarta y última hija, Stella Maris, que nació el 16 de septiembre. Se instalaron en la casa que el siciliano amó hasta su muerte, en la calle Uruguay 1231. Cuatro pisos con una habitación para que Finita se dedicara a la escultura, y hasta un gallinero en la parte trasera. Ahí montó la oficina de Saffra (ya no se presentaría como Francisco Salamone Ingeniero Arquitecto), una sigla que unía algunas iniciales familiares, y se autofinanció para poder levantar algunos pocos edificios en la capital, completamente alejados de su estilo de años atrás. Siguió haciendo algunos trabajos de pavimentación, y poco más. Pero su ostracismo arquitectónico fue acompañado por una sociabilidad enorme: trasnochaba, cuidaba cada vez menos su salud. Ya había sufrido dos infartos, a los 30 y a los 40 años, y sólo había aceptado desprenderse de sus Commander.

La planta baja de la casa era el lugar de reunión de todas las noches. Los amigos, el póquer y las copas aparecían religiosamente cada tarde. Desde el segundo piso, donde estaban los dormitorios, la pequeña Stella Maris espiaba, asomada a un círculo enorme que le permitía ver el living en pleno. Durante esos días el único proyecto grandilocuente eran unos bocetos para una utópica Torre de las Provincias, de 64 pisos, con un faro en lo alto, y ubicada en pleno centro de Buenos Aires.

Finita era todo lo contrario a Francisco. Solitaria, casi fóbica. Como tenían una situación económica sumamente

tranquila, veraneaban siempre en la costa, a veces cerca del balneario de Miramar. Y un día, Finita se quiso quedar. La familia se mudó a un edificio en Mar del Plata, mientras Salamone seguía instalado en sus oficinas de Buenos Aires, trasnochando y sin cuidarse. Eso fue hacia 1951, o 1952.

Stella Maris, ahora con 64 años, se emociona en su casa de Mar del Plata. Decidió quedarse para siempre en esa ciudad. La única excepción fue en su adolescencia, cuando se instaló por un tiempo en la capital con su papá. Y entonces fue cuando él murió en sus brazos.

“Tengo un reloj que no lo prendo nunca. Porque tiene el mismo movimiento, el mismo sonido que sus pisadas cuando se acercaba al corralito en el que yo estaba de niña. Cuando lo oía, me volvía loca. Estoy enamorada de mi papá”, dice y remarca el tiempo presente de su estoy.

A sus 14 años, dejó la casa materna en Mar del Plata. Ya Salamone había tenido que vender la casona de Buenos Aires y con ella, cuentan, se había marchado parte de su alma. Los motivos eran económicos, aunque nunca llegaron a ser apremios graves: compró un dúplex y Stella se instaló en el piso superior, feliz con su jaula para animales que él le mandó construir.

Mientras, el art déco quedaba definitivamente fuera de los cánones de belleza de la academia y empujaba aún más a Salamone al fondo del interminable cono de sombra. Annie tiene grabadas las visitas diarias del enfermero, cada inyección para la diabetes, a lo largo de 1959. En el atardecer del 7 de agosto de ese año, Finita estaba en Buenos Aires y tomaba algo con su marido. Hablaban, todo parecía estar bien. Stella se recuerda junto a ellos, moviéndose de un lado a otro. Horas después, en plena madrugada,

despertaba sobresaltada por los gritos de su mamá. Aquella noche corrió a la habitación de sus padres, donde Francisco respiraba con un esfuerzo fatal. Lo abrazó, lo apoyó en su falda, y en pocos minutos, lo vio morir. “Ahí se me cayó el cielo”, recuerda. El tenía 62 años, ella 14.

Stella Maris habla de su padre con amor. Tiene, dice, más recuerdos con él que con Finita. Su madre se desligaba de los quehaceres domésticos, y de ellos. La niñera alemana ordenaba los días de Stella, y sus hermanos mayores Ricardo y Roberto se mantenían a raya por la figura paterna.

Le pregunto si recorrió las obras que le dieron fama a su padre. Otro silencio. “Alguna —responde—. Estuve en el pueblo de Rauch, donde hizo la municipalidad”.

—¿No conoce ninguno de los portales de cementerios que hizo su padre?

—No.

\*\*\*

La historia que comenzó a escribir el arquitecto Bellucci en aquel avión tuvo capítulos de todo tipo en los últimos años. El texto que publicó en aquella revista estadounidense disparó la atención del crítico y coleccionista de arte Edward Shaw y de su hijo Tom, que salieron, cámara en mano, a captar imágenes de las construcciones. Eso terminó en las exposiciones fotográficas “Salamone, la consagración”, de 1997 y 2007, ambas en el Centro Cultural Borges de Buenos Aires. La primera muestra, a su vez, despertó el interés de Esteban Pastorino Díaz, fotógrafo argentino que atravesó rutas entre 1998 y 2001, y capturó los monumentos siempre de noche, con una técnica que

acentuaba la llanura tétrica del entorno, en contraste con la majestuosidad de lo construido. Las expuso en 2002 en Buenos Aires, y se convirtió en un verdadero imán, disparando una nueva oleada de admiradores del ingeniero.

René Longoni y su colega Juan Carlos Molteni publicaron el libro técnico Francisco Salamone, sus obras municipales y la identidad bonaerense, en 2004. Algo similar ocurrió en la Universidad de Mar del Plata, con un trabajo de dos volúmenes. En estos días, el arquitecto Pablo Gerson ultima detalles de un documental audiovisual, atraído por las descripciones que el mismo Bellucci le hizo hace algunos años, durante las clases en la facultad.

Uno de los últimos mojones del “rescate” data de 2008, cuando el director argentino Mariano Llinás —director, también, de la prestigiosísima cinta Balnearios— incluyó en su película Historias extraordinarias un pequeño documental acerca de Salamone. Una biografía oscura, inflamada, que lo presenta como “El hijo del diablo”, y da un último baño de misterio a las gigantescas construcciones pampeanas.

Sin embargo, mientras en la web crecen grupos de fanáticos que quedan atrapados por esta monumentalidad extraña (la mayoría jóvenes que se reúnen para recorrer las obras y compartir material) en muchos municipios no logran despertarse del todo al legado del Loco de las Torres, como lo llamó un periódico de la época. Incluso hay quienes aún hoy no ven con buenos ojos las construcciones, y no son pocos. El caso extremo ocurrió en el pueblo de Balcarce, donde una confitería circular ocupó el corazón de la plaza del pueblo, terminada por Salamone en 1937. El diseño que permitía el paso en vehículo por dentro del trazado nunca

fue del gusto de los lugareños. Apenas unos años después de inaugurada, los propios vecinos tiraron abajo lo que habían llamado “la torta de bodas”. Casualmente, ese mismo mote tiene todavía la tardía municipalidad de Chascomús, la última del siciliano, que detrás de la fachada neocolonial ve asomar un gran cilindro. La aceptan. Pero no mucho.

En 2002, la sanción de una ley provincial declaró Patrimonio Cultural toda obra de Salamone, para evitar más modificaciones edilicias. En abril de este año, los municipios de Tornquist, Guaminí, Coronel Pringles y Laprida elevaron al gobierno sus informes para volver a cero la estructura de las obras de cada distrito. En todos ellos, durante todos estos años se movieron luminarias, se agregaron elementos, se modificaron trazados.

En estos momentos, por el aniversario de su muerte, en ciudades como Azul y Pringles se hacen, como nunca en décadas, jornadas de conmemoración.

Finita no llegó a ver nada de todo eso: ni reconocimiento, ni admiración, ni muestras, ni nada. Murió a mediados de los años setenta. Su hijo Ricardo falleció hace unos 20, y en 2008 murió Roberto. Sus hijas Annie y Stella recuerdan la normalidad de una familia pudiente, una madre sumisa y un padre carismático y bondadoso que nada parecía tener de extraño. Y, aunque le profesan admiración, nunca, jamás, se acercaron a ver su obra.







## EL IMPERIO DE LA MUERTE

*Bajo la superficie de París se despliega un laberinto de catacumbas en las que se apilan los restos de millones de seres humanos. Uno de los recorridos más macabros del mundo que es sólo una porción ínfima de un gigantesco y prohibido mundo subterráneo.*

*\*Publicada en revista Rumbos (Argentina) número 674, julio de 2016. Versión extendida.*

Ahora llueve. Por suerte, dentro de algunas horas ya no lo hará.

Y ese no será un dato menor.

A algunos de los que forman esta fila zigzagueante que brota de una puertita enclavada entre Montparnasse y Petit Montrouge los guía la historia. A otros el morbo. El cine, la moda. O quién sabe qué. Quizá los motiva sólo el contagio. A cada uno de los cientos que ahora hacen una cola de tres horas antes de bajar veinte metros para luego caminar dos kilómetros entre millones de muertos, los mueven diferentes cosas. Pero algo es cierto y claro: hoy son muchísimos.

A las catacumbas de París se entra por una pequeña puerta en los límites del distrito 14, y aunque el atractivo *–atractivo–* fundamental de estas arterias de roca son los huesos, el camino hacia las profundidades es un viaje de millones de años. Después de lograr llegar a la taquilla y atravesar las revisiones de rigor (últimamente reforzadas en toda Europa), una escalera caracol lleva al “fondo del fondo”. Las marcas en las capas de piedra transportan hasta el Lutetiano, el periodo geológico que va entre los 40 y 48 millones de años atrás. De hecho, ese periodo se llama así

gracias a estas catacumbas: se pudo datar por las cicatrices en las paredes de estos túneles oscuros y húmedos. Y su nombre viene de "Lutetia", el nombre que supo tener París en sus días romanos.

El origen de estos pasadizos data del siglo XII, cuando de acá se empezó a morder la tierra para arrancar las piedras calizas con las que se levantarían muchos de los edificios de la ciudad. Con esas piedras comenzó la construcción en 1163 de la Catedral de Notre Dame. Al correr de las décadas las canteras se fueron extendiendo kilómetros y kilómetros bajo el suelo, hasta verse casi agotadas. A mediados del siglo XVIII -cuando ya casi habían pasado al olvido- los desmoronamientos eran cosa de todos los días. Por eso, en abril de 1777 el rey Luis XVI creó la Inspección General de Canteras, para garantizar –así dicen los libros- al menos un poco de seguridad.

Mientras tanto otro colapso estaba ya en marcha, pero sobre la superficie. El Cementerio de los Santos Inocentes (en la zona de Les Halles, a unos cinco kilómetros de la actual entrada a las catacumbas) era desde la Edad Media el destino final para la mayoría de los que en París pasaban al otro mundo. A principios del siglo XVIII el abarrotamiento del cementerio fue tal que encendió un caos sanitario en toda la zona. Como solución se pensó, simplemente, en enterrar el problema: después de ser acondicionadas (o apenas apuntaladas para evitar que sigan los desmoronamientos) en abril de 1786 quedaron oficialmente reformuladas las Catacumbas como osario de la ciudad. Se trajeron hasta acá millones de restos desde el Cementerio de Inocentes, y más adelante hubo traslados masivos entre 1842 y 1860. Desde entonces, llegaron

hasta estas profundidades restos de 150 cementerios, conventos y monasterios distintos.

Todo eso modeló la cripta más grande del mundo.

Reposan, acá, nada menos que seis millones de personas.

### **Qué maravilloso inframundo**

*La Entree des catacombes* es una esquina verde: la misma entrada que solían llamar la "barrera del infierno". Desde el minuto cero llegan las advertencias; son 130 escalones de bajada y 83 de subida, "y no se aconseja la visita a personas que sufren insuficiencia cardiaca o respiratoria, a las personas sensibles y a los niños".

Todo empieza con una escalera en espiral, un caracol de paredes blancas que como un taladro perfora el suelo y desemboca en una pequeña salita con referencias gráficas. Un museo mínimo con algunos datos, imágenes del pasado y objetos de la prehistoria de esa región. Después, a seguir bajando, para caer, ahora sí, en el primer túnel.

El techo del primer pasadizo -que comienza siendo de poco más de un metro de ancho por menos de dos de alto- está surcado por una serpenteante línea negra. El rastro avanza sinuoso como eje rector a cada paso que se da dentro de estas catacumbas. Es que estos pasillos (hoy bien señalizados) tenían en el siglo XIX solo esa marca como indicación de camino a seguir, para ir y para volver. Un paso en falso por fuera de ese hilo de Ariadna subterráneo, por aquellos días significaba estar ante un problema de verdad. Generalmente, un problema sin solución. A lo largo de gran parte del camino, siguiendo esa línea van apareciendo inscripciones en la piedra

que señalan números, iniciales y fechas. Una de las primeras dice "5.J.1847". La traducción sería algo así como que el pilar en el que está estampada la inscripción fue el quinto de una serie hecha en 1847 bajo las órdenes de un tal Juncher, por entonces Inspector de las Catacumbas.

Pasaron un par de cientos de metros y recién el cuerpo comienza a acostumbrarse. Porque hay que decirlo: aunque uno no sufra de claustrofobia –no hubiésemos podido siquiera asomar la nariz a este pozo- avanzar por estos fríos tubos de roca a seis pisos de profundidad bajo la tierra hace correr un escalofrío por la espalda. En todo momento caminamos erguidos. Está prohibido tomar fotos con flash, y la iluminación es solo de las lámparas que están pegadas a las paredes o el techo.

Paso tras paso, el paisaje es por ahora pura monotonía de piedra. Solo trazos en el techo, lámparas. Cada tanto, desvíos. Desvíos bloqueados por rejas. Puertas –cerradas- que comunican con otras partes de las catacumbas. La partes prohibidas. Pasadizos de una negrura completa y espesa. La cosa cobra un sentido distinto: me cuentan, ahora, que estas bifurcaciones en las arterias comunican con otros 321 kilómetros de catacumbas.

Un poco más por pasillos angostos, hasta que de pronto todo se abre como una flor. Del metro de ancho pasamos un espacio amplio, con pilares y columnas, y una nueva puerta. En ella, un dintel premonitorio: "*Arrete: C'est ici l'empire de la mort*". Una sentencia que ordena, imperativa: "Detente. Este es el imperio de la muerte".

Apenas cruzado ese portal un cartel pide respeto por el "lugar y la memoria de millones de parisinos que han encontrado aquí su última morada". Pilares dóricos, altares y

fuentes van surgiendo del húmedo piso de tierra y los huesos asoman ordenados, perfectos: los fémures se apilan de manera horizontal, y cada tanto se intercalan rítmicamente con cráneos. Más allá, la fuente del samaritano, un pozo de agua en medio del camino. La primera fila de huesos es como una gran vidriera, con un orden geométrico que por momentos confunde y hace perder la noción de lo brutal.

Tanta muerte junta, dispuesta de manera tan estética.

A estas catacumbas nunca se trajeron cadáveres. Nada de muertos frescos. Solo huesos. Fue un osario desde su nacimiento: un depósito. Restos que iban llegando, por las noches, en carros cubiertos de negro, principalmente desde cinco cementerios distintos y en diferentes épocas: Saints-Innocents, Saint-Étienne-des-Grès, Madeleine Cemetery, Errancis Cemetery, y Notre-Dame-des-Blancs-Manteaux. Por acá están, quien sabe dónde, el esqueleto desmembrado de Robespierre, y los restos –mito o realidad- de Philibert Aspairt, un portero que durante la revolución francesa bajó hasta las catacumbas y desapareció. Lo encontraron once años después.

Durante todo lo que el laberinto de huesos dura, frases en latín, francés e italiano se repiten en placas de piedra, entre citas bíblicas y sentencias sombrías de diferentes autores y épocas. “Por la malicia del demonio es que la muerte entró al mundo”, sentencia una. “La memoria de nuestros antepasados” o “acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos”, ordena otra. Al final del camino, una puerta similar a la de la entrada marca el fin del imperio. Su dintel también nos habla: *Non metuit mortem qui scit contemnere vitam*: “No teme la muerte el que sabe despreciar la vida”.

## L'UX et BICS

Y si estamos en apenas una muestra micronésima de este mapa sumergido, la conclusión no tarda: qué mejor parque de diversiones que un mundo subterráneo, hueco, vacío, inhabitado, abandonado del que solo se usa un porcentaje ínfimo. Y parece que ahí está la gracia mayor de toda esta ciudad sumergida. Desde hace algunos años, el necroturismo empezó a estar en boga en todo el mundo. Acá mismo, el cementerio de Pere Lachaise es parte de los tours parisinos, para visitar a Edith Piaf, o Jim Morrison. Y pues parece que como el tramo de las catacumbas que se puede visitar representa solo el 1/800 de las antiguas canteras subterráneas de la ciudad, por eso son muchos los que suelen buscar entradas ocultas para recorrer los lugares que están cerrados al público. De hecho, durante siglos las catacumbas han sido escenario para furtivos rituales y misas negras.

Ligado a ese halo, cierto fenómeno renació desde 2014 con el empujón de *As above, so below*, una película traducida al español como "Así en el cielo como en el infierno". Ahí las catacumbas son el escenario protagónico, donde una joven investigadora descubre un universo de pesadilla y culpa en las profundidades. Desde ese momento, nuevo público se lanza a las catacumbas buscando vivir su propia experiencia. Todo ese mundo inhabitado –prohibido desde la posguerra, en 1955- es en realidad orgásmico para los que se nutren de lo prohibido. 300 kilómetros vacíos y negados, a los que se puede entrar por algunos agujeros desparramados en distintos puntos de la ciudad. Todo se va poniendo aún más interesante: ahora me dicen existen *les*



*cataphiles*: los catáfilos. Se dice que son cientos. Y eso nos lleva a saber que existen *Les UX*. Una cultura clandestina, una especie de sociedad secreta formada por artistas, ingenieros, abogados, funcionarios, lo que sea; que explora los rincones subterráneos y ocultos, y tiene un fin altruista. Que arregla y restaura lugares en decadencia. Que a su vez, tiene subgrupos internos dedicados a la infiltración, y hasta una que hace eventos clandestinos en las profundidades.

Confirmado: hoy nosotros somos apenas una versión *Apta para todo Público* de algo mucho mayor, más retorcido. Y más tentador.

Y así como están *Les UX*, como en toda batalla maniquea y épica de héroes y villanos, están los *BICS: Brigade d'Intervention de la Compagnie Sportive* (los cata-ops), que los persiguen en una lucha cotidiana. Y resulta que los UX tienen una especie de vocero llamado Lazar Kuntsmann, que escribió un libro (*La cultura clandestina L'UX*), y la red está plagada de videos, verdades, mitos. A solo un golpe de *youtube* aparecen exploradores que se meten en viejas estaciones de tren, donde se esconden agujeros en la piedra. Por esas cuevas por las que apenas pasa un hombre entran al mundo inferior. Y las galerías prohibidas son un calco de estas por las que camino. Solo que intervenidas, pintadas, decoradas. Tomadas furtivamente. Y hay muchos tramos inundados en los que se camina con el agua a los tobillos y pisos enteros, niveles enteros bajo el agua. Y están plagadas de pozos que comunican los distintos niveles, con las galerías inferiores. Trampas mortales para los que avanzan en la oscuridad. Alcantarillas.

Y en ese mismo movimiento de *mouse*, la cara mítica: así como *As above, so below* llevó a las catacumbas a la

estratósfera arqueológica metiendo en la escena tesoros, códigos, alquimia y apariciones espectrales, hace unos años apareció un supuesto video encontrado. Una cinta en blanco y negro en la que un explorador al que nunca se le ve la cara comienza a respirar más y más agitado, a apurar el paso, a apurarlo un poco más hasta dejar caer la cámara –la futura cámara hallada- y correr con desesperación. Minutos después, mientras la grabación aún sigue corriendo, el moño se lo ponen -fuera de plano- unos gritos, golpes y un silencio final.

### **Buscando aire**

Dejando atrás el osario queda todavía un tramo, que será el final, con caminos angostos. Todavía bajo tierra, y cuando hace casi una hora que caminamos lejos de la luz del sol. Al final del recorrido se termina de comprender el porqué de las advertencias recibidas antes de entrar, aquello de los escalones, de las bajadas, de las subidas, de los niños, de la insuficiencia cardíaca. Otra escalera caracol angosta y empinada es la única salida.

Terminada la caminata y con la estocada final de esa escalerita, se llega a la superficie inevitablemente con poco aire. En un pequeño hall de salida, se despeja la última duda: ¿cómo es que nadie –entre tanto *necrofan global*- se atreve a tocar nada, con tanto hueso al alcance de la mano? Ahora los empleados de seguridad revisan bolso por bolso de los caminantes agitados que van apareciendo desde lo profundo.

Como si el viaje en el tiempo y sacudón de la travesía no hubiesen desconcertado lo suficiente, al pisar

nuevamente la calle nos damos cuenta de que la puertita de salida de las catacumbas está a unas cuantas cuadras del punto por el que entramos. Poco importa. Afuera, en la París de la superficie -la de la postal romántica, la del turismo tradicional, la ciudad luz- ya no llueve y, por suerte, y cuando más lo necesitamos, el sol vuelve a entibiar.





## ELIGE TU PROPIA AVENTURA: UN BORMANN SUBTROPICAL

*Una lengua húmeda de tierra y selva –a la vera del alto Paraná, entre Posadas y San Ignacio, en el litoral argentino- se coló algún tiempo atrás en los medios del mundo entero. Un parque bendecido por la naturaleza, sacudido por una pizca de arqueología, un toque de memoria oral y varias cucharadas de mitología imbatible.*

*\*Publicada en diario Página/12 (Argentina). Agosto de 2017. Versión extendida.*

Sus borceguíes pisan el sendero algo castigado por las lluvias de las últimas semanas. Voy siguiendo la huella y a nuestros costados, verde. Todo verde. El suelo marrón y arenoso de esta zona de San Ignacio –una cosa extraña en toda la rojísima Misiones- es contraste puro con el color que nos rodea, y en el que nos estamos internando paso a paso. Voy apenas unos metros por detrás de Leandro, uno de los guardaparques del parque provincial Teyú Cuaré, este pulmón irregular trazado por acantilados, correderas y vegetación que se mete como el pico de un pájaro en el alto Paraná.

Teyú Cuaré sería algo así como la “vieja cueva del lagarto” en guaraní. Un nombre forjado en esa cosmovisión litoraleña rebotante en mitología, que supo hablar de un lagarto gigante que se tragaba sin piedad las embarcaciones que se aventuraban en las aguas del río. Un origen de leyenda que atraviesa los siglos y sigue moldeando la vida cotidiana en muchos rincones de este litoral, donde muchas veces la ciencia choca de frente con el relato oral y deriva en algo nuevo. Algo que sobrevuela -rasante- verdad y fantasía, pero es definitivamente otra cosa. Con todo, está ahí: naturaleza, aves, río inmenso,

historias nazis, las huellas de Horacio Quiroga y estos senderos de puro silencio.

\*\*\*

La cabaña donde están los guardaparques aparece después de una curva donde ya la selva se lo comió todo. El panorama es el siguiente: estamos en una mañana linda, de sol, tranquila en el parque. Llego hasta acá casi en actitud encomienda: una camioneta del gobierno municipal me hizo el favor de traerme y ahora me deja como un paquete, solo con la consigna verbal "él es periodista, quiere recorrer el parque". Parece que no esperaban una visita. Por lo menos no una visita como yo.

Una visita de la cual hacerse cargo.

Es sábado y en esta casita están de guardia Víctor Hugo –nacido y radicado en Apóstoles- y Leandro –de Posadas él-, y sus caras están a medio camino entre la amabilidad y el hastío. Se podría decir que nuestra relación –que será de solo algunas horas- atravesará varias fases en poco tiempo. La primera es la de la llegada. La segunda, cuando las cosas se ablandan y llega el "ok, te vamos a llevar donde querés ir". Y la tercera aparecerá cuando entre en escena el libro. El libro.

Pero eso será después.

La casa en la que viven los guardaparques el tiempo en que les toca hacer las guardias está desvencijada. Es una típica construcción de selva con un alero, un par de habitaciones y una cocina con una mesa de madera brutalmente maciza. Sobre esa madera marcada por filos de quién sabe cuántas décadas apoyo el sándwich que

voy compartir con Víctor Hugo y Leandro. Sobre su cocina ya venía burbujeando un arroz a medio cocinar, y unas hamburguesas.

Planifican la tarde: ya aceptaron ser amables con este paquete. Y parece que vamos a ir a caminar con Leandro. Víctor Hugo va a quedarse para recibir a los posibles visitantes.

—¿Tenés pantalón largo, no?

Si no hubiese llevado, casi por casualidad, este pantalón en la mochila, la relación con Leandro hubiese retrocedido nuevamente diez casilleros.

— Víboras. Mordeduras —dice.

Leandro elije comenzar por dos de los senderos posibles, que nos van a poner en los lugares estratégicos para tener las mejores vistas de los peñones, esos enormes acantilados de roca que son una marca registrada del parque. Arrancando así —dice- estamos calentando motores en los caminos de menor dificultad. Para el final va a quedar un trayecto algo más complejo, que va a llevar hasta uno de los costados más extraños del parque. Pero ahora apenas pasó el mediodía y el sol se escurre hacia dentro de la selva como una catarata, en un día de invierno en que la temperatura trepa ya hasta los veintiséis grados. Aunque tenemos un cielo radiante, la lluvia dejó algunos pozos inundados y pegajosos. Aun así, la arenisca se mantiene firme. Avanzamos metros arriba.

\*\*\*

Del otro lado del parque en este momento pasan cosas. Otras cosas. Cosas completamente distintas. Ahí está



el Club de Río, un negocio privado pegadito al Teyú y al lado también de la reserva Osonunú. El club está en un predio -enorme y top- enmarcado por un escenario envidiable; al lado del río y con el peñón de Osonunú a su derecha. Es un mix de alojamiento –con cabañas y hostel- y actividades tanto en el río como en la selva: con la misma gente del club los turistas pueden organizar caminatas, paseos náuticos y mountain bike. Una enorme pileta con forma de trébol se ve a lo lejos como una escarapela celeste estampada en el mapa verde, y hasta tiene un restaurant metido unos 70 metros río adentro, en una especie de escollera.

Osonunú, espalda con espalda con el club y con el Teyú es el otro lado de este triángulo: una reserva privada que administra la fundación Temaikén. Está centrada -según lo proponen los objetivos que publican en su página web- en la problemática del peligro de extinción de flora y fauna nativa. En 2013, en base a la cantidad y características de las especies encontradas, se certificó al pedazo de tierra Osununú / Teyú Cuaré como "Área de importancia para la conservación de murciélagos". El trabajo en la reserva – dicen también desde la reserva privada- es en conjunto con los guardaparques. Como Víctor Hugo.

Como Leandro.

\*\*\*

Y fue Leandro quien dijo que la parte más compleja va a ser la final. Parece que eso va camino a cumplirse: pasaron ya un par de horas de subidas y bajadas entre el trino de los pájaros, árboles e historias, y el cansancio no aparece. En la letra dura: 659 especies de plantas vasculares,

384 géneros y 110 familias. 15 de ellas Pteridófitas, 18 Monocotiledóneas y 77 Dicotiledóneas. Todo eso es lo que uno puede ir encontrándose en estos caminitos autoguiados que con un folleto en las manos se pueden recorrer sin problemas.

Pero el combustible de la caminata son las historias. La trama se va tejiendo y se completa en la conversación. Leandro camina y va dejando caer palabras y mitos de manera encendida. Si hubo una figura que marcó a la zona de San Ignacio en la primera mitad del siglo XX fue la del escritor uruguayo Horacio Quiroga; ese Jekyll y Hyde que trazó historias macabras y a la vez, inspirado en sus días en estos paisajes, escribió sus Cuentos de la selva. La casa en la que vivió –en realidad una reconstrucción exacta- se puede visitar en las cercanías del parque. Para los locales, la figura de Quiroga trasciende lo literario: además de un enamoramiento con esta selva que ocupó gran parte de su atribulada mente, fue Juez de Paz en San Ignacio, y hasta fue el fotógrafo que destapó al mundo los restos de las ruinas jesuíticas. Por entonces, la zona era un magma de fronteras difusas.

Es que más allá de la parafernalia turística (club, gastronomía, foto infaltable y show nocturno de luces y hologramas en las ruinas, subida hasta las Cataratas del Iguazú) este pedacito de tierra guarda huellas del paso de siglos: la construcción de esa “ciudad” jesuítico-guaraní de la que quedan restos en San Ignacio, a unos veinte kilómetros de acá, se nutrió de materiales de esta región. Incluso en algunos sectores resguardados hay por acá piedras talladas que datan de esa época. Esta zona también fue parte clave en la guerra de la Triple Alianza, cuando Argentina, Brasil y

Paraguay se metieron a sopapearse pensando que la cosa iba a ser breve, y le erraron el cálculo.

El protagonista, el paño en el que se jugó todo eso, fue siempre es el mismo: el Paraná, este río ancho que riega de vida estos límites argentinos. Enfrente, Paraguay. Y a nuestra derecha el peñón de la Reina Victoria. Parece que la vista la de perfil del acantilado que cae en picada sobre la costa inspiró a alguien para encontrar cierto parecido con la reina de Inglaterra. Al margen de la fidelidad brumosa de esa comparación, el peñón se levanta hasta más de 100 metros, con su silueta que brota entre el verde.

\*\*\*

Un poco de agua que cargamos en un arroyito, y a seguir. Subir y bajar, con un poco de suerte cruzarse con algún acutí –un roedor que suele andar por selvas tropicales de todo Sudamérica- y detenerse a ver el vuelo de los jotes, bichos negros y enormes que tienen su nido en esta zona; hasta caer del otro lado, en una pequeña playa donde el río corre manso y se asoman desde el agua los troncos sumergidos. El río subió mucho con la construcción de la represa de Yacyretá, y parte de la costa quedó bajo el agua. Como pasó con la “isla del barco hundido” que estaba frente a este lugar. “Fue un barquito que encalló y se hundió, y con el tiempo fue cubriéndose de sedimentos y vegetación hasta crear una isla. Hasta el año 2000 todavía se veía el mástil”, dice Leandro. Hoy, barco e isla son historia.

Pasan las horas, y Leandro no para de hablar. De cosas interesantes, y de otras que no. Me cuenta algo de la fauna, y me pregunta si el diario para el cual trabajo no

puede colaborar con algo para la nafta de la camioneta que usan en el parque. Me cuenta de rumores, y de las turistas que llegan hasta acá con mucha predisposición a abrir sus almas ante los guardaparques.

—Ahora nos vamos a tener que arrastrar por el piso para poder llegar hasta el otro lado.

Con la pera contra el piso y viboreando, o parados y cuesta arriba, Leandro va –siempre- dejando para después lo más interesante. No sé si lo hace a propósito, si es un maestro orador, o si no tiene muchas ganas de hablar de esto. O si está harto. O si sospecha de mi mirada, y me sigue midiendo. Puede que eso sea por el libro.

Vamos a eso.

Llevo en mi mochila el reciente “Arqueología de un refugio Nazi en Argentina”, de dos arqueólogos: Daniel Schávelzon y Ana Igareta. Leandro lo sabe, se lo mostré. Y cuando se lo mostré -hace algunas horas, frente a la casita, cuando nos presentamos- su cara cambió.

—A ver, préstame.

Les dije a los guardaparques que este paquete estaba acá tras los pasos de unas construcciones de piedra que se analizan en ese libro, y parece que metí la pata. Leandro me devolvió el libro haciendo un giro olímpico de ojos.

\*\*\*

La historia, compactada, es así: Martin Bormann fue secretario privado de Adolf Hitler y jefe de la cancillería nazi. Desde el fin de la guerra y hasta hoy las versiones de jerarcas en Argentina dividen aguas de manera tajante. Desde la captura de Adolf Eichmann en San Fernando en

1960, hasta el trazo esquivo de Josef Mengele, la historia oral y las investigaciones coincidieron y se enfrentaron mil veces.

El consenso histórico resume que el 8 de diciembre de 1972, mientras se hacían obras en Berlín se encontraron dos cuerpos en la misma zona en que en 1945 había aparecido la chaqueta de Martin Bormann. La dentadura de uno de los cadáveres dio positivo en el cruce de registros odontológicos: era él. Si no tuviéramos en cuenta el detalle de color que indica que el especialista encargado de realizar el estudio –Hugo Blaschke- tuvo que hacer la comparación de memoria –los registros odontológicos de Bormann ya no existían- y pensamos que además su libertad dependía del resultado del estudio, todo quedaría cerrado. Pero para muchos, el final siguió abierto. El último capítulo se escribió veinte años más tarde, cuando el estudio de ADN selló la confirmación final: Bormann murió en 1945 en Berlín y su cuerpo era realmente el encontrado en 1972.

Pero resulta que a los rumores subtropicales vino a sumarse la revista Gente. “La casa donde vivió Martin Bormann”, tituló. Era la revista Gente que manejaba Samuel Chiche Gelblung durante la dictadura. Fue en 1976, cuando un periodista viajó a “descubrir” las casas y contárselo al país. A partir de ahí, la leyenda se cristalizó en confirmación. Lo dijo la revista Gente. Es así. Tiene que ser así.

\*\*\*

Leandro dejó para el final el camino hasta las construcciones del misterio. ¿Misterio? El inicio de uno de los caminos tiene un cartel que dice: “Sendero a la casa de

Borman (sic), 600 metros". Así nomás. En plenísimo parque provincial, la voz oficial del cartel no tiene dudas. O si tiene alguna, sólo es ortográfica. Así como puede señalar una *Parodia Schumanniana*, de la familia de las Cactaceae, asegura que acá vivió el jerarca nazi con una seguridad contundente. ¿Anzuelo turístico o confirmación?

La senda sube, sube, sube y después de un buen rato aparece la primera de las construcciones de piedra. Es la principal, entre varias desparramadas a la redonda. Una serie de casas en lo profundo de Teyú Cuaré, ojo del huracán mitológico: los restos tristes de una casa de piedra, ya sin techo, con una escalera lateral y abrazada por la vegetación. Tiene un par de habitaciones, varios ambientes. Esta es la estructura que los arqueólogos llaman Estructura I. Acá, debajo lo cimientos de la cocina se encontraron cuatro monedas juntas, que –dicen- tienen que haber sido puestas ahí solo en el momento de la construcción. Cuatro monedas: una de Paraguay de 1944, una argentina de 1942, y dos alemanas: 1938 y 1940.

Más adelante, otra construcción: la estructura II, según los autores del libro. Dos pisos, en un terreno irregular. Luego la II, IV, un montón. Pozos, estructuras, murallas, caminos. El trabajo –el libro- hace un racconto fino y asegura que acá se encontraron muchos objetos fabricados en Alemania, la mayoría de ellos plenamente "desubicados" en el contexto selvático de mediados de siglo (esto ni siquiera era un parque aún). Más allá, fuera del parque, otro conjunto, el dominado por la Casa de Piedra. Ahí, emparedada entre rocas se encontró una lata de dulce de membrillo de 1940 con monedas de Yugoslavia, Alemania, Eslovenia, entre otras. Todas fechadas entre 1938 y 1944. Y billetes

argentinos de la misma época. Pero también fotografías, ya derruidas y parcialmente extintas. Una de ellas, la imagen de un soldado nazi de las SA, recortada de un diario de 1932. También una postal con la imagen de Hitler y Benito Mussolini en un encuentro de 1934. En los pozos frascos con restos de arsénico y bromo. Fue el momento eureka de la investigación.

\*\*\*

Y lo cristalizado -y lo no tanto- estalla en distintos caminos. Caminos tan autoguiados como estos senderos reales en los que andamos.

En el prólogo del libro, el arqueólogo Randall Mc Guire habla de la “pornografía de las ruinas”, algo así como una ascendente fascinación actual por el deterioro de la modernidad. Construcciones decadentes, espacios tristes de un pasado reciente. Solo eso ya pone a este grupo de piedras en la mira de muchos travelers actuales con sus wanderlusts y serendipias como motores. Pero lo cierto es que el libro ata a estas piedras con la Alemania nazi de alguna manera, aunque no afirman que se haya tratado de un refugio de Bormann. “Un asentamiento –dicen en el libro- que carga con una historia nefasta y mentirosa como es la de haber sido la casa de Bormann, que a su vez presenta rasgos que nos llevan a pensar en el nazismo”. La portada, eso sí, es confusa. El título, ni hablar. (¿Anzuelo comercial o confirmación?). Lo cierto es que la investigación es filosa y deja varias certezas. Aunque las puertas quedan abiertas más allá de título y tapa.

Una segunda mirada circulante es categórica y guarda una lógica fibrosa: todo lo hallado solo alimenta una fantasía. Esa opinión apunta a lo endeble de las pruebas que permitirían hablar siquiera de “refugio nazi”, sea de Bormann o de cualquiera. “El problema es que la evidencia material no cierra de ninguna manera con lo rotundo y pintoresco de la teoría”, escribió en 2015 el periodista Sergio Kiernan cuando se conocieron los primeros detalles de las investigaciones de los arqueólogos. “El sur de Brasil, el Paraguay, Corrientes y Misiones fueron puerto de llegada de grandes contingentes de alemanes desde mediados del siglo 19, cosa fácilmente visible en las caras de cualquier calle o campo de esa región trinacional. Que un alemán haya erigido una casa precaria para explotar recursos de la selva en la primera mitad del siglo veinte, que en algún momento haya tenidos cinco monedas de su país acuñadas por los nazis y que haya comprado platos alemanes, francamente no debería sorprender”.

Y la tercera opinión es la que escupe, finalmente, Leandro, sentados ahora los dos en un tronco frente a la Estructura I, manchados de verde y marrón de la tierra, él pitando y largando chorros de humo.

—Acá vivió el alemán. Pero a nadie le conviene que eso se sepa.

En Leandro, como en el cartel, no hay duda. Ninguna. Y sigue. Habla con seguridad de una historia que se repite en la zona de boca en boca en boca en boca en boca en boca; de una mujer que fue esposa del jerarca alemán, y de otra que le traía pollos para que comiera. Y hasta de un hijo que dejó por acá.

—Todavía vive. En Paraguay.



Hechos, mitos, leyendas, historia oral están ahí y son parte del menú. En una zona de frontera donde la mixtura de los relatos fue creando mundos. Como sea, estas viejas construcciones son un misterio: sembradas en este sitio inhóspito (antes mucho más) con detalles de vida urbana –bañera con azulejos europeos de vidrio, restos de vajilla de porcelana alemana- se recortan en la mudez del verde. Acá, los arqueólogos proponen crear un “espacio para la memoria”. Los senderos –los reales, los imaginarios- se bifurcan.

Ahora, la tarde comienza a caer y con ella los sonidos que crecen y envuelven las historias y leyendas de –al decir de Quiroga- los cuentos de la selva.





## ALTO EN EL CIELO

*Una puerta que se abre a 3000 metros de altura, los pies que quedan colgando del avión y nada más. A volar: crónica de una experiencia –entre adrenalina, pulsaciones a mil y un silencio único– inigualable para correr los propios límites.*

*\*Publicada en diario Página/12 (Argentina), marzo de 2017.*

Un grupo de seis o siete coreanos se arremolinan frente al escritorio. Maru, la chica que hace las veces de recepcionista, los recibe uno a uno y entre explicaciones les va dando unos papeles. Los coreanos se sientan y leen. Después un video les dará algunas indicaciones para lo que se viene. Eso que se viene es lo mismo que me trajo a mí hasta el aeroclub de Chascomús, a poco más de una hora de Buenos Aires: todos los que estamos hoy acá juntamos valor, aguantamos el aliento y vinimos a hacer nuestro salto de bautismo –o tándem– en paracaídas. Una licuadora de sensaciones que avanza, retrocede y cambia metro a metro, y segundo a segundo.

**O METRO** Christian es de Buenos Aires, y vino con el resto en la combi desde la Capital. Camino con él y con Andrés –otro que se entusiasmó y se anotó para venir hoy– junto a la pista del aeródromo, después de que terminaron de ver el breve video acerca de qué hacer y qué no a la hora del vuelo y el salto. Le pregunto a Christian qué lo motivó a estar hoy acá. Gesticula, mueve las manos y cuenta que desde mucho tiempo atrás viene con la idea rondando. El plan original era hacerlo con un amigo. Cosas del destino, ese amigo se fracturó y ahora él se mandó solo. Está

sorprendido –y ansioso– por lo poco que pasó entre su llamado para reservar y el día de la verdad. Y este día, el día, está inmejorable. Sopla algo de viento, y las pocas nubes no logran opacar el sol.

Mi espera va a ser larga, porque los saltos van a comenzar con los que vinieron en el contingente: los coreanos, dos norteamericanos, Christian y Andrés. ¿La espera será para bien o para mal? Me lo pregunto más de una vez. Mientras tanto aprovecho para sentarme a hablar con Alan Prieto, uno de los socios de Skydivecenter. Alan practica paracaidismo desde fines de los años 90 y con Carlos, su socio, hacía esta actividad en el aeroclub de La Plata. Desde hace unos años, por legislación del tráfico aéreo, la escuela de paracaidismo sigue estando en La Plata, pero la zona de práctica se alejó hasta Chascomús. Es que la altura para el salto es de 3000 metros (unos 10.000 pies) y estando tan cerca de aeropuertos comerciales, la cosa se había puesto complicada.

Alan me cuenta que tiene años de práctica, pero que quien va a saltar conmigo tiene muchísimos más saltos que él. Miles. En mi cabeza –la de quien no entiende nada de todo esto– eso suena bien. Pero claro, el contrapeso permanente de ese pensamiento es: pergaminos al margen, en un momento se va a abrir una puertita de un avión a tres kilómetros de altura y hay que tirarse. Así nomás. La lucha de las dos ideas en la cabeza, crece y crece.

Me acomodo yo también para ver el video con la explicación mientras las primeras tandas van despegando, volando y llegando. El clip es corto: qué hacer con las piernas, qué hacer con las manos, qué hacer con la cabeza. Nada complicado. Vamos bien. Pasan las horas y suben y bajan

los coreanos, suben y bajan los norteamericanos, suben y bajan Christian y Andrés. Un rato antes, los habían llamado para colocarse los arneses de seguridad. Una media hora más tarde, cuando Christian y Andrés vuelven, sus caras son otras. Los veo aterrizar al costado de la pista: Christian cae, pega un grito, levanta los brazos, festeja y se tira al suelo. Después se abrazan con Andrés.

Mientras ellos estaban en el aire, Alan había asignado a quien saltaría conmigo. Es Sebastián –que pisa los cuarenta y pasó largamente los 10.000 saltos– quien me da las últimas explicaciones, mientras el avión ya nos espera con la hélice girando. Chequea los arneses, los ganchos y las ataduras. Todo listo. Vamos. Encaramos la pista, alguna foto en el medio, en una caminata en la que me siento una especie de extraño Centauro con el pecho de Superman y las piernas de Bambi.

**1200 METROS** El despegue es tranquilo. El avión es chico, preparado para esta actividad: Sebastián y yo vamos de espaldas al piloto, yo sentado entre sus piernas. A mi derecha uno de los fotógrafos, y a mis pies Dani, el otro. Uno de ellos, me cuentan, va a salir del avión antes que nosotros. Cómo, todavía no tengo idea. Subimos buscando altura y Sebastián me marca cuando estamos entre los 1200 y 1500 metros. Debajo, la gran laguna ya se recorta perfecta, y en su margen la ciudad. “Desde acá te das cuenta por qué todas las calle salen a la laguna”, me dice (grita) en el oído. Entre ellos, todo es gestos. Dani tiene dos cámaras en el casco, que activa con un dispositivo que lleva en la boca.

El avión sigue subiendo: la sensación es que todo el tiempo está apuntando para arriba. En sus muñecas pispeo los altímetros, que suben y suben. En dos momentos

sucede lo que estaba pautado: primero, a mitad del ascenso, Sebastián engancha una parte de sus arneses a los míos, los de abajo. Después, unos minutos más adelante, el segundo, que indica que estamos bastante más cerca del momento. Paso de estar entre sus piernas a sentarme encima de él. Ahí me engancha lo que faltaba y siento que ajusta todo. La cintura y la espalda se aprietan fuerte entre las tiras. Dedos pulgares de todos arriba. El ruido del motor sacude, y la sangre corre fuerte cuando Sebastián avisa que estamos a dos minutos del salto. El avión hace su ascenso final. Ahora, un dedo arriba: un minuto.

**3000 METROS** “Los que vamos a hacer ahora es lo siguiente”, me grita Sebastián. Ese “lo que vamos a hacer ahora”, muy en el fondo, lo siento como el punto de no retorno. Ya está. “Yo voy a abrir la puerta, voy a sacar mi pierna izquierda. Después, vos vas a sacar tus dos piernas, luego yo la derecha. Y ahí, vos vas a quedar colgando para afuera”, dice. Sencillito. Las manos van en cruz al pecho y la cabeza hacia atrás, por seguridad. Obediente, soy casi una marioneta. Lo último que me dice Sebastián me entusiasma tanto como me hace dar un último sacudón al corazón. “No cierres los ojos, porque al saltar vamos a hacer un loop hacia atrás y en ese momento vas a ver la panza del avión. Y eso está buenísimo”.

Cuando Sebastián saca la pierna izquierda, yo las dos, él la derecha y después se para, cuelgo ya afuera del avión con los ojos redondos como dos pelotas de ping pong. Miradas finales entre ellos, y la última palabra que escucho gritar. ¡Vamos!

Y acá viene lo difícil de explicar.

Un salto y el cuerpo pierde todo su peso. De ser una persona sentada, ahora no soy nada. Tanto como eso impacta lo que entra por los oídos: una décima de segundo y paso del permanente ruido del motor al silencio profundo, único, de los tres kilómetros de distancia de la tierra, sobre las nubes. Por otro lado, mi costado obediente funcionó: el vacío, el silencio, el frío y la panza del avión que se aleja en un parpadear. Nuestros cuerpos terminan de girar y no alcanzo pensar nada de todo esto cuando estoy ya de cara a la tierra. Abajo es todo campo verde, algunas nubes, la laguna de Chascomús que parece un charco. Y viento. Viento fuerte en la cara. Sebastián, como acordamos, me golpea el hombro en señal de que ya puedo abrir los brazos.

La caída libre abarca la mitad de la distancia que separa al avión de la tierra. Esos 1500 metros los bajamos en alrededor de 30, o 35 segundos. Mucho, poco, no tengo idea. Sé que me da tiempo de mirar a Daniel –que se me acerca volando de espaldas, mientras pienso cómo cuernos hará para lograr eso– y de disfrutar todo lo que veo, entre horizonte, el verde y la ciudad pequeña al lado de la laguna. No pienso nada más. No hay miedo, no hay nada. No me pregunten cómo, pero la parte de Bambi la dejamos en el avión.

**1500 METROS** Estaba avisado pero igual me sorprende. En la mitad del descenso, Sebastián activa el paracaídas y el golpe parece llevarnos de vuelta hasta el avión. Acá se transforma todo en otra cosa. El silencio del vacío de aquel momento del salto vuelve a aparecer, solo enturbiado un poco por el viento que golpea en el paracaídas. Seguimos bajando rápido, pero el cambio es tan grande que parece que estuviéramos caminando en



el cielo. Pego un par de gritos, sin pensarlo. Sebastián me avisa que va a desenganchar algo, a aflojarme, como parte del procedimiento normal, y así quedo un poco más suelto.

Creo que todavía no pestañeé ni una vez –entre la adrenalina y las ganas de ver todo– cuando empezamos a hacer algunas piruetas. Tiramos juntos los comandos y el paracaídas se pone de costado, y los cuerpos giran como en un secarropas. Lo último antes de buscar la zona de aterrizaje lo hace de una forma que ni vi, ni entenderé: con un golpe de mando quedamos flotando en el aire, en el silencio más increíble, hasta que volvemos a caer. Obviamente, vuelvo a gritar.

“OK, hágamoslo una vez más”, dice Sebastián, “mientras nos dé la altura”. Consumimos rápido los cientos de metros y ya estamos enfilando hacia el costado de la pista desde donde despegamos. Un giro casi a último momento, la piernas arriba. Y tierra.

**O METRO** Pensar en tirarse de un avión a tres mil metros para muchos es una locura. ¿Pero encima caer parado? ¿Ni un revolconcito, ni la pera contra el pasto, un diente, nada? Nada: piernas flexionadas, pisa primero él y después yo. Y salimos caminando. Aplausos, choques de puños. A lo lejos, Christian y Andrés se suman a la bienvenida. Los coreanos sonrían.

Y yo, por supuesto, hago lo que mejor me viene saliendo: grito.





## EL RETIRO DEL EXORCISTA

*En Argentina, el único exorcista de la Iglesia Católica que suele hablar acerca del ritual, se retiró de su parroquia para comenzar el último tramo de su vida. Una práctica de siglos, oscura y misteriosa que divide a la propia Iglesia, en la voz de Carlos Mancuso: expulsando a Satanás durante un cuarto de siglo.*

*\*Publicada en Revista Séptimo Sentido (El Salvador), febrero de 2012*

El sacerdote cumplió lo que había prometido: entregó las llaves de la parroquia en la que había dormido, orado, casado y bautizado durante más de tres décadas. Ofreció su última misa, puso las llaves en las manos del nuevo párroco, tomó un té y partió hacia a su nueva vida. Las llaves eran las de parroquia San José, en La Plata, una ciudad ubicada a sesenta kilómetros de la capital argentina. Ese día el hombre tenía setenta y cinco años y había empezado a ser inhallable.

El Padre Carlos Mancuso no da por ningún motivo el teléfono del sitio en el que vive ahora. Intenta que no se conozca la dirección. Su única obligación es seguir atendiendo a sus "seguidores" en otra parroquia, la San Francisco, a unas pocas calles de su nueva casa. Como especialista en temas del espíritu –autodidacta, contará después- esos fieles no admiten que Mancuso corte los encuentros y entonces, dos días a la semana, durante sólo un puñado de horas, mantiene el contacto con esa gente. Esos son los únicos momentos en los que, por estos días, ellos saben dónde está.

Este sacerdote católico que está dejando atrás

su vida como encargado de una parroquia, lo que sucede obligatoriamente cuando cumplen 75 años, es el único autorizado oficialmente por la Arquidiócesis de La Plata para hacer el Ritual Romano, la regla escrita y oficial para realizar un exorcismo, y el único en hablar abiertamente sobre uno de los eventos más oscuros y misteriosos de la liturgia católica: ese momento que permite enfrentarse, dicen, cara a cara con el Diablo.

Carlos Mancuso es, probablemente, el único en su especie en el país, aunque ni él ni la Iglesia lo saben con certeza. Sea como fuere, intenté ubicarlo durante varias semanas, primero en la parroquia de San José, luego en la de San Francisco y, finalmente, en el teléfono móvil de su asistente Gerardo. Nunca pude encontrarlo. Hasta que, finalmente, una tarde sonó mi teléfono y una voz, al otro lado, dijo:

—Habla Carlos Mancuso, el exorcista. No es tan difícil encontrarme, ¿vivo?

\*\*\*

Suave es una palabra que ayuda a definir al Padre Carlos. Cuesta imaginarlo confrontando a ese que, afirma, lo insultó mirándolo a la cara, lo sacudió, lo hizo rodar por el suelo. Da la mano como una pluma, se deja caer sobre un sillón y por momentos, tras sus lentes de aumento, sus ojos se cierran en plena charla, agotado. “Es el cambio de casa y de horarios”, dice.

Estamos en ese hogar que prefiere mantener en la “clandestinidad”. “Es que hay mucho loco dando vueltas. Mucha gente viene a verme porque cree que

está endemoniada. Pero no lo están. Y uno tiene que, con diplomacia, con cautela, con mano delicada, llevarlos poco a poco a un tratamiento adecuado, con la gente que se necesite”.

Mancuso nació en 1934, un 8 de febrero, en el barrio de Los Hornos, una zona hoy alejada del centro de la ciudad de La Plata. Hacia 1951 no necesitó trasladarse demasiado para entrar en el Seminario Menor de La Plata, en ese mismo barrio. Mancuso se recuerda como un “bicho raro” que, además de seguir la rutina del Seminario, pasaba mucho tiempo leyendo el lado B de la teoría católica: esoterismo, espiritismo, costados ocultos, resbalosos. “Un autodidacta”, lo definirá más adelante el rector del Instituto de Teología local, Raúl Gross. Un curioso caminante de los márgenes.

En 1976 llegó a la parroquia San José. “Y eso duró hasta agosto de 2009. 33 años, 4 meses y 20 días”, dice.

## **I. LA PREMONICIÓN**

Luis tenía más o menos veinte años a mediados de los ochenta. Era apuesto, según dice Mancuso, y lo quería todo, parece. “Quería amor, quería mujeres, tenía muchas fantasías. Y quiso tomar por la izquierda, no por la derecha. Alguien le habló de magia negra y lo convenció”. Todo esto se lo contó Luis al Padre Mancuso, tiempo después de superado su “problema”.

Luis llegó al sacerdote a través de un eslabón clave: el cura español Antonio Sagrera. El era por esos días el único religioso católico de la zona que daba crédito al fenómeno de la posesión. Y por eso Mancus se le acercó con la voracidad de un discípulo.

Los encuentros de Luis con otros participantes de los rituales habían ocurrido en un lugar donde lo hacían desnudar y entrar a oscuras en una habitación. Ahí, sentía cómo todo su cuerpo se fundía con la piel de sapos y víboras, con el caminar lento de los escorpiones. La misión era concreta: resistir. Y así lo hizo una y otra vez. Extasiado, una tarde, en medio del rito, tuvo su encuentro con el Diablo. El trato fue así, según Mancuso: el *Príncipe* materializado le prometió todo lo que él deseara, pero sólo hasta los sesenta años. En ese momento el pacto se haría humo y Luis y su alma deberían partir rumbo al infierno. Trato aceptado. “Pero claro, el Diablo quiere sangre”, dice Mancuso. Al poco tiempo, una nueva aparición fue menos metafórica: se necesitaba una ofrenda, un sacrificio. Y ese fue el fin de la amistad entre el santiagueño y el Príncipe de las Tinieblas. “No”, dijo Luis.

— El Diablo le respondió *No te quiero más*. Y le pegó en la nariz —dice el sacerdote.

—¿El Diablo le dio un golpe? ¿Físicamente?

—Claro, yo lo vi. “Me pegó el Diablo”, me dijo Luis.

—Cuando fuimos al lugar, entramos en la casa y encontramos al muchacho tirado en el suelo, como un animal. Torcía la mirada y la boca. Nos acercamos con el agua bendita y salió corriendo a través del campo.

Cuando algunos familiares pudieron dar con él lo llevaron hasta la parroquia San Cayetano. Esos eran los dominios de Antonio Sagrera. El llevaría adelante el exorcismo. En la parroquia, Luis, por instantes lúcido, les suplicaba: “átenme, que ya vuelve”. Lo sentía en el bullir de la sangre. Lo pudieron acostar en el piso, rodeado de ayudantes que lo sostenían con fuerza. El ritual no fue de

los más largos e impactantes, pero fue el primero frente a los ojos de Mancuso. “Luis vivió veinte años más desde el exorcismo. Yo creo que haber alojado a Satanás le perjudicó la salud. Sin dudas, le acortó la vida”, dice.

## **RITUALE ROMANUM, LA PALABRA SANTA**

Desde el living de la casa de Mancuso se puede ver un pequeño patio, más bien un mínimo jardín de luz. Es ahora un lindo día, con buen sol. Sus canarios están adentro y cantan casi con desesperación. A menos de un metro de la pureza de los pájaros, en un pequeño bolso negro que ahora reposa sobre un mueble, el hombre tiene siempre a mano un kit centenario: agua bendita, crucifijo y libro. Muchas veces no se tiene tiempo para nada, dice. “Estamos aquí y se manifiesta el Diablo, y hay que hacer un exorcismo”.

Como todo rito de la liturgia católica, el despojar a un cuerpo de una posesión demoníaca se ramifica hasta dos mil años atrás, y encuentra ejemplos en las sagradas escrituras. San Marcos muestra a Jesucristo expulsando demonios. Se trata de un sacramental, un evento litúrgico instituido por la Iglesia, y el primer texto que dio una herramienta formal para hacerlo llegó recién en 1614. Ese *Rituale Romanum* (*Rituale Romanum, Pauli V, Pontificis Maximi jussu editum*) era una especie de compendio de puntos que debe seguir el exorcista autorizado al momento de comenzar el round contra el ángel caído de turno: desde la necesidad de ayuno y oración, hasta las palabras que deben pronunciarse a lo largo de la *bendición*, como prefieren suavizar algunos el término.

El ritual tuvo que esperar casi cuatrocientos años para tener una única actualización formal, que llegó recién



a fines del siglo XX. En 1998 el Papa Juan Pablo II le dio el visto bueno a la versión definitiva.

El chileno Jorge Arturo Medina Estévez, Cardenal y Prefecto de la *Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos* -algo así como el área encargada de las formas para las ceremonias oficiales- salió el 16 de enero de 1999 a presentarlo al mundo. Con su firma, decía: "El exorcismo constituye una antigua y particular forma de oración que la Iglesia emplea contra el poder del Diablo" y citaba al catecismo: "El exorcismo tiene como objeto expulsar a los demonios o liberar de la influencia demoníaca, mediante la autoridad que Jesús ha dado a su Iglesia. (...) Es importante, por lo tanto, asegurarse, antes de celebrar el exorcismo, que se trate de una presencia del maligno y no de una enfermedad".

La remozada versión del *Rituale* tuvo un eco relativo: los obispos poco afectos a la imagen del Diablo, no lo tomaron en cuenta. Y Mancuso, hasta cierto punto. Hilando fino, las modificaciones más sustanciales parecen hijas de su tiempo. El nuevo ritual aclara que no podrá ser presenciado ni transmitido por ningún medio de información, que no se expondrá a los exorcizados, y que se deberá contar siempre con el apoyo de los psiquiatras y psicólogos.

Para la zona cada vez más ínfima donde la razón no llega está siempre, más grande o más pequeño, el colchoncito de la fe.

\*\*\*

De allí, al nombre de Gabriele Amorth, hay un paso. Amorth es una de las voces más serias en este tema. Fue

exorcista oficial del Vaticano, creador de la Asociación Internacional de Exorcistas y autor de un libro que tituló "*Habla un exorcista*". Mancuso estaría en esa línea: los exorcistas católicos que hablan.

Amorth define, esquematiza. La acción de Satanás no se limita sólo a la imagen mediatizada que tenemos sobre la posesión, esa que nos transporta a Linda Blair y su cabeza giratoria en *El Exorcista* (el film de 1973, de William Friedkin). Amorth abre un abanico de seis distintas influencias: *los sufrimientos físicos, la vejación diabólica, la obsesión, las infestaciones de casas, y la sujeción o dependencia diabólica* (habla ahí de la consagración a Satanás), y *la posesión* (la más grave, cuando se apodera de un cuerpo).

El objetivo de un exorcismo es doble: la liberación, pero antes el diagnóstico. Es decir, el ritual mismo sería el último paso para comprobar si se está ante una posesión verdadera. ¿Cuándo se puede quedar poseído? Por un maleficio, dice Amorth, y dice Mancuso. Por magia negra. ¿Signos inequívocos de posesión? Tres o cuatro. El *sansonismo*, la *xenoglosia*, la *clarividencia*. O, menos difícil, una fuerza sobrehumana, hablar en lenguas, saber de hechos y personas más allá del tiempo y el espacio. Y siempre, el rechazo visceral hacia los símbolos sagrados. Todo eso que se mezcla en las películas sobre exorcistas, sólo que en una película se suele ver lo que un exorcista ve en muchos años. "Es como si en un solo día pasaran por el cielo todas juntas las nubes que debieran pasar durante todo el año. Sería espantoso, tenebroso. Pero no es así. Lo que se plantea en la película (se refiere puntualmente a *El Exorcista*), alguna vez se pudo haber visto, en diferentes casos. Pero no en uno solo", dice Mancuso.

En ese punto, él está mas cerca de *El exorcismo de Emily Rose* (un film de 2005, basado en el caso real de la alemana Anneliese Michel, que murió luego de varios días de sufrimiento). Ha presenciado, dice, mucho de lo que sucede ahí. Ha visto y oído las contorsiones y los gritos, las lenguas extrañas, la fuerza increíble.

Nunca hay dos casos iguales y los demonios intentan por todos los medios no ser descubiertos, teoriza Amorth.

## II. LA CONFIRMACIÓN

Para mediados de 1985, Mancuso ocupaba cada día más tiempo en meter las narices en textos de temas esotéricos. Era un día de primavera, y el teléfono sonó insistente en la parroquia. La familia de Claudia no encontraba ninguna respuesta al por qué de los cambios en la chica. Malestar físico, trastornos en su personalidad, síntomas de una enfermedad que los médicos no podían develar. Así, Mancuso vio la posibilidad de acercarse por primera vez en soledad a un caso de esos para los que había estado estudiando.

—Era un pasillo muy largo —recuerda—. Me recibió su padre, y fuimos directamente al dormitorio. La cama donde estaba Claudia tenía los pies hacia la puerta. A un lado, la madre, y al otro un religioso carmelita. Estaban como velándola.

Mancuso entró en la habitación. Como si hubiese sentido una descarga eléctrica, Claudia se levantó en su cama, con los ojos desorbitados (“como dos huevos fritos”, *exorcista dixit*), dio vuelta la cabeza y le clavó los ojos.

—¡Fuera, basura! —gritó. Y escupió con fuerza hacia un costado de la cama.

—Vos te vas a ir de ahí —le ordenó el sacerdote—. Te vas a ir porque éste te va a echar— le dijo señalando el crucifijo.

La chica lo miró. Y dice Mancuso que le dijo El Diablo, a los ojos, con voz fuerte:

—A ese ya lo vencí. “¡Que no me miren esos ojos!”, gritó. Y escupió un vómito rosado.

El sacerdote les pidió a los familiares que la llevaran a la parroquia, y así lo hicieron. El gesto de la chica se desfiguró al dar los primeros pasos dentro, y Mancuso atinó a gritar: “¡Ténganla!”

—Y ahí se dio vuelta el Diablo, en ella, y me dijo: “Ah, ¿tenés miedo?”

El sacerdote principal seguía siendo Sagrera. La cosa se puso muy complicada, dice Mancuso. En el momento de mayor excitación, cuando el cuerpo se retorció con violencia, su espalda se arqueaba y las pulsaciones deberían haber estado en las nubes, la tomaron de la mano y los latidos pasaban apenas los setenta. “Eso demuestra que la pantomima la hace el Diablo y no la persona”, dice el cura. En un momento, otro de los sacerdotes le advirtió: “Padre, fíjese que es con usted la cosa, eh?”. “El Diablo me miraba con odio, con su mirada llena de rencor...”.

Luego de un buen rato de lucha —esa es la imagen que guarda Mancuso— el cuerpo de Claudia se desplomó. Despertó aturdida. Aliviada, pero con la memoria reciente en blanco. “Libre”.

—Usted menciona también a otros asistentes ¿ninguno se dedicó luego a esto, como usted?

—No.

—¿Por qué?

—Porque es un tema que no interesa. A mí sí. Porque alguien lo tiene que hacer.

## **RITUALE ROMANUM, Y EL DIABLO OLVIDADO**

Tan natural que uno se olvida de que está ahí. O tan tajantemente ignorado que de la cuestión no se habla. A esos dos puertos –tan distantes- pueden llevar las conversaciones acerca del ritual con miembros de la Iglesia, pero siempre queda claro que no está en la agenda cotidiana.

“Todos los meses tratamos un tema pastoral en reunión de Clero. Tengo 35 años como sacerdote y nunca se trató nada relativo a este tema. Y en el medio pasaron cuatro obispos”, me dice Monseñor Raúl Rodolfo Gross. Gross, de hablar pausado y timbre límpido, es rector del Instituto de Teología de la Arquidiócesis platense, y sacerdote de la iglesia mas antigua de la ciudad, San Ponciano. Es, hoy, la persona señalada por el Arzobispo Héctor Aguer para dar la mirada oficial acerca de Mancuso. Habla maravillas de él: gran trabajo apostólico, fuerte obra con los jóvenes, sólida formación. Y “un autodidacta en este tema”.

La Iglesia, con el tiempo, dejó de creer en el exorcismo. El propio Amorth, dijo hace un tiempo, a los 83 años: “La Iglesia Católica abandonó durante siglos la práctica de los exorcismos porque en el pasado se habían cometido graves excesos (...). Cuando me hicieron exorcista, en 1986, yo también desconocía al Diablo”. Casi dos décadas antes, había escrito: “Considero sobre todo una

carencia imperdonable, de la cual acuso a los obispos, haber dejado que se extinguiese toda la pastoral exorcística: cada diócesis debería tener al menos un exorcista en la catedral; debería haber uno en las iglesias más frecuentadas y en los santuarios. Hoy al exorcista se le ve como un ser raro, casi imposible de encontrar (...) La jerarquía católica debe entonar fuertemente el mea culpa”.

Sin embargo, los *Congresos de Exorcistas y Auxiliares de Liberación* que se vienen realizando en México se levantan como botones de muestra de que en algunas diócesis el rol del exorcista volvió a ganar metros en los últimos años. En Italia, en 2005, un congreso reunió a 180 de ellos, saludados por Benedicto XVI. En ese punto, el mapa argentino se ve más bien desolado. Escalando en el árbol genealógico de los exorcistas católicos autorizados resuena el nombre de Ramón Morcillo, párroco de Villa Adelina.

—¿Conoce al Padre Ramón Morcillo, de la Diócesis de San Isidro? —le preguntaré, después, a Monseñor Gross.

—No.

—Siendo tan pocos exorcistas oficiales, pensé que quizás conocía su nombre.

—No. En el trabajo cotidiano el exorcismo es un tema que no se trata.

—Evidentemente, la Iglesia prefiere hablar lo menos posible...

—Lo menos posible.

\*\*\*

La instancia del *Rituale Romanum* parece una ley de último recurso, o tal vez un placebo necesario. Lo cierto es

que en el camino de charlas con protagonistas y familiares, sacerdotes y psiquiatras terminan poniendo más fieles en la bolsa de los problemas mentales que en esa en la que Satanás metió la cola.

“Hay mucho loco dando vueltas”, me había dicho Mancuso aquél primer día. Cuenta que estudia los bemoles de la psiquiatría y la psicología. Asegura que el trabajo conjunto con el ala “de la razón” es fundamental. Así, cuando aparece un caso de presunta posesión, la idea es que un profesional evalúe junto al sacerdote el estado de la persona y de su opinión antes de llegar al ritual.

Ahora, mientras camina por la Iglesia San Francisco, Mancuso se pasea por frases y diálogos en los que el Diablo entra y sale del escenario con una naturalidad pasmosa. Cuando narra, convencido, “... y el Diablo me dijo...”, pienso que es natural sentir una sensación extraña. Remarca que los diálogos son siempre muy violentos, y que lo necesario es ayudar a la persona. Con su voz blanda dice: “Tengo un gran respeto por ellos: que yo los tenga tirados en el suelo con una rodilla en el pecho para que no se muevan, no significa que no los respete”.

Su camino puede verse como una pista de dos carriles. Por un lado, a lo largo de años –décadas- Mancuso ofreció misas corrientes cada domingo, bautizó con sus manos a pequeños niños, trabajó con adolescentes en diferentes misiones catequistas, unió parejas en sagrado matrimonio. Y por otro, decidió a mediados de los años ´80, tomar la posta que Sagrera dejaría con su muerte, ocurrida en esos años. “Se ve que el Señor, en sus planes misteriosos me tenía destinado este trabajo muy distinto de los demás sacerdotes”. Sin profesores formales: del *bicho raro* del

Seminario a investigar en soledad los pormenores del *Rituale Romanum*. Así, dice, fue convenciéndose de que las posesiones diabólicas son hechos más comunes de lo que puede pensarse. Y por lo tanto, los exorcismos, también. "Al hacer un exorcismo sabemos que no estamos luchando con esquizofrénicos, como piensan algunos médicos. Estamos luchando con un ser malvado que está queriendo hacer daño. El demonio perturba la libre disponibilidad del cuerpo. El endemoniado está tranquilo, pero al momento del exorcismo quien aparece es el Diablo".

Sin embargo, dice que es imposible calcular cuántos exorcismos "reales" ha hecho en estas últimas dos décadas -Amorth los cuenta por miles-. En algunos, incluso duda si algún demonio anduvo rondando en verdad. "También hay mucha gente con trastornos de la personalidad -como dicen ahora los psiquiatras- que no se conforman con los médicos y quieren probar otra cosa. 'Yo tengo un mal espíritu adentro', dicen. 'Y como los médicos no entienden de malos espíritus, a mi no me pueden ayudar'. Pero ese mal espíritu tiene nombre y apellido. Se llama esquizofrenia".

\*\*\*

Alejandro Parra, un poco habitual caso de Doctor en Psicología y a la vez parapsicólogo, es director del Instituto de Psicología Paranormal, en Buenos Aires. Habla mucho, rápido, va y viene. Parece tener una mente permeable a lo que la ciencia no puede explicar. Pero la ciencia se encarga de que el terreno de lo inexplicable nunca sea demasiado vasto. "Hay algo que los psiquiatras han consensuado, y es reconocer ciertas limitaciones que no tienen que ver con



factores de corte espiritual, sino estrictamente cultural”, dice. “El ritual cumple el papel terapéutico para la persona y su familia (es importante la familia, porque el contexto coopera para que el poseso se sienta más poseído o menos poseído). Y es obvio que si un poseso cae en manos de un psiquiatra, al psiquiatra no le importa nada la cuestión espiritual involucrada. Para mi no hay ningún síntoma que permita hacer un diagnóstico y diferenciar entre un brote sicótico y una posesión. No hay ningún indicador que no pueda tener una lectura psiquiátrica”.

Parra hablará luego, y durante un buen rato, de alucinaciones. Del Síndrome de Gilles de la Tourette, de sus movimientos involuntarios y sus vocalizaciones incontrolables. Hablará de esquizofrenia. De los Trastornos de Personalidad Múltiple y de cómo pueden cohabitar varias personas en un solo cuerpo. Hablará de los Síndromes Dependientes de la Cultura.

Concluirá diciendo que “un poseso cree por sugestión que está poseído por un espíritu, y un exorcista cumple un rol de la persona que va a extraer el mal. Y eso funciona”.

### **III: EL EXORCISMO DE LOS CUATRO DÍAS**

El Padre Carlos recuerda muy bien el mes de enero de 2007. En un primer llamado, un hombre dijo hablar en nombre de su primo, Miguel, que vivía en la provincia de Entre Ríos.

Ya los trastornos de personalidad eran inmanejables, comentó el hombre. Iba al psiquiatra y le recetaba pastillas. Nada cambiaba. Tenía sueños recurrentes, imágenes,

señales. Veía rostros. Veía a una monja, y veía a un hombre. Imágenes que iban y volvían en su cabeza. Cuando el sacerdote le dio el visto bueno para recibirlo, se montaron en un auto y viajaron hasta La Plata.

“El Diablo no se quería ir, dio muchísimo trabajo”, recuerda Mancuso. “En un momento mi asistente me dijo ‘póngase del otro lado, Padre, que el Diablo quiere verlo’”.

—Podemos negociar... —dijo Satanás en boca de Miguel, mientras el joven se retorció.

—Con vos no hay negociación posible... —retrucó Mancuso.

—Tu Dios no existe -gritó el muchacho, con voz grave.

—¿Ah, sí? ¿Y a vos quién te mandó ahí, entonces? —dijo el sacerdote.

—Dios me ha abandonado.

Los diálogos y la lucha se prolongaron por cuatro días. Sólo paraban para darle descanso al cuerpo de Miguel. La violencia fue disminuyendo hasta que, dicen, el Diablo, simplemente se fue. Y Miguel unió todo en un plano que antes no podía ver con claridad. El rostro de Carlos Mancuso era el que se multiplicaba en sus sueños, pero esa cara no aparecía sola: había también una mujer, una monja que señalaba al cura. Antes de volver a su provincia, el joven pasó por la Iglesia Catedral de La Plata. Flanqueó el portal principal, atravesó la santería y miró al pasar la colección de estampitas.

—Esa es la mujer que se aparece en mis sueños —le dijo a uno de sus primos, azorado.

La historia se ataba en sus extremos. La monja de la estampa y los sueños era Sor María Ludovica (1880-1962),

una religiosa italiana que dejó una fuerte marca en la zona de La Plata y que fue beatificada por el Papa Juan Pablo II. En algún momento de la década del cincuenta, Sor Ludovica conoció personalmente a un joven seminarista llamado Carlos Mancuso.

\*\*\*

En los órganos eclesiásticos no saben cuántos, ni dónde, ni nada acerca de los exorcistas oficiales en Argentina. "Creo que Mancuso debe ser el único", dice un funcionario del Arzobispado de Buenos Aires. "No recuerdo otro", responden desde la Conferencia Episcopal Argentina.

El hombre pasó los setenta y cinco años, dejó la parroquia, y sus encuentros con los fieles son ahora menos frecuentes, pero dice que está dispuesto a mantenerlos mientras pueda. En la recta final de su vida, con un texto de cuatrocientos años bajo el brazo, aviva una realidad con sus propias leyes y lógicas, como quien sopla una última brasa entre las cenizas.

Mancuso avanza con paso cansino hacia la puerta de la Parroquia San Francisco. En un amplio salón de espera aguardan por él unas veinte personas adultas, varias con niños. Luego los atenderá, uno a uno, en privado, y escuchará sus problemas y temores. Una rutina que no lo aleja de un sacerdote común y corriente. Muchos buscarán alivio ante problemas físicos y afectivos, otros querrán sólo saludarlo y tener su bendición, y algunos dirán sienten al Diablo en sus entrañas.

Mientras cambia de mano su maletín negro y acomoda, como hizo una y mil veces, sus gruesos lentes,

le pregunto si cuando él ya no esté alguien quedará en su lugar. Si hay un discípulo.

—No

—¿Por qué?

—Ya se lo dije. Porque esto a nadie le interesa.





## LA CAPITAL ENIGMÁTICA

*Del entusiasmo de un blogger que dedicó años a recopilar historias detrás de la "ciudad pensada" nacieron dos tomos de Misterios de la ciudad de La Plata. Libros para curiosos pero a la vez guías en un itinerario que incluye a los masones en los días de la fundación, túneles legendarios y cápsulas del tiempo.*

*\*Publicada en diario *Página/12* (Argentina), abril de 2017. Versión extendida.*

De cómo un libro de historias extrañas puede transformarse en una muy particular *Lonely Planet*: hace pocos meses el platense Nicolás Colombo plasmó en el papel todos los años dedicados a la investigación acerca de “lo raro” de la capital provincial. Los rumores y leyendas son moneda corriente en la ciudad, con ese trazado del plano –tan pensado y planificado- y sus supuestos enigmas como piedra basal, pasando por las estatuas que parecen hacer señas diabólicas a la catedral, hasta bustos cambiados en la fachada del Museo de Ciencias Naturales.

Para Colombo el primer paso fue virtual, y la cantidad de visitas a ese espacio web derivó no sólo en un primer libro, sino también en la conformación de “La Plata ciudad oculta”, un grupo de guías de turismo que hace paseos abiertos al público, a la luz de la trama menos conocida.

A la ciudad de La Plata, fundada en 1882 por Dardo Rocha, la bautizó el autor del *Martín Fierro*, José Hernández. Después de barajar nombres como “Nueva Buenos Aires” o “Rivadavia”, impulsados por otras figuras de la época, la ciudad puso su piedra fundamental el 19 de noviembre de ese año. El trazado, perfectamente cuadrado y atravesado por diagonales, partió -cuenta Colombo- de una falsedad: la

incuestionable autoría del ingeniero Pedro Benoit. Hacia el año 2000 se confirmó oficialmente que la obra era anterior, o por lo menos, compartida. Lo cierto es que el plano que viajó a lucirse en la Exposición Universal de París de 1889 -la misma que tuvo como estrella a la flamante Torre Eiffel- llevó solamente la firma de Benoit. Desde entonces, todos los laureles fueron durante décadas y décadas, para él.

Uno de los primeros (y tantos) mitos relacionados con el trazado es el que afirma que está inspirado en Franceville, la ciudad descrita por Julio Verne en la novela *Los quinientos millones de la Begun* (1879). Un supuesto paso de Verne por la Argentina años antes para un congreso masón alimentó esa idea. Este diseño, que recorreremos ahora por la amplia diagonal 74, que se toma desde la bajada de la autopista que llega desde la Capital Federal, nos pone en el inicio del recorrido: el punto exacto donde se puso la piedra fundamental en 1882.

\*\*\*

La Plaza Moreno es el centro geográfico de la ciudad, flanqueado por la enorme catedral y el palacio municipal. Uno de los mitos más repetidos en esta plaza es el del grupo de estatuas que conforman "Las cuatro estaciones". La leyenda dice que fueron colocadas acá por los masones para que hicieran sus diabólicos cuernitos hacia la catedral. La mano izquierda de la figura del invierno, puntualmente, parece estar levantando sus dedos meñique e índice hacia el templo. En realidad, las estatuas se instalaron allí en 1912, pero en otra posición, apuntando hacia los vértices de la plaza. La alineación actual data de 1946, cuando la plaza



se reformó. Poco de realidad hay en esta leyenda, entonces, aunque tiene un encanto a prueba de verdades.

En el corazón exacto de esta plaza de cuatro manzanas, donde ahora encontramos un cuadrado de cemento con el escudo de la ciudad, se depositó en la fundación una especie de cápsula del tiempo que debía ser abierta recién un siglo después. En esos cien años se tejieron mil historias: rumores sobre qué elementos incluía el cofre enterrado y versiones de un supuesto saqueo apenas horas después del momento fundacional. Finalmente, el 19 de noviembre de 1982, al destapar la cápsula, muchos de los objetos que se pensaban dentro, no estaban. Se intuían botellas, monedas de oro y plata y documentos en papel. Solo para la ausencia de estos últimos hubo una explicación: a principios de siglo XX, en medio de unas reformas para la (genial) idea de montar una fuente sobre el lugar en que descansaba, el cofre quedó lleno de agua.

Sin embargo, varios de los elementos que sí dormían en su interior ahora podemos verlos con solo cruzar la calle, y nos ayudan a ponernos definitivamente en la columna vertebral de los "mitos" platenses: la masonería.

\*\*\*

El museo Dardo Rocha es el lugar donde descansan los objetos encontrados en la cápsula desenterrada, y está sobre la calle 50, en la que fue la casa del fundador. Entre otros elementos recuperados del castigado cofre – que también está expuesto– se despliegan las medallas de cada grupo masón que participó en diferentes maneras en la fundación. En las vitrinas aparecen ahora como una

puerta al mentadísimo origen masón de la ciudad, ese que suena a misterio, aunque en realidad tiene una explicación bastante terrenal: en esos días, todo hombre de cierta influencia, era masón. ¿Que es la masonería? Así lo sintetiza la aún vigente Logia *La Plata 80* en su sitio web: se trata de una "sociedad filantrópica, filosófica y progresista. Sus objetivos, la exaltación y el perfeccionamiento de las más elevadas virtudes humanas". Más discretas y silenciosas que secretas, las logias llegaron desde Europa, y en 1795 "levantó columnas" –para usar un término masón- la Logia Independencia, la primera en este territorio.

La estadística es contundente: catorce presidentes argentinos fueron masones (entre ellos Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Yrigoyen y Carlos Pellegrini). En el caso platense, el mito masón no es más que realidad: Rocha que la fundó, Benoit que (en todo o en parte) pensó el trazado y Hernández que la bautizó, los tres eran masones. La cosa se pone aún más clara al saber que 29 de los 36 miembros del Departamento de Ingenieros de la Provincia, encargados del diseño de la nueva capital, también lo eran.

Así, mapa en mano podemos caminar las anchas diagonales y avenidas y estar pisando -sin ver- los símbolos que se encargaron de regar por todas partes, como la escuadra, el compás, el nivel y la plomada (es que masón viene del francés *maçon*, albañil). Las diagonales 73, 74, 79 y 80 forman en el mapa la escuadra, y al compás abierto a 85° lo forman las diagonales 77 y 78.

Aún subsisten además símbolos que pueden encontrarse a simple vista. En el centro de la ciudad, en la calle 47 entre 8 y 9, Colombo señala un mural más reciente, que suele pasar desapercibido pero resume la simbología

masónica: entre otros elementos, aparece la imagen de tres hombres. Uno lleva en sus manos el compás, otro la escuadra y el último el "libro cerrado donde están los sagrados misterios". Cerca de ahí, en la calle 46 entre 2 y 3 puede encontrarse el único templo masón originalmente construido con ese fin, y que aún sigue en pie. La fachada con aire a templo griego hacen que sea imposible de pasar por alto. Aunque el lugar en el que más símbolos masones subsisten es uno que reproduce el plano de la ciudad en pequeña escala: el cementerio.

Al final de la diagonal 74, rumbo al sur, aparece el pórtico diseñado –cuándo no- por Pedro Benoit. La entrada con columnas tiene en lo alto un verdadero álbum de imágenes masónicas: ramas cruzadas y antorcha en su centro, la antorcha cruzada y atada (en la simbología masónica la antorcha inclinada representa la extinción de la vida, y la cinta con el nudo, marca la unión), y lo mismo vamos encontrando a cada paso en el interior. Anclas, que junto con las cruces y los corazones representan las tres virtudes esenciales: fe, esperanza y caridad. En algunas bóvedas se pueden ver las antorchas encendidas y hacia abajo; ahora con la misión de iluminar la vida después de la muerte. Más allá se repite la "clepsidra alada", el reloj señala que el tiempo de la vida fue bien empleado, y llegó a su fin. Obviamente, no faltan la escuadra y el compás. En una bóveda en particular, señala Colombo, vemos cómo el compás, al tener una punta por encima de la escuadra, significa que esa persona había alcanzado el grado de "compañero masón".

\*\*\*

El padre de la criatura se llamó Gualberto Reynal. Ese nombre es la referencia inevitable. Denostado, reconocido, burlado, aplaudido, como sea. Su nombre aparece todo el tiempo entre los investigadores de la cara oculta de La Plata. Resulta que el bueno de Gualberto abrió una ventanita esotérica en 1998, cuando recopiló seis años de fascículos en su libro "La historia oculta de la ciudad de La Plata". Subido a ese ¿éxito?, al año siguiente publicó el coyuntural "La maldición de los gobernadores" -imperdible la portada, con un Duhalde entre rayos, casi como el *Delorean* llegando a las 88 millas por hora- y hasta escribió luego desde su "exilio" en Mar del Plata el libro "La Plata y su historia enterrada". Exilio porque, cuentan, tuvo que dejar la capital por las amenazas que sus búsquedas le hicieron ganar.

Colombo suele retomar teorías de Reynal, aunque admite que son misterios un poco inflamados. Reynal supo desplegar un mapa que algunos consideran real: entre 1916 y 1919 se habría construido una red de pasadizos bajo la ciudad, a una profundidad de unos cinco metros. Por eso, dos últimas paradas ocultas nos esperan. Una de ellas es la actual Plaza Malvinas, epicentro de esta trama, una de las que más se han repetido en voz baja en los últimos años. Para algunos, la idea de alinear los principales edificios públicos en un eje (entre las avenidas 51 y 53) tenía como origen la idea de comunicarlos de forma subterránea. De hecho, la idea de que la avenida 52 no exista dentro del cuadrado urbano alimentó esa idea casi de manera poética: la 52 existe, pero está bajo tierra.

La leyenda ponía una de las entradas a esa red en la plaza Malvinas, donde funcionó el Regimiento nº 7 hasta

1982. Finalmente, en 2010, entre investigadores amateurs y una ONG lograron las autorizaciones: un túnel de 46 metros de largo a 5 de profundidad apareció bajo la plaza. La unión de este pasadizo (que conectaba el casino de oficiales y plaza de armas del viejo regimiento) con el supuesto resto de la trama aún no tiene solución. El túnel de la plaza Malvinas se abrió al público ese año y se lo vuelve a habilitar en ocasiones: el crecimiento de las napas impide que pueda permanecer abierto todo el tiempo.

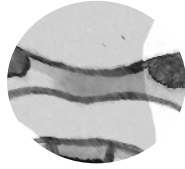
La parada final es para dos detalles extraños de uno de los espacios más visitados por el turismo tradicional en La Plata, el Museo de Ciencias Naturales. Llegamos hasta el corazón del bosque, el pulmón ideado en uno de los márgenes. Allí, entre restos de dinosaurios y sarcófagos egipcios, son clásicas las leyendas paranormales. Las tristes historias como la del malogrado cacique tehuelche Inacayal alimentaron mitologías. Se masculla acerca de un supuesto espíritu al que llaman "Gabino" -que abre y cierra puertas y ventanas, o golpea las puertas de los laboratorios internos- y son muchas las versiones que recoge el autor del libro, atadas, en algunos casos, al pasado negro del encierro de pobladores originarios en el edificio.

Por fuera del museo, el último caso es más simpático. Casi absurdo. En la altura de la fachada del monumental museo pueden verse doce hornacinas, huecos en los que se levantan los bustos de distintos naturalistas. Allí están con sus nombres: Lamarck, de Azara, Blumenbach, Darwin, y otros. Sin embargo, la mirada en detalle, para nuestro guía deja dudas: por lo menos la mitad de los rostros no tienen mucho que ver con las imágenes conocidas de los protagonistas. Parece que al menos la mitad de los bustos

fueron en algún momento reemplazados, pero no así los nombres de los homenajeados.

Como ejemplo, Nicolás cierra con un desafío: nos pide que nos detengamos a mirar al busto del sueco Carlos Linneo. Misteriosamente, se parece demasiado –demasiado demasiado- al filósofo René Descartes.





# MONSTRUOS ETERNOS EN BOMARZO

*Un jardín del siglo XVI, la reencarnación de un escritor en el siglo XX y el transporte del siglo XXI. Un viaje entre seis siglos –entre sueños de amor y perpetuidad y logística incompleta-hacia el apogeo y caída del misterioso Parque de los Monstruos.*

*\*Inédita*



¡Roma! ¡Ehhhh! ¡Caput Mundi! – dice, revolea los ojos y alza la voz para dejar bien claro que lo que acaba de escuchar es una obviedad. Mauro mueve los brazos mientras maneja y recién oyó de mi boca: “me gustó mucho Roma, eh”. En lugar de cachetearme por el hallazgo, mi italianísimo ocasional chofer -y personaje favorito del día- opta por retorcer los ojos con cierta piedad y limitarse a elevar un poco el tono para subrayar que, claro, mi amigo: Roma es Roma.

Esa Roma centro mundial quedó atrás bien temprano esta mañana, en un horario en que ni imaginaba que poco después estaría zigzagueando por caminos de montaña en el asiento del acompañante de este desconocido con el que hablamos fluidamente e intercambiamos historias entre risas. Él no habla español, yo no italiano, pero ya nada importa: llegamos a las puertas del Parque de los Monstruos.

Este Sacro Bosco me acompaña desde siempre. Quizá por aquél libro del argentino “Manucho” Mujica Láinez que llevaba como título el nombre de este pueblo: “Bomarzo”. Libro que no leí sino hasta poco antes de este viaje, pero cuyo nombre rebota en mi cabeza hace años. Un jardín con una historia brutalmente encantadora y grotesca,

del que recorrí mil fotos en la web, libros y revistas. Uno de los núcleos universales para quienes se sienten (sentimos, lo confieso) atraídos por las historias torcidas y los lugares extraños. Levantado entre 1552 y 1580, adorado y después perdido, olvidado bajo el espeso verdín y los árboles durante tres siglos, a los pies del magnetismo medieval del pueblo de Bomarzo.

A las puertas de este Bosque Sagrado acabo de llegar, y Mauro puso su *deadline*. Tengo solo una hora y media.

\*\*\*

El Sacro Bosco di Bomarzo tuvo dos vidas. La primera, cuando Italia atravesaba su *Cinquecento* y comenzaba a dejar atrás su período central renacentista. Pensemos que obras icónicas del Renacimiento Italiano están fechadas desde finales del siglo XV y la mitad del XVI: ubiquemos mentalmente a Miguel Ángel y los frescos de la Capilla Sixtina entre 1508 y 1512, al David alrededor de 1501, o al monumental y tardío Juicio Final que culminó la capilla, entre 1537 y 1541. Pongamos en la línea también a la Gioconda de Leonardo entre 1503 y 1519; o las huellas del jovencísimo Rafael en las estancias del Vaticano entre 1508 y 1524. La *crème* del renacer, condensada en esos años. Después vino una etapa final, previa a los años barrocos. Esos días, entre otras cosas, incluyeron al Manierismo: algo así como “a la manera de”, diría Giorgio Vasari, el multifacético artista y crítico de arte de la época. Su gran cronista contemporáneo. Una etapa que fue leída como de repetición y copia de los grandes del período anterior, e incluso después completamente ninguneada. Una tendencia que fue –dicen

los que saben- subestimada y más tarde decodificada en una clave diferente.

Un video en *Youtube* me pone frente a Luisa Roquero, crítica de arte y autora del libro "Sacro Bosco de Bomarzo, un jardín alquímico", que empieza a ubicarnos: "este parque es casi la quintaesencia del manierismo, es el gusto por lo chocante, lo paradójico, mientras que en el jardín renacentista todo está proporcionado y concordado. Este es un jardín en el que se juega con el contraste de la luz, y el agua en estado natural. No da impresión de serenidad".

No, no da.

\*\*\*

Son los días previos a un viaje, y como siempre la pesquisa se pone en marcha: cómo, cuándo y cuánto para llegar a tal o cual lugar. Con la búsqueda centrada en Bomarzo, el abanico de comentarios en la web concluye en dos cosas: se llega en auto, o combinando tren + bus. La cosa parece simple, pero desde las primeras *googleadas* afloran unas palabras que se transformarán, luego, en un sonido cíclico: el transporte público para llegar al parque es muy malo.

En general las recomendaciones apuntan a que el tren elegido sea hasta Orte Scalo o incluso a Viterbo. Pues bien, mapa en mano: Orte Scalo es una pequeña estación hacia el este de la ciudad de Viterbo, y al sur de ese punto marcado como *Parco dei Mostri*. Los comentarios y la información dicen que una vez allí, sale un tren hacia el Bomarzo cada varias horas (¿dos? ¿tres? ¿Alguien lo sabe exactamente?). La estación Viterbo, mientras tanto, está hacia el oeste de

Orte, a una distancia un poco mayor del Parque. De Viterbo, anticipan, parten cuatro buses en el día.

Aquí es cuando empieza a jugar el ajedrez de los viajes con múltiples destinos: en ese tetrís de horarios, trenes, colectivos y aviones hay que hacer encajar a los monstruos. Como sea. El punto es cómo. Pensar en tomar un tren desde Roma, para después conseguir un bus, para llegar al parque, recorrerlo, para emprender después la caminata, conseguir otro ómnibus, para después tomar un tren; parece algo complejo si se tiene ya boleto y horario para retomar viaje. Simplemente porque las palabras siguen castigando por todos lados: "llegar en transporte público es complicado". Alquilar un auto en Roma podría ser otra opción, y desprenderse de él en Florencia, por la noche. Puede ser, aunque lo dudo: habría que manejar en la enrevesada Roma.

Un *zoom in* al mapa para seguir explorando la zona ya con una ceja arqueada: hurgar detalles, buscar opciones. A la derecha de Bomarzo, atravesado por la autopista A35 aparece un punto llamado Attigliano. La distancia hasta Bomarzo desde ahí no parece tanta; de hecho es mucho menor que desde Orte o Viterbo. Entre ese misterioso Attigliano y el más misterioso *Parco* cruza el río Tiber, que hará lo mismo con Roma más abajo. Algo es evidente de entrada: Attigliano está cerca del Parque. Es todo lo que sabemos, pero es tentador. Son solos unos ocho, o diez kilómetros. Bien. La búsqueda en la web pasa a un estadio superior: cómo se llega desde Attigliano al parque.

Se habla de colectivos, y se habla de taxis. Se habla. Vamos a la versión corta: el rompecabezas del tiempo le gana a todo lo demás: si queremos ir al parque, hay que arriesgarse a ir a Attigliano. De máxima, un bus nos llevará desde ahí

rápidamente al bosque (aunque haya que esperarlo un rato) atravesando esos poquísimos kilómetros. En su defecto, habrá que destinar algunos euros más y tomarse un taxi en la estación, como promete la búsqueda en la web. De mínima, habría que apechugar y salir caminando. Eso nos haría gastar el mismo tiempo que yendo por Orte o Viterbo, y nos dejaría aún más cansados.

Pero confiemos: sería la última opción.

\*\*\*

"Hay muchas cosas de Pierfrancesco Orsini que no sé. O más bien, que no recuerdo. Por ejemplo, yo no podría decir si esa primera mujer mía en esa época, Giulia Farnese, fue obligada a casarse".

— ¿Usted dijo "esa mujer mía"? — repregunta la periodista, abiertamente confundida.

— Y claro, si es mi vida anterior. ¿O usted no cree en las vidas sucesivas?

— ¿En la reencarnación? Sí, creo. Pero no se siente tan fuerte como lo ha sentido usted...

— Bueno, yo he tenido esa suerte.

El que habla durante una entrevista en una radio de Argentina en 1967 es Manuel Mujica Láinez, escritor *dandy* con *charme* aristocrático, durante años firmante en el periódico La Nación y autor de la novela "Bomarzo". Y en esa charla están los nudos: de su libro, del rescate, del mito realimentado. Y una entrevistadora que se choca de narices con un escritor que le dice: "yo fui el Duque de Bomarzo, Pierfrancesco Orsini, hace 400 años" como quien cuenta que se comió una tostada.

Mujica Láinez -que para entonces ya había publicado, entre otros, los cuentos de "Misteriosa Buenos Aires" y toda su saga porteña- llegó a este bosque en 1952 después de haber leído –o soñado, según él mismo supo dudar- un artículo en un diario argentino. Vino, recorrió el sitio junto a un pintor y un poeta, y sintió. Sintió que ya había estado aquí antes. "Pero no solo eso –agrega-. Sentí haber vivido antes una vida ahí. Y tuve que rescatar esa vida por la vía de la imaginación".

Tres años de trabajo derivaron después en un libro de 600 páginas, en el que Mujica Láinez reflota la historia del jorobado Duque de Orsini, su poder y sus penurias en el pueblo de Bomarzo, su amor por Giulia Farnese, su relación con los Médici, y la construcción de un enorme parque de monstruos de piedra en honor a su amada al momento de su muerte. Un parque modelado por la mente del Duque y trabajado por Pirro Ligorio, el arquitecto que después terminaría la cúpula de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, cuando la muerte de Buonarrotti la dejó en pausa. Todos esos hechos reales se entretajan en la pluma de Mujica Láinez, que como un médium aseguró haber dejado fluir la memoria de su vida anterior. Y ese libro de 1962 fue parte del resurgir de este bosque de piedra.

— Fíjese –insiste Mujica Láinez, ya lanzado, con una naturalidad escandalosa- que en esa época yo era un muy buen partido: era el Duque de Bomarzo.

\*\*\*

Es temprano en Termini, corazón de Roma. El viaje por delante será de 52 minutos, un número que puede

variar si el servicio del tren es Regio Veloce, Intercity o Regionale, con duraciones que van de los 48 minutos a 1 hora y 18 minutos. La suerte está echada, y tenemos ya en la mano también los boletos Attigliano-Florenca, para ese mismo día a las 16:00. Entonces, la hoja de ruta dice que: alrededor de las 10:00 estaremos ya en Attigliano; y taxi o bus mediante antes de las 11:00 llegaremos al Parque. Unas tres o cuatro horas para recorrerlo, y tiempo suficiente para regresar al momento en que pase el tren que va a Florenca.

La validación de los tickets pasa a ser una cuestión de Estado. Así como los comentarios que anticipan las flaquezas del transporte para llegar al bosque sagrado, estoy alertado sobre la poco amigable actitud de los guardas de tren -en toda Italia- si los billetes no son correctos. O mejor dicho, si no están validados. Después de comprarlos vía web -aunque eso sea muchos meses antes o el día anterior- al momento de viajar hay que pasar por la ventanilla de la empresa o en las máquinas y simplemente tramitar un rápido ok.

Un rato después, los guardas entran en el vagón pidiendo boletos y los presagios se hacen realidad: en solo un vagón se cargan a cuatro. Primero, una pareja -la validación, la validación, que nos sabíamos, que lo compramos, que nadie nos avisó, que todo eso- y dos amigos de lengua difícil de entender. El guarda -enorme y con cara de malo, como fruto de un casting- se va poniendo cada vez más duro con todos. A la pareja les da la chance de pagar la multa en el momento, incluso con tarjeta de crédito. El precio es la marca a fuego que hará que nunca más se olviden de validar los tickets: habían pagado por cada boleto unos 12 euros. Por la multa: 50.

Con los muchachos, sentados justo delante de nosotros, la cosa se pone más áspera. Multa si, multa, no, que llamo a la policía, que si, que no. Equipaje en mano, los dos abajo en una estación intermedia. Para esto, la sensación ya es una sola: me veo parado en el andén, para terminar de complicar el plan. La mano estirada con los boletos, el escaneo del guarda –parece cada vez más grande, cada vez más malo- con sus ojos negros y estos segundos eternos. El hombre que levanta la vista y ese “grazie” que suena como un premio de lotería.

Queda una media hora por delante.

\*\*\*

El jardín de Bomarzo fue construido en el siglo XVI “por un noble italiano en memoria de su esposa Giulia. Pier Francesco Orsini (1513-84), Duque de Bomarzo, conocido como Vicino, fue un soldado, un poeta y un soñador”. Así comienza la reseña estampada en la contracara del mapa que me llevo de la recepción del parque, donde a esta hora no hay un alma. Es la mañana de un jueves y solo están la boletera y otra chica que atiende un pequeño *gift shop*. Después de pagar los 10 euros de la entrada, atravieso la segunda puerta y ahora todo es silencio. El Bosque Sagrado de Bomarzo solo para nosotros. Y no exagero.

El parque son 35 figuras esparcidas a lo largo y lo ancho de subidas y bajadas, entre vegetación y cauces de agua. “*Como en otros jardines del Renacimiento* –sigue la voz oficial del reverso del mapa que llevo en las manos- *el Sacro Bosco de Vicino no era simplemente ornamental. Lleno de fantásticas imágenes y permeado por ideas, el jardín y sus*



*estatuas pueden leerse como un libro, en un viaje filosófico a través de temas como el amor, la muerte, la memoria y la verdad. El jardín es oscuro y ambiguo, y requiere conocimiento no solo de la iconografía medieval, sino también de poetas como Dante, Petrarca y Ariosto para desentrañarlo*". El textito eleva la vara y pone en duda si uno está a la altura. Ante eso, solo hay una salida: dejarse llevar.

La hora y media ya está corriendo, y el punto cero nos pone 500 años atrás. Atravesamos la entrada y nos recibe la primera de las figuras: una esfinge da la bienvenida con una frase tallada: "*Aquel que no visita este lugar con ceño fruncido y labios apretados no podrá admirar las siete maravillas del mundo*". En realidad, las esfinges son dos, aunque una queda más a la derecha y el itinerario sugerido por el mapa nos llevan a la izquierda. Los primeros metros son abiertos, despejados, el bosque frondoso llegará después. Siguiendo el sendero, más adelante aparece Proteo, el primer "monstruo" del parque. Las fauces abiertas en una cara enorme, modelada en peperino –la roca de la que se hicieron todos estos monumentos- con un planeta sobre su cabeza. Encima de él, un castillo. El castillo de Vicino Orsini, simbolizando el poder de su casta sobre el globo. Más adelante el semiderrumbado mausoleo dedicado a Giulia Farnese, y ya entrando en los senderos boscosos que lentamente van ganando profundidad, el escalofrío de las primeras figuras de piedra realmente impactantes: la lucha de los gigantes. El bien y el mal trenzados una lucha representada por Hércules y Caco: el Hércules glorioso a punto de desarmar a su oponente abriendo sus piernas.

Luego aparece una tortuga y después, debajo y del otro lado del pequeño cauce de agua, una ballena. El

bosque definitivamente comienza a plagarse de seres descolocados. La enorme tortuga lleva sobre sí a la victoria alada, y queda detenida ante las fauces abiertas de la ballena. Más allá, la fuente de Pegaso, una figura rampante ahora tan seca que parece crujir sobre la roca gris. Esta imagen, dicen, fue un regalo de la familia de la esposa de Vicino: el Pegaso fue el símbolo de la familia Farnese. En los senderos descubrimos mitología de proporciones enormes, con una Venus de brazos arrancados, que solía ser una fuente con agua que fluía de su ombligo. Más allá, Neptuno domina un sector enorme rodeado de ánforas. Delfines que brotan del suelo, un teatro y una casa de perfectos ángulos pero monumentalmente torcida, a la que se puede entrar –no podía ser distinto- por el primer piso.

La relación entre los elementos no tiene perspectiva, no hay equilibrio y se transforma todo en un laberinto de símbolos. Un banco etrusco, al otro extremo del parque, escorado como un barco que empieza a irse a pique, traza una especie de extraño saludo -tan paradójico como todo por acá- escrito en la roca: *"Vosotros que por el mundo vais errantes deseando ver grandes y estupendas maravillas, venid aquí donde hay rostros horrendos, elefantes, osos, orcos y dragones"*.

\*\*\*

Próxima estación: Attigliano. La hora de la verdad, a bajar y salir para el parque. Attigliano es un pueblo de provincia que no llega a los 2000 habitantes. Es como si a una pequeña estación bonaerense la rodearan de un pueblo con rastros medievales: completamente encantador.

Pero eso lo descubriré después, cuando salga a la vereda de la pequeñísima estación y compruebe mi fracaso: no hay absolutamente nadie por ningún lado. Ni buses, ni taxis, ni gente. Son las diez de la mañana y las boleterías están cerradas. Nadie en el andén, y nadie bajó del tren más que nosotros. El cielo está celeste perfecto, y aunque hace frío es una mañana hermosa. La expedición arranca antes de lo previsto, parece. La estación tiene una parte más grande – con lo grande que puede ser una estación de pueblo, acá y en cualquier parte del mundo- completamente vacía. Poco más allá, saliendo y volviendo a entrar por el otro lado, una persona: la mujer que atiende un mínimo kiosco y café. Es la salvación para preguntarle por los colectivos. Súper amable, una morocha que no habla una gota de español, lo cual se encaja perfectamente con mi desconocimiento del italiano, por lo que la conversación es muy pintoresca pero poco productiva.

— “¿Bus a Bomarzo? No, no existe”.

La primera esperanza se desvanece. “¿Taxi? No, acá no hay parada de taxis”. Perfecto. Ya la cosa se torna bastante negra, mientras los minutos corren. “Puedo darte un número de teléfono de taxis; del otro lado de la estación hay un teléfono público”. Bien, un paso adelante. Ya del otro lado de la estación, después de poner las monedas en un viejo teléfono, la cosa vuelve a decaer. No hay forma de hacer andar a este aparato. Un intento, dos intentos, y este bicho que no da ni un suspiro de tono.

Vuelta al kiosco de la mujer, nuestra única referente viva en Attigliano. Ya las caras son levemente distintas. Y las opciones se achican. Le pido si no puede llamar ella al taxi, no queda alternativa. Le ofrezco pagarle la llamada, no

hay problema, pero hagamos algo juntos o nos quedamos a compartir el día acá. De golpe, su cara brilla: aun no sé si por real ocurrencia o por hartazgo, pero me mira y dice: "¡ya sé! Espera". Levanta el teléfono y mientras pone cara de pensar dice en voz alta: "Debe estar por acá. Mauro debe estar por acá".

"¡Bongiorno!" grita al bajar de su camioneta, un utilitario gris, un hombre regordete, pelado, de jeans, camisa y anteojos. El famoso Mauro. Mauro es Mauro Alcini, hace viajes en remise por la zona y será el segundo ser vivo que vea en Attigliano y -después de lo que veré en el Sacro Bosco di Bomarzo- la mejor noticia del día. "¡Ah! ¡Argentina!", dice, antes de largarse a hablar un buen rato sobre el Papa Francisco - Mauro es creyente, Mauro es franciscano, Mauro no quería ni un poco a Ratzinger- y recordar: "justamente una argentina escribió una obra sobre Bomarzo. Si si, muy importante". El detalle del género (¿el apellido compuesto y de aires femeninos "Mujica Láinez" lo habrá confundido?) en la boca de Mauro es eso, un detalle, pero pone al libro en su dimensión. Y es él quien echa luz sobre las complicaciones para el acceso al parque: Bomarzo está cerca de una frontera, un límite político: la región es Lacio, la provincia Viterbo. Orte y Orte Scalo están en la misma provincia, pero su conexión con el bosque es floja. Attigliano está mucho más cerca, pero pertenece a otra provincia (Umbria) y otra región (Terni). Parece que tramas y celos y negocios siglo XXI hacen que el parco resulte lejano si uno no quiere pagar una fortuna para un tour desde Roma.

\*\*\*

Este ojo del huracán tiene una profundidad metafórica difícil de medir. Estos pasos –los humanos, los reales- que damos por los senderos con ojos y alma de turista, sobrevuelan apenas una superficie. Bajo las raíces de la vegetación y los cimientos de los monstruos se tejen dudas que aun hoy siguen abiertas. Estas bestias están aquí, al alcance de todos, pero su alma es esquiva. Definitivamente, como anunciaba el mapa, no cualquier herramienta permite decodificar este laberinto. En los links hurgados en la web se mencionaba a los relatos arcaicos de “Los Trabajos de Hércules”, aunque también se apuntó como posible fuente el poema caballeresco “Orlando Furioso” de Ludovico Ariosto; obras que habrían susurrado este bosque al oído del sufrido Orsini.

El parque parece ser una cebolla que se desgaja en mil capas y se convierte en un gran hipervínculo en sí mismo. Uno que provoca que otros señalen que para mirar esta “Ville delle Meraviglie” (así fue su nombre en 1552) hay que cruzar sus coordenadas con las de una novela llamada *Hypnerotomachia Poliphili* -o El sueño de Polifilo- publicada en Venecia en 1499, 24 años antes del nacimiento de Pierfrancesco. Un libro de cierta popularidad en esos días, para algunos la obra literaria más rica del Renacimiento. En ese viaje onírico de Polifilo, el protagonista vas tras el amor de Polia, atravesando bosques con pirámides enormes, obeliscos, un combate entre gigantes, un caballo, un coloso yacente, un elefante, una puerta. “Un enorme elefante de un piedra más negra que la obsidiana, sembrada copiosamente de partículas de oro y plata como polvillo resplandeciente”, dice Polífilo. También dragones, también delfines. Y habla de una fuente de Venus y de omnipresentes ninfas esculpidas.

Hay quienes ven en lo que queda del Ninfeo de este bosque (tres paredes con bancos y cinco ninfas de las que quedan cuatro) ese baño de las ninfas que Polifilo describe en su sueño.

Los caminitos suben y bajan y doy con una Ariadna durmiente entre ropajes, con el rostro ya desfigurado por los siglos. En la Furia alada -una deidad de los etruscos de esta región- sobrevive una canasta sobre su cabeza, algo que más adelante se repite en la figura de Ceres, a quien rodean niños en sus espaldas. La Furia alada aparece enfrentada a la Sirena Equidna, la madre de muchos de los enemigos de Hércules y enamorada de Glauco, ese Proteo que vimos al entrar a este mundo. La Furia y la sirena están cara a cara y solo separadas por los leones. Los brazos, los rostros, los ornamentos, diezmados quien sabe por qué hecho ocurrido bajo la noche de la vegetación. Proserpina espera más allá en forma de banco con sus brazos abiertos. Hacia el final, el cerbero de tres cabezas custodia el inframundo, en la previa a la llegada al templo en recuerdo de Giulia Farnese, que se construyó veinte años después del jardín original, decorado entre rosas y signos del zodiaco.

El agua parece haber ocupado un lugar fundamental en el bosque. Hoy es apenas un hilo que corre y lo atraviesa. El viaje a la época nos pone frente lo frondoso, lo húmedo, lo líquido: un lago artificial era el que daba vida a las fuentes de las Ninfas, Pegaso, Venus y Plutón. La fuente dedicada a Venus originalmente estaba bajo la protección de una gruta, el agua brotaba del ombligo de la diosa y derramaba sobre cuencos con forma de dragón.

En el centro de todo esto, detrás de Neptuno, al final de un camino oscurecido por las copas de los árboles,

aparece la figura más conocida y dramática de este parque. El Orco, rey del mundo inferior, de fauces abiertas y gesto dramático. El labio superior del ogro de ojos redondos dice "Ogni Pensiero Vola": todo pensamiento vuela; es fugitivo. La boca es una puerta, la puerta –dicen- del infierno. Esta mañana el parque está desierto: estar sentado dentro de la cabeza del Orco, en los bancos circulares frente a la mesa de piedra, escuchando el crujir de las hojas conecta con el corazón del atormentado Vicino. Con el amor por Giulia, con la reencarnación de Mujica Láinez, con Polífilo. Con el Renacimiento todo.

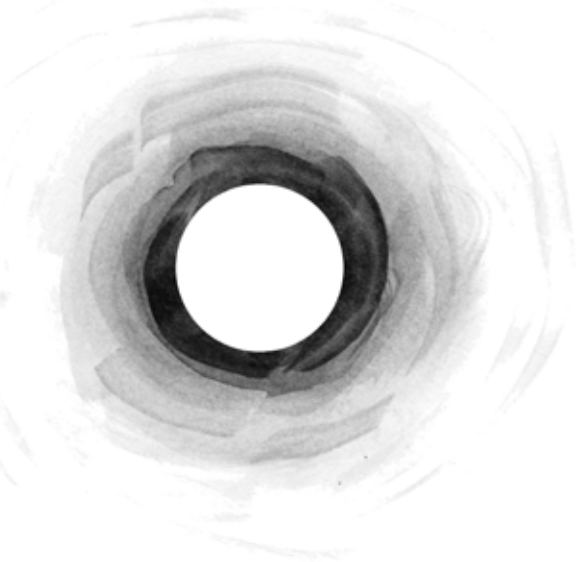
Este Parque de los Monstruos permaneció olvidado y abandonado más de 300 años, desde la muerte de Orsini hasta que fue redescubierto en la primera mitad del siglo veinte. Cuentan acá que pocos lugareños se animaban a entrar a una zona donde la vegetación solo dejaba ver los ojos de gigantes de piedra que parecían gritar ahogadamente. En los años cincuenta –exactamente 401 años después de su construcción- todo el parque lo compró la familia Bettini, y lo que encontraron probablemente tenga que ver con lo que se puede ver en algunas fotos que circulan en internet: los monstruos semicubiertos por el verde, sucios de moho y raíces y rodeados de ovejas pastando. De esa época es la visita de Mujica Láinez. Y del 10 de noviembre de 1948 dice ser el video en el que se lo ve a Salvador Dalí trepando a los monstruos derruidos, incluso subiendo al elefante y parándose detrás de la figura. Dicen que André Breton le presentó el parque al maestro del surrealismo diciéndole: "aquí está todo tu universo 400 años antes de que se te ocurriera".

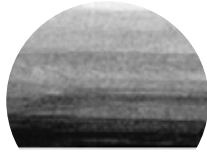
\*\*\*

“Puedo llevarlos, esperarlos una hora y media, y traerlos otra vez a la estación”. La propuesta de Mauro da ganas de abrazarlo. No es demasiado tiempo, pero podemos dejar esta estación semivacía y llegar por fin al parque. Una redondísima propuesta en la puerta de la Attigliano, a cambio de unos 40 euros. Puede ser mucho si hacemos el frío cálculo de la distancia, pero claro, las cosas se miden por su contexto. El tiempo es poco, y –lo sé, lo leí- hay mucho por ver.

Adelante Mauro, dame una mano con las valijas.







## RÍO ADENTRO

*En marzo de 2009 una pareja se enfrentó a su día más extremo: un naufragio y horas interminables al filo del límite. Él nadó siete horas, ella resistió doce: a diez años de esa tarde, la reconstrucción de una historia de decisiones, temores, alucinaciones y hasta la premonición de un final feliz.*

*\*Publicada en revista Brando (Argentina), marzo de 2019.*

La cucharita se zafó de su mano y se escurrió entre las grietas del muelle. La cucharita, la alemana. No lo pudo creer. La cucharita alemana, su cucharita alemana, se le escapó en un descuido. De ahí al agua y de ahí al fondo del Río de La Plata.

Este día no puede ser peor, pensó.

No puede ser peor.

\*\*\*

El estómago de Laura Di Battista no andaba muy amigable. Más bien todo lo contrario: venía raro desde la mañana. Por eso el plan se llenó de dudas. La idea era una escapada a Colonia del Sacramento desde La Plata, en una línea recta por el río: unos 42 kilómetros cruzando las rutas de navegación permanente que unen a Buenos Aires con Montevideo.

Pero el tema ahora era la panza, la bendita panza que venía a arruinar el viaje con Luis en la Bermuda Linx de él, esa en la que ya habían navegado esa misma ruta unas cuantas veces. Era 24 de marzo de 2009, era martes y era feriado. El equipaje sería poco y liviano -al fin y al cabo era

pasar un día allá y pegar la vuelta- y en un par de horas estarían caminando juntos por la costa uruguaya. Es un rato nomás, habrá pensado Laura. La sensación de mareo y los vómitos la acompañaban, pero vamos, era cuestión de bancársela un poco y llegar.

Llegaron temprano a Punta Lara, la zona costera pegada al partido de La Plata donde guardaban la lancha. Ahí se encontraron con uno de sus amigos -el Gordo- charlaron brevemente y prepararon algunas cosas. Laura fue hasta el galpón donde se amontonaban los artefactos para el agua. La imagen -no entiende bien cómo- está todavía en su cabeza: el chaleco que agarró era el tercero de la fila, un poco más arriba una cinta amarilla y más allá otra roja. El piso crujía de hojas secas en los primeros días del otoño.

— Llevate un chaleco más, Laura —le dijo Luis.

Laura no entendió demasiado la sugerencia -nunca llevaban más de un chaleco para cada uno, lo usual y natural- pero agarró uno de más. Lo agarró y, como nunca, se lo probó sobre el que ya tenía puesto. Como nunca: nadie se pone dos pilotos, o una campera arriba de otra.

— ¡Me entra, buenísimo! —dijo en ese momento.

— Una cosa rarísima. No me preguntes por qué lo hice —dice ahora.

\*\*\*

Laura Di Battista –muy joven maestra jardinera, luego trabajadora en el campo de la floricultura, luego paisajista- y Luis Crespo –piloto civil, con un trabajo ligado al mundo de la construcción, conector de la navegación- se conocieron un año antes. Los dos venían de historias

previas, separaciones, hijos. En la primera cita se pusieron de novios. Para el 24 de marzo de 2009, ella tenía 37 años. Él, 45.

\*\*\*

El rol de despacho es un papelito de la Prefectura Naval que se completa y firma cada vez que una embarcación deja la costa local con rumbo a otro país. Una rutina dentro de la burocracia de las migraciones. Esta vez lo completó Laura con uno de los agentes, un pibe jovencito llamado Francisco. Nombre de la embarcación, nombre del capitán, eslora, manga, puntal, calado, datos del viaje. Francisco bromeó, se rió, y Laura compró. Algo en él le cayó bien, y su nombre le quedó dando vueltas.

Después de terminar el trámite, Laura y Luis saltaron a la lancha. Laura llevaba dos teléfonos celulares en su cartera semiabierta, esa con el cierre roto. En el salto a la lancha desde el deck se le escapó su cucharita alemana. Un recuerdo, un souvenir afectivo. La cucharita se escurrió y desapareció, y Laura puteó. Era la panza, y era la cucharita.

Apenas después, el termo para el mate se golpeó y estalló en pedazos.

—Bueno, ahora sí: el día no puede ser peor — confirmó.

Las olas del río estaban tranquilas, era cerca del mediodía. El tercer día de otoño en Argentina había llegado con algo de frío, pero pegaba un sol tibio. Cada uno acomodó su chaleco, Luis instaló su celular en modo GPS sobre el tablero y Laura se quedó en la parte de atrás. La comunicación por radio con la costa argentina pidió

confirmación de partida y Rol de Despacho. La encargada de responder también fue Laura.

— Confirmo. Rol de despacho firmado por Francisco Minetti —dijo.

Luis puso proa por esa ruta conocida, mientras Laura hacía lo que podía para olvidarse de panza, cucharita y termo. El paso de los minutos no ayudó demasiado: el estado de Laura empeoraba kilómetro a kilómetro y la lancha se metía cada vez más río adentro. La costa empezó a quedar atrás. Argentina era ya parte del pasado y Uruguay todavía no era presente: donde se pusieran los ojos, el horizonte pasaba del marrón del agua al azul del cielo.

Laura vomitaba. Tenía diarrea. El mareo inicial era ya una catástrofe. La costa uruguaya empezó a aparecer hacia el frente de la lancha, pero ella no aguantó más. Volvamos. Volvamos ahora, no estoy bien, no voy a poder estar allá. Luis pegó el manotazo y dieron la vuelta. Era mejor desandar el camino -aun estando cerca de la costa de Uruguay- y hacer atender a Laura, que ya comenzaba a temblar, débil. Luis miraba hacia adelante.

Así como pasó a la ida, Luis tenía que parar la lancha a cada rato por la descompostura de Laura. Como se detenían y no tiraban ancla, la deriva los había ya ido arrastrando hacia el norte, y cada vez que retomaban Luis intentaba volver al curso. Pero ya se habían corrido. Avanzaron, avanzaron de regreso a la costa argentina. Pasaron sobre canal principal socavado en el río.

— Luiso -en boca de Laura, Luis es y será siempre Luiso-: creo que estoy viendo agua.

Él giró la cabeza y pegó un grito desde la parte de adelante, le pidió a Laura que se estirara hasta la bomba de

achique -una bomba con motorcito eléctrico para chupar el agua dentro del casco y tirarla para afuera-. Le gritaba que fuera a la derecha, y Laura se tiraba a la izquierda. No daba más, no entendía nada. Luiso sí: si el piso de la lancha tenía agua, abajo, el casco -lo sabía- ya estaba todo inundado.

De eso, a lo otro, fueron segundos.

El piso de la lancha, en un punto exacto a babor y del lado de estribor, crujió en un estruendo seco.

— Hizo crack y se abrió así, entre mis piernas —Dice Laura, y separa las palmas de las manos. Hace un silencio largo y mira a los ojos. Es uno de los pocos momentos en que se permite un silencio largo.

Y de eso, a lo otro, fueron apenas algunos segundos más.

El río se abrió debajo de las dos partes en que la Bermuda Linx se había convertido. La lancha se enderezó, se hizo hacia atrás como un potro rampante, se escuchó un resoplido y desapareció. El río se tragó todo en un pestañeo. Cartera, documentos, plata, teléfono, ropa. Asientos, Timón, motor, quilla, amuras, sentina. Todo en segundos. El remolino en el que los trozos de plástico, metal y vidrio se perdían, rápidamente quedó atrás y el agua terminó planchada como al comienzo. Solo algunos pedazos más livianos quedaron dando vueltas, junto con uno de los asientos que resistía todavía en la superficie.

Eran las dos de la tarde, siete kilómetros río adentro.

\*\*\*

Casi diez años pasaron de ese día. El local que acaba de abrir Laura es pura luz, dominado por una mesa

de mármol heredada de la casa paterna. Laura tiene la voz aguda e imparable. Muestra fotos en su teléfono, saca de un cajón los retratos de sus padres. Es pura energía. En todo, ahora ve un porqué. Antes de lo del río también era más o menos así, pero después de lo del río, todo cambió.

“Lo del río”. Así le dice Laura.

\*\*\*

Los dos pataleaban en el agua profunda: debajo de ellos, nada. El material pesado de la lancha ya descansaba en el fondo y solo quedaba escupir agua marrón y preguntarse qué estaba pasando. Laura estaba envuelta en uno de los chalecos, y con la mano derecha apretaba el otro: ese que había agarrado antes de subirse a la lancha. Pataleaba, estiraba los brazos intentando avanzar hacia algún lado pero daba vueltas en círculos. Se agarró del único pedazo de lancha que todavía flotaba: uno de los asientos. Me siento acá y listo, pensó. Esa idea no duró nada: el asientito de espuma se infló de agua, desapareció de la superficie, y otra vez los pies bailando sin fondo.

— ¿Cómo voy a hacer? — Pensó. — Mañana tengo una reunión con una clienta a las ocho de la mañana. Esa era todavía la preocupación más grande de Laura.

Él intentó tirarla del chaleco, pero nada. La enganchó con los pies debajo de los brazos, pero tampoco. Laura no nadaba, Laura daba vueltas. Pensó en sacarse las zapatillas para estar más cómoda. Luis la agarró por los hombros y le explicó que las zapatillas no, porque en algún momento iba a sentir frío, que las iba a necesitar. Laura era todavía parte de otro viaje. El de su estómago, la debilidad, el malestar, el



mareo. La incredulidad. «Luiso tuvo siempre la cabeza fría. En todo momento», dice ella.

— Laura, tenés que nadar. Tenés que nadar. Tenés que nadar porque acá se nos va la vida. Se va el sol y se nos va la vida.

Ese fue el momento en que tomaron la decisión de separarse.

Luis le dijo “¿Ves la costa? ¿Ves que hay unos arbolitos y después un espacio y después otros arbolitos? Mirá siempre ahí.

— ¡Vos andá tranquilo! ¡Yo te espero acá! Hago como cuando fuimos de vacaciones a Colón. Me quedo tirada al sol.

Laura estaba definitivamente en otra cosa. Pensó que serían un par de horas, máximo. La costa se veía, los arbolitos que señaló Luis estaban ahí. Con el chaleco era cuestión de flotar y no moverse. Sobre todo *no-moverse-de-ahí*, como le había pedido él.

Así sucedió. Él se fue, y ella se quedó.

\*\*\*

“Si nos quedábamos, nos moríamos. Salir los dos, imposible. Lo que quedaba era intentarlo yo. Era muy difícil tener la suerte de poder salir. Porque una cosa es todo lo que se pueda decir de la experiencia, o del estado físico, pero todo lo demás es suerte”.

El que habla es Luis Crespo, en un café del centro de La Plata y a las tres de la tarde. La misma hora en que casi diez años antes empezaban a irse a pique. Y repetirá -siempre- que la suerte fue un factor fundamental.

— Yo lo consideraba casi imposible. Pero tenía que intentarlo.

Dio unas veinte brazadas y cuando miró para atrás ya no la vio. Un impulso lo hizo parar. Quiso volver a buscarla, a estar cerca de ella. Pero siguió. Cada minuto que pasaba era un doble pinchazo: pensar cómo estaría Laura, y dudar —mucho— sobre el rumbo. La costa argentina era una línea finita en el horizonte. Intentó salir nadando hacia ahí, hacia el oeste, pero la corriente lo iba sacando de curso. No había punto de referencia claro, y las distancias son engañosas.

Después de un rato se le empezaron a acalambrear los brazos, después las piernas y los hombros le empezaron a arder. En ese momento cada brazada era una proeza en sí misma. La cabeza entraba y salía del agua y los ojos ardían. Esos ojos que veían: en el agua, nada. Nada en toda la tarde. Nada en todo el viaje. Sólo un velero, transformado en un punto mínimo, en solo un momento y a lo lejos. Nada más. El único movimiento estaba en el cielo: Luis veía pasar la estela blanca de los aviones comerciales.

— Si supieran que acá abajo se está muriendo gente — pensó.

Un rato nadando de frente, otro de espaldas, con la cara de frente al sol que empezaba a caer hacia el oeste. Otro rato con un brazo, después cambiando, buscando no lesionarse para poder llegar.

Si Luis hubiese estado sin chaleco, a los dos mil metros se hubiese ido al fondo. Está seguro de eso.

\*\*\*

Estoy tranquila. Estoy flotando.

Laura quedó sola en el medio del río. Pensaba que estaba cerca de la costa, pero eran unos siete kilómetros. Alejaba y traía cerca de su cuerpo el tercer chaleco. Jugaba. Eran las tres, cuatro, cinco de la tarde. Quién sabe.

Ese paso del tiempo lentamente empezó a hacer su trabajo. No hubo un momento exacto en que realidad se unió con ficción. La lucidez de Laura se trabó en lucha con la fantasía. La hora de la siesta de una tarde ferida de otoño, de panza arriba y cielo azul, fue mutando en atardecer. Las dos horas que calculaba para el regreso de Luis ya debían haber pasado. O quizás no. Pero el sol se estaba yendo y Luis no había vuelto. Algo empezaba a andar mal. Aun peor. Los pies seguían moviéndose bajo el agua y ya Laura sentía mucho frío. Decidió ponerse el otro chaleco, el que se había medido y ya sabía que le quedaba bien sobre el otro.

Junto con la caída lenta del sol en el horizonte, el río ya no era el mismo. Aquello planchado que del momento del hundimiento ya no existía.

— Yo sabía que el río tiene unas olas distintas a las del mar —Dice Laura, y va a citar a su papá, como tantas veces en la charla. — Cuando éramos chicos íbamos de vacaciones a Córdoba, y mi papá siempre decía “hasta ahí nomás, porque el río te chupa”.

Las olas llegaban en diferentes direcciones, continuas, hundían. Levantaban hasta lo alto, y llevaban a lo profundo. “Lo viví. Y mal”, dice Laura. No tenía noción del horario, pero se daba cuenta de que pasaba el tiempo y se ponía cada vez más oscuro, el río cada vez más fuerte y nadie venía a buscarla. Laura hablaba sola. Empezó a atacarla una idea: sería terrible morir, pero también sobrevivir. Sin él.

—Si le pasó a algo a Luiso haceme morir a mí también —pidió, a quien fuera.

Unos días antes, a Laura –creyente, de familia creyente- le habían contado una historia. Había cambiado de colegio a sus dos hijas. De uno Hudson, la localidad donde solían vivir, a uno en La Plata. El 21 de marzo, tres días antes del naufragio, una de las mamás le habló de la madre Cándida, la santa del colegio, que estaba en la ruta de la canonización. Y para eso debía sumar milagros.

—Dame una mano, Cándida. Dame una mano, que yo después te ayudo.

\*\*\*

¿Qué piensa una persona mientras nada durante siete, ocho horas, luchando con el agotamiento? ¿O la que flota sin saber siquiera dónde está, mientras cae la noche y las olas cachetean e inundan la garganta de agua sucia? De los santos a la familia, del terror a la sensación de ser un muerto viviente: un puñado de tejidos y órganos y sangre que todavía late pero que ya está, ya fue, está condenado. Haga lo que haga está condenado a muerte.

Y una de las cosas que esa cabeza condenada no piensa se llama hipotermia.

La medicina -descriptiva, sintomática, fría- dice: "La hipotermia se define como el trastorno de la regulación de la temperatura corporal caracterizado por el descenso de la temperatura central por debajo de los 35 grados. Independientemente de los factores etiológicos, y bien sea por un descenso de la temperatura corporal que sobrepasa la capacidad de los mecanismos de autoregulación del organismo".

Pero en todo eso no se piensa. O en realidad, se piensa después.

Primera fase: los primeros síntomas aparecen porque el cuerpo prende el motor de las defensas. Los vasos sanguíneos de manos y pies se contraen, y empieza a llegar a ellos menos sangre. El cuerpo busca cuidar los órganos vitales, y empieza a olvidarse de lo que sobra. Manos y pies se adormecen. Escalofríos. Aumenta la frecuencia cardíaca.

Segunda fase: la violencia va escalando. Los temblores y escalofríos son cada vez más violentos. El cuerpo no se coordina. La persona parece alerta, pero la palidez crece. Las puntas de los dedos y las orejas –las puntas de las puntas- empiezan a ponerse azules.

Tercera fase: la dificultad en el movimiento es extrema. La piel se puso azul en todo el cuerpo, pero los sacudimientos, los temblores, se calman. Aparece el sueño. La confusión. Los pensamientos irracionales. Las alucinaciones. De la euforia a la calma: la respiración y los latidos se vuelven débiles. Lentos. Después de un tiempo, los órganos vitales comienzan a fallar, lo que se conoce como muerte clínica. Pero la víctima no está realmente muerta: la muerte cerebral puede demorar algunas horas más en llegar.

–Yo nunca me di cuenta de nada de eso hasta tiempo después –dice Luis. No pensás en eso. Yo tenía puesta una remera, el chaleco, unos pantalones y unas zapatillas deportivas con suela de goma. Y eso me mantuvo abrigado. Después de largo rato, me bajé la remera (la tenía toda enroscada en la espalda bajo el chaleco) y sentí calor en los riñones, se había juntado una película de agua, y eso ayudó. Y así fui nadando.

Las horas pasaron. Ya no había sol, ya no había ambiente tibio. No se veía nada. Y Laura sintió que moría. “No doy más”, pensó. “No doy más, quiero salir, no sé por qué me pasa esto”. Pensaba y se replanteaba cosas. Momentos. Pedía perdón. Pensaba en Luis, y le decía que lo amaba. Las gaviotas, enormes, la sobrevolaban y cada tanto se acercaban a ella. Laura imaginó que se agarraba de las patas de una de ellas, y se iban, juntas, por el aire.

—No me podía morir así. Una despedida horrible — Dice Laura, que se golpeaba los labios intentando volver a sentirlos, que pensaba en sus hijas Josefina de 14 años y Valentina de 10, y que de a ratos caía en un sueño profundo — Y dije listo, chau, no doy más. El agua era agotadora. Esas olas. Vomitaba agua. Y decía ¡no me puedo morir! Así, una vez tras otra.

\*\*\*

Varios kilómetros al oeste en ese momento estaba Luis.

Luis, que ahora dice:

— Y en un instante te das cuenta de que no lo vas a lograr.

Estaba oscuro, ya no veía nada. Pedía por favor. Hasta que, también, abandonó. Se entregó. Dos veces abandonó, y dos veces volvió a intentarlo. Ya el cuerpo literalmente no daba más. No sabía cómo estaba Laura, la angustia de pensar por qué estaba pasando todo esto. En la noche cerrada, cada tanto intentaba hacer pie para ver si en algún momento daba con algo sólido. Y nada. Nada. Nada.

Hasta que el suelo apareció. Y fue todavía peor.

El estado de sus piernas -del cuerpo todo- después de nadar tantas horas era terrible. El fondo de la costa a la altura de Boca Cerrada, en Punta Lara, es pantanoso. Puro juncos y barro donde Luis alcanzó a salir, y donde cayó rendido. El agua lo llevaba llevaba y traía, y el contacto con el líquido era lo único que le daba algo de calor. La temperatura del viento lo había enfriado rápido. Habrá estado tirado ahí una media hora. La cabeza a mil y el cuerpo a cero.

— No podía levantarme. No podía.

Después de un buen rato se puso boca abajo, y con las palmas apoyadas en el suelo blando y pegajoso hizo fuerza. Los brazos temblaron y logró separarse del piso. Siguió, y consiguió arrodillarse. Al rato, pararse. La caminata que vino después fue un martirio. En la base de los juncos se forman unas montañitas que hacen el piso todavía más irregular. Y eso era puro dolor e inestabilidad. Entonces prefería volver a meterse en el agua hasta la cintura. Pero era brutal el esfuerzo con las piernas bajo el agua.

— Era imposible. Estaba agotado. Bancos de arena, hondonadas. Y no me veía ni la palma de la mano.

Toda esa caminata la hizo intentando mirar hacia adentro, al monte. Primero le pareció ver una casita. Pero no. Varias veces le pareció, pero no. En un momento creyó ver unas brasas, un fuego. Pero las veía verticales: como un cuadro colgando en un museo. Empezó a acercarse, y sí, eran brasas. Ni fuego, solo unas brasas medio ahogadas. Y a su lado, un chico. Al lado, otro. Y más atrás, otro. Luis apareció mojado, tambaleándose, balbuceando. Los tres pibes habían pasado el día en la costa; era la medianoche y rodeaban los restos de un flaco asado. Tenían solo un teléfono con poca batería y menos saldo de carga. Luis les explicó como pudo,

intentaron llamar al único número que logró recordar, el de su casa paterna. Pero no hubo forma, nada de señal.

Caminaron los cuatro por un sendero, el mismo por el que los pibes habían llegado hasta cerca de la costa. Uno de ellos se trepó a un árbol, buscando señal, pero nada. Al llegar al camino que lleva hasta la ciudad de Hudson las barras de señal de teléfono engordaron: marcaron el número que Luis recordaba. Del otro lado, Aníbal, su hermano. Su hermano con esquizofrenia, con sus altibajos, con sus días. Por suerte –la suerte, dirá Luis- hizo que Aníbal escuchara atento las indicaciones, y las cumpliera. Buscar un número, comunicarse con Jorge, uno de los amigos de Punta Lara. Pasarle el número en el que estaba Luis. Y Jorge ubicó a Luis, y Luis pidió por Willy, otro amigo que trabajaba en la Prefectura.

Willy también apareció después en el teléfono. Luis sabía, más o menos, por donde era la zona en que se habían hundido. Le pidió por favor que activaran una búsqueda, que sacaran alguna embarcación, un helicóptero. Willy lo llenó de preguntas: ¿Dónde fue? ¿A qué hora? Luis respondió.

— Uh –dijo Willy

Uh.

— Y ahí cuando me dijo uh, me agarró una cosa, ¿viste?  
Era poco más de la medianoche.

\*\*\*

A esa misma hora, en una camioneta de Prefectura que circulaba por Punta Lara iba Francisco Minetti. Veintidós años, oficial de guardia durante todo ese día. Hacía una recorrida cuando la radio sonó: aviso de mujer a la deriva.



Con solo ese dato se dio la orden de mover desde la isla Santiago un guardacostas y un semirígido. Él enfiló hacia la costa, se puso un traje de neoprene, agarró una linterna, un silbato y una radio. Con el agua a la cintura esperó la llegada de las embarcaciones, para salir hacia la zona en la que, según los cálculos, podía estar la víctima.

— Recuerdo todo eso y me emociono — dice Minetti, con la voz quebrada, desde su Entre Ríos natal. — Fue algo que me marcó. Y en ese momento, mientras esperaba al semirígido, sentí algo. Sentí que la **íbamos** a encontrar.

Si algo faltaba, Francisco le da un giro místico: poco tiempo antes del accidente, asegura haber soñado que estaba en medio de una especie de tsunami en el Río de la Plata, y de entre las olas gigantes aparecía una ramita. Y detrás una mujer. Y soñó que se tiraba a ese río, y nadaba en línea recta, llegaba hasta ella y la subía a un barco.

El guardacostas enfiló directamente hacia la zona donde la denuncia indicada, siete kilómetros río adentro. A Francisco lo levantó el semirígido, y salieron detrás, algo más retrasados.

\*\*\*

Una camioneta de bomberos de la policía recogió a Luis y lo llevó hasta el puesto de peaje, a donde fueron a buscarlos los amigos. Pero no fueron a un hospital, apuntaron de vuelta a Punta Lara. Luis era una piedra de nervios. De la camioneta al suelo y del suelo volvió al agua. Se metió otra vez hasta la cintura para subir a la embarcación de un amigo. Luis quería salir a buscar a Laura, no podía pasar más tiempo. Para sus amigos, era una locura, en noche cerrada.

–Yo les gritaba, enojado. Era una situación de mierda. Yo los entiendo.

Al final, los convenció y salieron río adentro con uno de ellos. Iluminando solamente con una linterna, en un río que estaba feo desde el atardecer. Ya las olas eran más altas, de un metro treinta, un metro cuarenta, golpeando con la base del semirrígido, sin ver nada. Nada. “Con la posibilidad de tener la suerte encontrarla y la desgracia de atropellarla”. Después de un buen rato de golpear las olas, vieron pasar un helicóptero. Intentaban comunicarse por radio con la Prefectura, pero era imposible. Solo llevaban el teléfono celular de su amigo, con una señal esquivada. Y el helicóptero pasó, siguió, y volvió. Y volvió a pasar, hasta que comenzó a girar, a dar vueltas en círculo en un solo lugar. Un haz de luz que bajaba en picada hasta un área a unos dos mil, tres mil metros de ellos.

Minetti avanzaba en el semirrígido de Prefectura hacia la zona calculada. En un momento, la radiofrecuencia habló desde el barco de Prefectura: en el centro del ardiente círculo de luz del helicóptero había una persona.

–El helicóptero estaba arriba, y yo ya me estaba acercando. A todo motor. Saltando olas, y a unos cincuenta metros me tiré y nadé hasta ella. Cuando llegué, ella estaba llorando, y pedía por favor por favor, era todo lo se escuchaba. Yo le decía: ‘Ya está. Listo. Ya está. Se terminó todo’. Todo lo que estaba pasando, había terminado.

Mientras tanto, en la embarcación en la que se acercaba Luis, el teléfono de su amigo sonó. Y atendió. Y escuchó, y cortó.

–Luiso, dicen que bajemos. Que ya la encontraron.

Luis hace ahora el silencio más largo de toda la charla.

—Y ahí empecé a llorar. Y fui llorando desde ahí hasta que salimos del agua, llorando mal.

Eran las dos y media de la mañana.

\*\*\*

— Yo ya estaba en la lucha entre la vida o no. —“Entre la vida o no”, dice Laura. No dice otra cosa—. Y en un momento vi un círculo de luz en el agua. Y como yo rezaba, pensé “ya está, es la virgen”. Intenté acercarme, empecé a nadar con miedo. Y detrás de la luz apareció un barco enorme.

De golpe, silencio. Los motores del barco se apagaron. Alguien había escuchado la voz de Laura. Pero todavía no la veían.

— ¡Pero cómo no me ven si yo los veo!

Desde arriba le preguntaron si estaba sola, le hicieron algunas preguntas para ver si estaba consciente. Le pidieron que se aleje un poco del barco, que la podían golpear. Laura se acercaba con desesperación. En ese momento Laura supo que Luis lo había logrado. Luis llegó bien, le gritaron.

Laura no sentía las piernas ni los brazos. Francisco y el resto del equipo la subieron al semirígido, y de ahí al guardacostas. Le dieron los primeros auxilios, y la envolvieron en mantas para calentar su cuerpo.

—Vos sos Francisco Minetti. Vos nos firmaste el rol esta mañana —le dijo Laura. Él no la había reconocido.

Cuando llegaron a la costa Luis estaba ahí. Subió al barco llorando, se agachó y besó a Laura. Después la subieron a la ambulancia y se la llevaron.

\*\*\*

Luis Crespo nadó unos once kilómetros en el tercer río más contaminado del mundo. El punto costero de Ensenada –donde está Punta Lara- es incluso de los más críticos. Tragó agua durante horas en un río marrón plagado de desperdicios. A Laura le dieron el alta al día siguiente, después de recuperar temperatura y ser atravesada por antibióticos. Dentro de Luis, mientras tanto las arterias se endurecían invisiblemente por el esfuerzo. La rigidez del cuerpo iba también por dentro.

Dos semanas más tarde, Luis tuvo un infarto.

En la cama, convaleciente, mató el tiempo revolviendo una bolsa que no se abría desde el naufragio. La bolsa sellada con las pocas pertenencias, húmedas, de ese día. Ahí estaba la Palmtop que usaba como GPS, y que había estado todo el tiempo enganchada a su cintura. Abrió, secó, limpió, secó otra vez. Windows se reinició, y devolvió una imagen: el mapa con el trazado del recorrido del 24 de marzo. Una línea vibrante que termina, seca y absurda, en medio del río. En el lugar exacto del naufragio.

Desde entonces, Laura nunca regresó a ese punto. Luis, un par de veces. Pocos meses después del naufragio, llegó al país un equipo de Discovery Channel a reconstruir la historia, para un ciclo llamado *Vivir para Contarlo*. Se contrataron actores, y el propio Minetti participó tirándose al agua. El martes 30 de junio de ese mismo año, en un acto protocolar de la Prefectura en Zárate, el por entonces

ministro de Justicia y Seguridad Anibal Fernández le entregó la medalla por “Acto de mérito” a Luis Crespo.

La historia del superhéroe romántico –como la contaron todos los medios de la época- se cruzó con la realidad y al año, luego de la recuperación de Luis, se separaron.

–La separación fue un trauma, porque la decidí yo. –dice Laura. — Sentía culpa. Fui a la psicóloga en ese momento. Él me había salvado y yo ahora lo dejaba. ¡Y ella lo deja! ¡Encima ella! Pero mi hija Valentina me dijo: “al final te salvó y hoy te está matando”. Dije, chau. Ya está.

El vínculo, igualmente, nunca se perdió. Laura habla con cariño de Luis, y Luis habla con cariño de Laura. “Cuando pasan ese tipo de cosas queda un vínculo fortalecido”, dice.

–Las cosas pasan —resume, pragmático, Luis.

–Despedite siempre. Todos los días —sintetiza Laura, que ya no se aferra a cucharitas como objetos fetiche.

–Si los veo a Laura o Luis hoy, se me caen las lágrimas. Hay algo que nos ató de por vida— cierra Francisco.

La madre Cándida María de Jesús fue canonizada en Roma el 17 de octubre de 2010: un año y unos pocos meses después del naufragio.





## LOS FANTASMAS DE EGAÑA

*Para los amantes de los lugares abandonados y con historia -o simplemente para curiosos- cerca de Tandil se levanta el Castillo San Francisco, en el paraje Egaña. Un pasado de lujo, muerte y mitos que sigue en su lucha diaria por mantenerse en pie.*

*\*Publicada en diario Página/12 (Argentina), abril de 2017.*

Vista de cierta forma la provincia de Buenos Aires es una especie de sembradío ideal para los interesados en las construcciones abandonadas y con cierto halo de misterio. Aquello de la "Pornografía de las ruinas" y la fascinación creciente por el deterioro de la modernidad: esos símbolos de días de gloria del pasado que ahora apenas si logran mantener sus paredes en vertical. En esa lista que va desde hoteles pomposos como el incendiado Club Hotel de la Ventana, en Villa Ventana, hasta el Boulevard Atlántico en Mar del Sur; o desde el castillo de la Amistad en Chascomús hasta el palacio San Souci, de Tandil. La lista sigue y se multiplica por cada rumbo que decidamos tomar.

En esa tensión infinita entre el olvido y el intento de rescate, en este trazado de viejos lujos decadentes de comienzos del siglo veinte, la localidad de Rauch -a 270 kilómetros de Buenos Aires y camino a Tandil- atesora al Castillo San Francisco: una construcción ecléctica desde su arquitectura, a la vez magnética y misteriosa, en medio de un monte que la mantiene oculta hasta casi el momento en



que se está frente a ella. Y detrás de esa primera vista, se abre un viaje a la historia y el mito en apenas una tarde de recorrida.

## **CONTACTO EN RAUCH**

El castillo está alejado unos 25 kilómetros de la ciudad, en el paraje llamado Estación Egaña. Antes de meternos de lleno en la caminata por las derruidas habitaciones hacemos un alto en la cabecera del partido, donde –en tren de arquitectura con leyenda- no podemos perdernos el palacio municipal, una de las obras del siempre enigmático Francisco Salamone durante los años treinta. Allí me encuentro con quienes serán mis guías, los mismos que cada domingo reciben a los visitantes en las puertas del castillo. Verónica Peruchena y Sergio Bilbao son parte de la grupo que se puso al hombro el mantenimiento del predio, y con ellos emprendemos el viaje por el camino de tierra que nos lleva hasta el monte donde se esconde el *San Francisco* (así se llama realmente el castillo, aunque es más conocido por el nombre de la zona en la que está). Verónica va narrando, y sus palabras comienzan, desde el vamos, a crecer en espiral y a entrelazar datos con hechos que rozan la mitología.

Las raíces de la trama de este palacete abandonado en plena pampa bonaerense hay que rastrearlas hasta los días de la Revolución de Mayo, cuando el apellido Díaz Vélez entró en el juego. En ese primer momento fue por la figura de Eustoquio, militar que participó en la guerra de independencia. Eustoquio fue el abuelo de Eugenio Díaz Vélez, que en una porción de la enorme cantidad de tierras heredadas de su padre comenzó la construcción del castillo

en 1918. "A Eugenio no lo querían mucho en la familia –dice Verónica- porque era el que más despilfarraba el dinero. Comenzó la construcción en el fondo de las 7.000 hectáreas, para que cuando la gente bajara del tren hablara del castillo de Díaz Vélez". Cuenta Peruchena que la mala relación con Andrés Egaña, esposo de una de sus primas, fue llevando a una escalada que de alguna manera influyó en este edificio. Para Verónica ahí surgió lo de "castillo", y lo plantea desde el tipo de construcción: "primero fue un palacio, con planta baja y primer piso, pero después Egaña comenzó a poner plantas para que quedara oculto. Entonces Díaz Vélez agregó la última planta y los miradores, y lo convirtió así en castillo".

Eugenio, arquitecto, pasaba sus días entre su caserón porteño de Barracas y los viajes por Europa, desde donde enviaba parte de los materiales para la construcción. Los obreros eran todos transportados desde Buenos Aires, e hizo incluso construir un monorriel desde la estación Egaña hasta el castillo para llevar todo lo necesario. Cada vez que Díaz Vélez regresaba de Europa con nuevas ideas -cuentan la historia, las voces, los ecos- mandaba a dar marcha atrás con los avances para volver a empezar. Como si todo eso fuera poco, el parque se lo encargó nada menos que a Carlos Thays, obra que el paisajista finalmente no pudo terminar.

## **EN LAS PUERTAS DEL PASADO**

Después de un rato por un camino de tierra bastante firme, siguiendo los carteles, una curva a la izquierda nos mete de lleno en un monte que tiene más de 80 especies diferentes. "Tiene más valor el monte que el castillo",

dicen los guías. De golpe, cuando ya estamos llegando a la tranquera aparece de la nada, fantasmal y cautivante, el castillo. Un esqueleto grisáceo y tristón, pero aun de pie. Verónica señala: si se miran con atención las molduras, que mutan de curvas a rectas, se nota perfectamente la diferencia entre las dos etapas de construcción, entre palacio y castillo.

Está enmarcado por un enorme predio de césped corto, en el que instalaron mesas, bancos y hasta un sector con juegos para chicos. Los domingos, una pequeña cantina se abre para vender algo para comer y tomar, además de agua caliente para el mate. Esa cantina la maneja un grupo de futuros egresados de un colegio de la zona, para recaudar fondos. De alguna manera, cuenta Sergio, es una manera de hacer que los más jóvenes se interesen en la historia, en un lugar siempre tentador para el vandalismo.

El cartel que nos recibe afirma que tuvo 77 habitaciones, 14 baños, 2 cocinas, galerías, patios, y un taller de carpintería. Los primeros pasos bajo la pérgola lateral, y un panorama que une la imaginación de un pasado glorioso, con la decadencia actual: caminamos por las habitaciones, las viejas cocinas y hasta por la sala principal, en la que no cuesta imaginar los planes de bailes y banquetes. La mayoría de los vidrios ya no están, los techos están castigados y de las aberturas, poco queda. Las paredes internas dejan ver capas y capas de viejas pinturas, que van del amarillo al marrón y verde. Esos rastros nos llevan de vuelta a la historia, a la espiral de palabras, y la cosa se pone más interesante.

El castillo se terminó de construir en 1930, y Verónica detalla con rigor de verdad el primero de los acontecimientos que le dieron el condimento misterioso al castillo. Ese

año, dicen que se preparó una gran cena de inauguración oficial. La familia de Eugenio, amigos y los trabajadores de la casa se alistaban para un banquete destinado a más de veinte personas en la sala. La mesa estaba servida, cuentan, cuando la larga demora en llegar del protagonista tuvo explicación: había muerto de un infarto en su caserón, a casi 300 kilómetros. El tren que debía traerlo ahora vendría vacío, a buscar a todos para llevarlos a Buenos Aires.

Así fue –siguen diciendo- que dejaron todo como estaba: mesa puesta, copas y platos de lujo sobre el mantel. La viuda dio la orden de dejar todo así, y cerrar con llave la habitación. La historia-leyenda se completa de esta manera: esa mesa estuvo puesta durante treinta años, hasta 1960. “Al romperse algunas ventanas en todo ese tiempo, cuentan los vecinos que se veían las copas”, dice Verónica. La frutilla de la narración es que “al ingresar en 1960, dicen que por el oxígeno que entró en la habitación muchas cosas se hicieron polvo”. Una forma elegante de decir que las cosas de valor, simplemente, no aparecerían nunca más.

## **REFORMATORIO**

En la fisonomía actual del castillo -al que por seguridad ya no se puede acceder a la planta alta- mucho tuvo que ver lo que vendría después de los años sesenta. A mediados de esa década el castillo y su predio pasaron a manos de Consejo de la Minoridad para que fuese aprovechado como un hogar. Desde entonces se transformó en un reformatorio. Para eso se hicieron cambios en el edificio, se trocaron pisos lujosos por unos más baratos, y lo ocurrió mismo con la grifería original, que según cuenta

Verónica era de oro y plata. Así, prestando apenas un poco de atención, se puede notar cómo los pisos originales conviven hoy con otros completamente distintos.

Como si el solo hecho de que haya sido también un reformatorio no aportara una pizca más este guion de película de suspenso, hacia finales de los años setenta un joven internado que ya había cumplido la mayoría de edad se ensañó con el encargado del lugar. Lo esperó, lo interceptó, y lo mató de varios tiros. Esa historia es tan real como que uno de los hijos del encargado fue hasta hace poco parte del grupo de voluntarios que mantiene vivo este lugar. Apenas unos meses después de ese hecho, el reformatorio cerró, pero las leyendas en la zona siguieron creciendo de boca en boca, año tras año, abarcando, cuándo no, fantasmas y espíritus errantes entre los muros.

Las últimas décadas fueron de idas y vueltas, hasta un último intento de demolición, en 2010. Ahí, cuenta Sergio, se armó este grupo para su cuidado. Incluso varios de ellos comenzaron a hacer cursos relacionados con el turismo, motivados por esta historia. A ellos los despidió ahora al costado de la ruta, donde la tierra seca se arremolina, se une con los árboles, y me vuelve a cubrir por completo la visión del castillo.





## CHASCOMÚS: EL REINO ABSURDO

*A mediados del siglo pasado el tradicional pueblo argentino de Chascomús tuvo una falsa monarquía, nacida en un bar para hombres. La bohemia exagerada marcó esos seis años de un delirio extravagante y pompa real. Esta es la historia increíble de una ciudad que, ahora, busca recrear aquél reinado: el reino de la amistad.*

*\*Publicada en revista Gatopardo (México), abril de 2009.*

En el comienzo, lo típico: la frase arrojada al aire, el vaso enarbolado y salpicando sin demasiado pudor. Son los años cuarenta, y es un pueblo en Argentina: el tiempo y el espacio en que sucedió, una vez más, esa exageración verbal y ética de la fraternidad, el cariño, la amistad. Pero esa noche, la consigna prendió como una vacuna. "Tenemos que hacer de la amistad un reino". Lo que en el común de los casos se evapora la mañana siguiente a fuerza de analgésicos y sales digestivas, en Chascomús, este pueblo al sur de la capital argentina, supo llegar a límites increíbles. Y sigue buscando grietas para negarse a desaparecer.

Tanto, que es octubre de 2008 y por la calle Libres del Sur avanza, entre estampa circense y decadencia real, un grupo de hombres ataviados con capas coloridas, pelucas pomposas y carruajes muy antiguos. A la cabeza, un calvo monarca y su corona, mientras suena insistente la onomatopéyica "Za Za", algo así como la marcha real, según explican algunos vecinos apostados al paso de la caravana. La escena, cuentan los mismos vecinos, sabe agridulce,



huele a remake de algo que fue y busca seguir siendo más de medio siglo después.

Chascomús se debate hoy entre sentirse ciudad pequeña o pueblo grande, y aunque en todo el partido la cantidad de habitantes supere largamente los treinta mil, la baja altura de las construcciones y la parsimonia del día a día juegan a favor de la segunda opción. Depende de la voluntad y el gusto de quien la mire. Pasa sus días recostada sobre el margen de una enorme laguna, a poco más de una hora de ruta al sur de Buenos Aires, en un camino que actualmente es rápido y directo. Es un bello pueblo, antiguo, y eso se nota a cada paso. Callecitas estrechas de empedrado zigzaguean entre caserones de puertas altas y luminarias de hierro forjado. El entramado de calles y bulevares desemboca en el gigantesco espejo de agua, sello y orgullo de sus habitantes, ese que da buena pesca y es paseo obligado en las tardecitas en las que el calor comienza a apretar. La fundación de Chascomús data de 1779, en una zona en la que no es nada extraño encontrar tierras muy fértiles y que supo ser fin de riel del ferrocarril cuando eso significaba algo en la formación y expansión de los pueblos.

En cierto aspecto, Manuel Constenla tampoco tenía nada de extraño. Bajó de un barco hacia 1935, después de una cantidad agotadora de días de viaje transoceánico, dejando su España natal atrás. Mientras tanto, cientos de inmigrantes de toda la deprimida Europa hacían exactamente lo mismo poniendo los pies en la Argentina del periodo de entre guerras. Con el zumbido de los momentos previos a la Guerra Civil todavía resonando en su cabeza, Manuel (Manolo) supo caminar los empedrados del pequeño pueblo argentino hasta dar con su nueva vida en América.

Aquí conoció a los Fourquet, una familia chascomunense dueña de la gran esquina de las calles Buenos Aires y Soler, un terreno que comprendía un local y la vivienda familiar justo al lado. Con unos pocos pesos, en esa esquina Manolo apostó a abrir las puertas de su propio sueño americano un año después de pisar tierra argentina. Bar El National fue el nombre. Una "te" en el lugar donde la legislación argentina no permitía una "ce": ningún emprendimiento privado podía llevar el nombre nacional. El gobierno era el primero de Juan Domingo Perón, e iba a estar a la cabeza del país mientras durara toda esta historia.

"La sociedad del pueblo en ese momento todavía tenía el brillo de una típica sociedad tradicional", piensa Alicia Lahourcade, arrellanada en el sillón de su casa en el casco histórico de Chascomús. Es la historiadora de la zona, algo así como la voz más autorizada en términos cronológicos. Lo que encerraba ese brillo eran tabúes, una diferenciación de distintos sitios para cada sector y clase social; los resabios de una aristocracia pueblerina. Y El National se convirtió en un típico bar para hombres, donde sólo los domingos alguno que otro habitué podía convertirlo en un bar de parejas. Pero era la excepción.

Los vermouths de la tarde, antes de la cena, se repartieron entre un puñado de bares y cafés de pueblo y El National fue haciéndose de una clientela casi fija, en los años en que algunos apellidos históricos e inquietos de la zona daban vida al Club de las Ideas, una primera excusa corporativa para las charlas de café. Manolo Constenla, bonachón y rústico, era el centro de la escena: duro pero amigable, un diamante en bruto entre una clientela de clase "tradicional pueblerina".

Una década tuvo que pasar para que el grupo de parroquianos de El Nacional llegara, a fuerza de alcoholes de sobremesa, a macerar una relación definitiva con Manolo. En el atardecer del 23 de octubre de 1945, entre varios de los firmes clientes decidieron homenajear al querible anfitrión con una placa colocada en la entrada. Ésa fue la primera piedra: en el transcurso de 1946, el grupo de hombres fue estrechando su relación y para el 20 de octubre de ese año instauraron el “Día de la Amistad”, un par de decenios antes de cualquier alunizaje y fecha mundial.

Una bella historia de amigos que se cierra. Hasta aquí, nuestros hombres de la sociedad tradicional pueblerina ponen su fecha, celebran su día, y todos contentos.

Hasta aquí.

\*\*\*

“Tenemos que hacer de la amistad un reino”. La frase voló por la noche de El Nacional, con su aire mitad tabaco y mitad de testosterona. Están por ahí Ángel María Canatelli, los hermanos Patricio y Juan José Wallace, Humberto Pignataro, Mariano Peleo y Edelmiro Onnainty. Alguien la tiró al aire, y quizá sea posible imaginar quién. Son los últimos meses del año 1946. Canatelli, un respetado y pujante constructor cuya firma llevan todavía muchas casas de Chascomús, que con su metro noventa de estatura imponía respeto, cruzó alguna mirada con el Bebe, Juan José Wallace. El tiempo que quedaba hasta la próxima celebración de la amistad parecía mucho. Sus bolsillos no eran de los más flacos —ni mucho menos— del pueblo, y algo se podía pensar. Ángel Canatelli puede haber sido quien voceó la frase, que cayó

convertida en idea. La primera mirada cruzada con el Bebe unió a una dupla fundamental. Angelito —como llamaban a este gigantón de espaldas anchísimas y anteojos gruesos— se fue del bar pensando cómo dar ese paso. El primero en el terreno de la exageración. Y enseguida supo cuál era claramente.

Los tragos vespertinos siguieron, la “barra” sostenía su asistencia perfecta y Angelito ataba cabos en su cabeza: se había hablado de un reino, y para eso hacían falta los encargados de cada área. La cartera de ministerios se designó de mesa en mesa, por las características de cada uno. Entre otros, don Emilio Masci, por su “amor al agua desde niño, interviniendo siempre en forma destacada en los juegos de carnaval” fue a encabezar directamente el Ministerio de Marina. El perezoso Héctor Arrinda quedó a cargo del Ministerio de Trabajo, y por su “cariño por los pequeños”, don Juan Canale fue designado en el Ministerio de Protección de la Infancia.

Se iba perfilando una monarquía constitucional. La Suprema Corte de Justicia, entonces, se decidió en las tardes de El Nacional y tuvo tres titulares. El escribano Darío Cuenca y los abogados Ulises Olmos y Ulises Sala. El escribano Alberto Alfonsín quedó primero en la línea de sucesión.

Si ya había ministros, entonces sería necesario un medio de prensa que informara sus actividades. Y si se hablaba de un reino, harían falta atuendos que estuvieran a la altura. A una imprenta local fueron entonces los bocetos para un periódico, y en la ciudad de Buenos Aires se posaron los ojos para conseguir las ropas. Pero pasaban los días y faltaba lo más importante: el Rey. Aunque su nombre estuvo desde el principio.

Manuel I, Rey de Copas, acompañado por la comitiva ministerial, guardia real y una banda musical desfiló por las calles de Chascomús en el atardecer del 19 de octubre de 1947, rumbo a su coronación. Manolo iba camino a ser el primer monarca del Reino de la Amistad.

Muy poco tiempo atrás, en Argentina se había estrenado el film *Madame Sans Gene*, protagonizada por Niní Marshall (aquella entrañable comediante y actriz que tuvo una carrera cinematográfica repartida entre Argentina y México; la "Chaplin con faldas") y el despliegue de vestuario era impactante. Ahí apuntaron los muchachos de Chascomús, y se pusieron en contacto con los productores del film para rentar el vestuario. La banda, impecable, acompañó el recorrido, mientras Canatelli y Wallace, de lustroso jaquet, flanqueaban al Rey, que avanzaba con su cetro y sus zapatos de hebillas de plata. El pueblo todo seguía el paso.

Son 62 los años que pasaron de ese recuerdo. Mucho tiempo, que hizo estragos en los personajes y en las pruebas. No hay imágenes claras. Existe una sola filmación, en 16 mm, muda, emocionante, un verdadero milagro para aquellos años, obra y gracia de Patricio Wallace, hermano del Bebe, que había invertido en un equipo envidiable y lo capturó todo.

Patricio Wallace (hijo) ya pasó los sesenta. Su padre murió hace años. Es un fotógrafo retirado y continúa con la tradición de filmar. Es delgado y locuaz, aunque dice no poder aportar demasiado acerca de su padre y su tío, y que el mejor testimonio es la filmación histórica. De un cajón receloso saca el viejo documento ahora encerrado en formato digital, y lo entrega. Es el legado familiar, un

recuerdo que los pone orgullosos. "Filmación Reino" dice la copia, y la primera imagen es la estampa del Rey en blanco y negro. Una placa clásica de cine mudo informa que "SM llega al palacio, una multitud lo aclama". Enseguida, da una caminata junto a sus elegantes ministros por un parque, con Manuel I ocupando el centro con su traje oscuro, y Angelito a su derecha, tomado de su brazo. Manuel I sonríe, como siempre, metido de lleno en la broma pergeñada por sus clientes. A unas pocas cuadras de allí, en la imprenta Tieri, don Edgardo sacaba, todavía tibios, los primeros ejemplares de El Herald, el órgano de prensa oficial del reino, que brindaría las crónicas de la coronación. En sus páginas, ahora amarillentas en un museo, se despliega el abanico entero de ministros de la monarquía constitucional y la Carta Magna del reinado.

El Herald conjugaba dos cosas: imaginación y formación cultural. Ocho páginas con perfiles de cada ministro y jueces de la Suprema Corte de Justicia, integrada por un notario y dos abogados. Un léxico formado y bien de su época: tan ampuloso como apócrifo. "Les Luthiers", compara la historiadora Lahourcade después de años de buscar parangones. Es que el grupo cómico musical argentino es el paradigma de eso: el disparate solemne. En la portada, el perfil del rey Manuel I desgranaba su ascendencia: "Uno de sus antepasados fue compañero de baño de Julio César, otro, consejero de Nerón y aparte de ello encargado de darle los fósforos al emperador para hacer arder la ciudad de Roma". A su lado, el rostro imperturbable del antes gallego inmigrante, ahora monarca.

La Carta Magna del reino permanece como una prueba concreta de la seriedad con que se encaraba la

broma. “Nos, los amigos de los amigos...— comenzaba—, con el objeto de construir el Reino de la Amistad, afianzar la justicia, consolidar nuestras relaciones internas, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar la amistad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran tomarnos como ejemplo” .

Desde la Carta se dejaba en claro que sería una monarquía constitucional, con 14 ministros, una Corte Suprema de Justicia, y que cada decreto debería ser refrendado por al menos cinco miembros. El artículo seis aclaraba que el Rey “podrá disponer de los gastos del Reino, que vendrán de colectas, beneficios, loterías, comisiones, de la venta o locación de bienes del Reino, las contribuciones, y de los empréstitos y operaciones de crédito que decrete Su Majestad”. Y seguía: “Su Majestad podrá entregar títulos de nobleza, pero no más de cinco por año. Serán, Caballero, Barón, Vizconde, Conde, Marqués y Duque, ese último equivale a Príncipe de Sangre”. Se establecían dos condecoraciones: la “Orden del Alcohol” y de la “Orden de la Amistad”.

La del alcohol la podía entregar el Rey directamente, y la de la amistad, en Asamblea General de Notables de la Corona. Esta última, a razón de no más de dos por año.

Los ministerios iban de la lógica al absurdo. Economía, Interior y Comercio se mezclaban con el de Alimentación —que cuidaba al detalle la ingesta del Rey y probablemente era el encargado de vigilar que se cumpla la prohibición de tomar leche en el reino, a favor de las bebidas espirituosas— y el de No Guerra. Ese último oportunamente a cargo de Mariano Peleo. Más abajo, una

cartera de directores generales (Correo, Prensa) y un director de la banda Charanga Real, con la batuta de Eugenio Ursini, el sastre del pueblo apodado Maestro Manga Corta.

Para terminar, el artículo 21 fijaba el tercer domingo de octubre de cada año como "fiesta real el Día de la Amistad".

Algo, en la dedicación puesta en las letras de molde del primer El Heraldito, dejaba entrever un detalle que quizá muchos de sus contemporáneos no soñaron siquiera imaginar: el reino había nacido para expandirse.

\*\*\*

La filmación comienza a mostrar cortes. Se hace evidente que se trata de una compilación de muchos fragmentos, de diferentes tiempos y situaciones. La imagen del Rey deriva en planos de la guardia y pasa, furtiva, por un adolescente de traje lustroso y seriedad comprometida. Tito era su nombre. Ahora él abre las puertas de su casa —a pocas calles de la de Lahourcade, a algunas más de la de Wallace— y da la mano fuerte, firme. Es alto, y su figura demuestra bastantes menos de los 78 años que cumplió en marzo. Se llama Silvio Ursino. Nunca se fue del pueblo, y es el único sobreviviente del nacimiento del reino.

A los 17 años se calzó el traje de guardia y acompañó al Rey desde esa caminata inaugural. Apenas se le puede ver en la cinta. Tito no vivió el día a día de El Nacional. "Eso era para los grandes", dice. Las tertulias étlicas las vio con la nariz contra el vidrio, y no demora en levantar su bandera de exclusividad: "Soy el único que queda —acto seguido aclara—. Todavía viven dos o tres personas más,



pero fueron de los que entraron después, yo estuve desde el comienzo”. Tito dice la verdad. Todos murieron, y muchos de ellos bastante jóvenes. “Se tomaba mucho”, piensa Tito en voz alta, uniendo esa reflexión a la idea de la muerte precoz de varios.

¿Puede eso haber tenido que ver con el fin de algunos integrantes de esta historia? Alicia Lahourcade pone una asombrosa cara de asombro y lo niega rotundamente. “Aunque era cierto que se tomaba mucho, y había algunos que vivían de rentas y no tenían otra cosa para hacer, de haber tomado demasiado no podrían haber llevado adelante lo que hicieron”. Los dos datos sirven para entender un poco más: no era un grupo de borrachines sin rumbo, y el dilatado tiempo de ocio fue un elemento determinante.

En boca de Tito Ursino, lúcido y memorioso, brota Ángel Canatelli y va cobrando forma su imagen. “Un hombre que además de muchas ideas, tenía voluntad. Para estas cosas, siempre hace falta eso: uno que empuje y el resto que acompañe —resume—. El fue el hacedor, el alma del Reino”.

Y fue él, Angelito, quien pensó en un castillo.

\*\*\*

El primer número de El Heraldito lo había prometido, y parecían palabras al viento. Mientras la corte y los ministros asumían, Ángel Canatelli, en su voluptuoso carácter de Primer Ministro y Guardián de la Corona con carácter interino y Ministro de Relaciones Exteriores y Jefe del Superior Ceremonial Real, juró construir un castillo para el Rey, pero uno tan verdadero como falsa era su monarquía.

El Marqués de Pintoresco, don Fernando Cores, pagó de su propio bolsillo un enorme predio junto a la laguna, a algunos kilómetros del centro del pueblo. Era un terreno inhóspito en esa época, sin urbanizar y sin caminos aceptables, sólo un sendero. Se esfumaba el año 1947, y Canatelli puso manos a la obra. En los tiempos libres de sus trabajos en la construcción, partía rumbo al “Coto Real de Caza y Pesca” —así fue el primer nombre oficial— con sus empleados de obra, y con ellos levantaron una entrada al terreno: dos torres rematadas en almenas de “custodia” y un portón de hierro forjado. A su derecha, un cartel rezaba:

*“Estas puertas se defiendan,  
que no ha de entrar, vive Dios!  
Por ella quien no estuviera más  
loco que lo que estoy yo!”  
Manuel I Rey de Copas*

Los ministros se sumaron rápidamente al delirio empujado por Canatelli. El ministerio de Economía del Reino, con Héctor Garbizu a la cabeza, fue el encargado de organizar las finanzas para la construcción, en contacto permanente con el Tesoro Real, que había recaído en don Humberto Pignataro. Cada integrante vació sus propias arcas y el reino se hizo de empréstitos para los materiales. Angelito dibujó los primeros planos, que cambiaron mil veces antes de materializarse. A lo largo de 1948, el castillo estaba en marcha.

Una estructura fortificada, con almenas en la parte trasera, esa que miraba hacia la laguna; la zona del puerto real. En el frente, el portal era flanqueado por dos torres con

sus ventanales, y en el centro, el balcón donde el Rey daría sus discursos. Eran 170 metros de superficie cubierta para el salón principal, el solar, y dos salones en los laterales destinados al bar y el comedor privado. Un hall de recepción, toillettes y, en la planta alta el despacho del monarca, habitaciones y salones de baño para los huéspedes.

Además, hasta esa zona —unos cinco kilómetros desde el casco urbano— se llevaron las instalaciones de energía eléctrica y agua corriente, atravesando terrenos vírgenes y complicados. Una empresa compleja que crecía al mismo ritmo de la bronca masticada por las esposas de ministros y de miembros todos, que dedicaban más tiempo a sus cargos que a ellas.

El castillo del Reino de la Amistad era la nueva morada —a tiempo parcial, claro, para no descuidar El Nacional— del afianzado Manuel I.

La historia de los reinos imaginarios, delirios omnipotentes y separatismos absurdos puede dar un paseo por unos cuantos ejemplos, pero no parece encontrar similares al de Chascomús. Nacido de una broma —condición que nunca abandonó— se levantó con la fuerza de una institución paralela a las oficiales, pero con la amistad, la celebración y, claro, las copas como columna vertebral de gobierno. Lahourcade recuerda la experiencia de la República de La Boca, hacia 1876 —aunque las fechas varían según la fuente— cuando los inmigrantes genoveses instalados en ese barrio de Buenos Aires, populoso y popular, se levantaron contra el gobierno y decretaron su independencia. Pero aquello duró sólo algunas horas, y el espíritu que lo guió estuvo en las antípodas de este reino.

Con sentido monárquico y con una motivación tan delirante como la de Manuel I y sus seguidores, se podría ubicar a la historia de Orelle Antoine de Tourens, el francés que a mediados del siglo xix se proclamó "Rey de Araucania y Patagonia". La figura de Tourens, delirante por sus métodos, se cruza con un costado más peligroso, ya que su autocoronación apuntaba al dominio territorial de media Argentina y Chile. Dos veces lo intentó, y dos veces lo capturaron. Aunque hasta hace pocos años había supuestos descendientes reclamando sangre azul y derechos sobre la Patagonia.

En la filmación ahora el salto es evidente. La fecha no es para nada clara, puede ser 1948 o 1949. Los cimientos del castillo aparecen enseguida como base de muros casi terminados. Un paseo del Rey embarcado por la laguna se funde con la Gran Velada de Gala en el cine teatro Chascomús, en la noche del 1 de junio de 1949, para el que nuevamente se rentaron trajes y galeras de primer nivel, ahora en la Casa Martínez de Buenos Aires, a 92 pesos cada uno. Después, un "almuerzo en privado", con el Rey y la Corte brindando y cambiando ideas en los jardines.

No se sabe cuándo fue; entre risas pueden estar proponiendo nuevos ministerios, decidiendo el tono de los textos de El Heraldó, o designando algún nuevo embajador. Y de pronto, la imagen del 8 de enero de 1950: la inauguración del segundo paso en el crescendo de Canatelli & Cia: la Plaza de Toros.

\*\*\*

Visto así, era el camino lógico. "El Rey tenía que tener castillo, y como era español, ése debía tener plaza de

toros”, deduce Lahourcade, y apunta que el reino consiguió lo que no había logrado la fuerte colectividad española del Chascomús de principios de siglo, cuando en 1900 se le impidió levantar una plaza para el deporte de la Madre Patria. El reino solicitó los permisos correspondientes mediante su Correo Real, con papelería membretada y estampillas verdes estampadas con el rostro del monarca. A través de esa correspondencia se comunicaban con las autoridades municipales, abogados y se solicitaban préstamos. Era común la documentación con el sello del reino, esa fuerza paralela con sus propias reglas. Para la plaza de toros — bautizada “Ministro Canatelli”— hizo falta el diseño del constructor, pero fue ahí donde aquella mirada cruzada en el inicio con Bebe Wallace entró fuertemente en juego.

Juan José Bebe Wallace, regordete y formal, tenía por entonces ventajosos contactos en Buenos Aires, más precisamente en la aduana. “Por entonces tenía relación directa con las concesionarias, en una época en que estaban vigentes los cupos de importación. Lo que también permitía a los integrantes del reino, entre los que se contaban por entonces los hacendados fuertes de Chascomús, poder comprar los últimos modelos de Plymouth, Ford o Chevrolet y ser nuestra ciudad una de las que ostentaba un número de vehículos más nuevos de mayor magnitud de acuerdo con su población”. Así lo recordó el diario local *El Argentino*, del 9 de enero de 2000, al cumplirse medio siglo de las primeras corridas.

El contacto aduanero de Bebe se transformó en fundamental. Antecedentes de los containers, por entonces los vehículos importados llegaban a Sudamérica encerrados en cajones de gruesas maderas que terminaban

sus días en el descarte. Con los planos bocetados por Angelito, las maderas fueron llevadas hasta Chascomús y se transformaron en el perímetro y tribunas de la plaza, que se instaló a un costado del castillo, dentro del mismo predio, pintada de rojo y blanco, con una arena de 50 metros de diámetro y con capacidad para dos mil personas.

Para llegar con todos los bríos al 8 de enero de 1950, el rey Manuel ordenó procurar los toros y los toreros. Bartolomé del Valle, El Pajarero, fue el director de la costosa expedición que llegó hasta la provincia norteña de Corrientes —solventada, como siempre, por los aportes de la Corte en su totalidad— en busca de los animales, mientras desde Perú hicieron llegar a los más diestros toreros. Antonio Fuentes, Eladio Sacristán Fuentes, Apolo Martínez El Cordillerano, Vicente Martínez Niño de Haro, Ceferino Hernández Barrerita, y otros, se lanzaron a la plaza y repitieron la corrida al mes siguiente. Luego de la primera —que tuvo como condición única no lastimar al toro, en sintonía fina con el espíritu de fraternidad—, el banquete real para casi 700 personas cerró la fiesta.

Con su espacio de recreación terminado y un palacio propio, la Corte se reunía para tomar las decisiones importantes, madurar cambios en el gabinete, y sobre todo, celebrar. Cada reunión demandaba un acta rubricada por el escribano real, y cualquier ausencia derivaba en multa. Así lo demuestra un decreto que aún se conserva, en el que el Rey, amigable pero estricto, multó con penas de entre 100 y 500 pesos a ministros y embajadores que faltaron sin aviso a una celebración por nuevos nombramientos.

“Las multas impuestas —decía el artículo 4º— deberán ser obladas en la Tesorería Real, dentro de las

48 horas de recibida la notificación pertinente, bajo pena de pérdida total de los privilegios con los que han sido favorecidos”.

Tito aclaró que aúnes posible encontraren Chascomús a algún sobreviviente de otras etapas de la monarquía. Ahí está esperando, a la mesa de un bar, Domingo Lejona, Mingo, parte de la Guardia Real en el segundo periodo del reinado. Fue hacia 1950. Los ministerios sufrían algunos cambios, aunque siempre los personajes fundamentales se mantuvieron firmes en sus posiciones. Mingo, que años después adquirió fama deportiva con el plantel de Gimnasia y Esgrima La Plata en los torneos de futbol de comienzos de los años sesenta, parece dividir su nostalgia entre esas dos etapas: habla con la misma emoción de su carrera futbolística, de lesiones y gambetas, como de su papel en el Reino de la Amistad.

Era sólo un chico de 13 o 14 años cuando se integró a la caballería dentro de la Guardia Real para los actos protocolares, hacia la época de la inauguración de la plaza de toros. “Fue una humorada inolvidable —dice— que hacía llenar las calles y los teatros cuando juraban los ministros o en la corridas. Se nombraban ciudadanos ilustres, como Aníbal Cosito Fourquet (uno de los vecinos linderos a El National y Jefe de la Guardia Real), siempre con el hacedor, el Hombre del Reino detrás”. El Hombre del Reino era, claro, Angelito.

Tito Ursino cumplió con su servicio militar obligatorio en Chascomús.

Quando faltaban pocos días para terminarlo, una carta de las autoridades le puso como destino para las últimas dos semanas de su instrucción la ciudad de La Plata, la “ciudad

grande" más cercana, a mitad de camino con la capital nacional. Su novia, cosechada en las tertulias reales del castillo quedó esperándolo en el pueblo. Era enero de 1953.

En la mañana del 17 de ese mes, Angelito Canatelli entró, apurado, al bar El Diluvio, a unas pocas calles de El National. Trabajaba con sus obreros muy cerca de allí, en las molduras de una obra en construcción. No se sentía del todo bien. Una ginebra podía devolverle las fuerzas, habrá pensado. La pidió, se sabe, pero nunca llegó a probarla.

Tito recibió otra carta, ahora estando ya en La Plata, ahora firmada por su novia. "Murió Canatelli", fue la noticia, la que ese día corrió por todo el pueblo. "En ese momento pensé que se acababa el reino —recuerda—. Con él se fue el alma", dice Lahourcade y sin saberlo coincide con Tito. El obituario publicado en la gráfica local al día siguiente lo describía: "Nada hubo que no le interesara [...] la acción que lleva a los espíritus a ser un poco niños cuando se ha traspuesto con creces esa edad, lo contaron siempre en leal y franca colaboración, como si su vida se hubiese hecho para eso: para no defraudar nunca al amigo". La fórmula tácita Manuel I al gobierno, Angelito al poder se apagaba.

La vieja filmación se corta abruptamente. Una edición reciente le puso música, pero los últimos minutos ni siquiera los tienen. Un plano postrero, movido, y final. La cinta entrega apogeo y decadencia en un abrir y cerrar de ojos. Llegó 1953 y faltó quien empujara. Alguien a quien seguir, diría Ursino. "Como buen acto nacido de la bohemia duró poco, y eso sucede mucho más cuando desaparecen los protagonistas. Las creaciones de ese tipo no son para durar. Cuando se institucionalizan, se acaban", cierra Alicia Lahourcade.



El reino se extendió formalmente entre 1947 y 1952 —aunque sus integrantes contaban como nacimiento el Día de la Amistad de 1946— y sus actividades se desdoblaron entre El National y el castillo. Las actividades vertebrales fueron los banquetes y tertulias, siempre bien (muy bien) regadas por vinos y aperitivos. Un gran pretexto, desmedido y costoso, para pasarla bien. La correspondencia real y los decretos versallescos, los desfiles, embajadores plenipotenciarios, cónsules en pueblos cercanos —como los nombrados para los pueblos de Magdalena, Lezama, Tandil y Ayacucho—, los tres ejemplares anuales de El Heraldito en 1947, 1948 y enero de 1950; y los discursos de florida retórica se pusieron a disposición de una pompa de jabón sin más objetivo que la broma.

Enalgún caso, el reino —acaso institucionalizándose— metió manos en un trabajo social. El 7 de abril de 1950 un vendaval se llevó parte de la Capilla de los Negros, una antigua construcción afroamericana del pueblo, y el reino organizó el operativo de reconstrucción, junto con los vecinos y autoridades políticas. “Aunque no llegó completamente a ser fuerte en los barrios más lejanos, el reino consiguió ampliar el espectro de la aristocracia pueblerina”, dice Lahourcade.

\*\*\*

Son los últimos meses de 2008, y ya el calor se hace sentir en el empedrado. En la calle, la caravana sigue ruidosamente al son de la “Za Za”, la misma marcha que la banda creó e interpretó sesenta años atrás para Manuel I, y que tenía como única y repetitiva letra, su título. El paisaje

cambió, y más aún lo hizo la sociedad. El calvo nuevo Rey sonríe y saluda, seguido de una corte y sus ministros, ahora a todo color. La nueva monarquía, los herederos del trono celebran su tercera fiesta.

El Rey, despojado de atuendos protocolares, es Julio César Medley, un hombre de 66 años, nacido y crecido en Chascomús. "Y aquí he de morir", dice mientras camina por una callecita a metros de la laguna. Su historia coincidió en varios puntos con la del viejo reino. "Entre 1964 y 1967 tuve un bar llamado El Chiqui, a unos metros de donde había estado El National. Sólo duró tres años, pero quedó muy guardado en el recuerdo de muchos". En 1967, bajó las persianas, cuando él tenía sólo 24 años y mientras moría, a muchos años del derrumbe del reino, aquel otro pilar, el Bebe Wallace.

En 2005, los antiguos parroquianos de El Chiqui homenajearon a Med-ley con una cena, y quisieron recordar el antecedente. Sin el alcohol como fetiche, ahora la Orden es "del Café y la Gaseosa", y tiene menos de transgresor y novedoso que de fecha anual de festejo de la amistad, con elección de reina incluida el tercer domingo de cada octubre. Los nuevos cargos están prácticamente huecos y son enunciaciones, títulos, sin la dedicación de antaño, pero con el fin noble. "Queremos continuar con esto, que apunta a una sociedad en la que hay tantas agresiones. A la amistad, al humor; un aporte para que las futuras generaciones sigan participando. Y buscar gente joven para que lo puedan continuar".

El castillo duerme en parte derrumbado, con sus ventanas y puertas saqueadas. Una de sus torres principales se mantiene erguida y se ve desde el portal, ese que

permanece semicubierto por vegetación amarillenta. La fachada, tan pintoresca, conjuga su aire medieval con graffitis del siglo xxi, y el solar que ponía orgullosos a los cortesanos perdió el techo hace años. El sol y la lluvia son ahora implacables con los trozos de madera que penden del techo, y con los baldosones de gastados blanco y negro. Un cartel que ordena "no pasar, peligro de derrumbe" se encarga de poner la distancia definitiva con los curiosos. De la plaza de toros no queda rastro alguno, sólo un gran círculo con árboles que ralean. La zona es menos inaccesible que en aquellos días. Ahora el camino asfaltado pasa cerca y a unos 100 metros se pueden ver algunas casas y quintas con algo de movimiento. Parece un resto arqueológico en la pampa bonaerense.

Su derrotero fue simple: caído el reino por causas naturales, dejó de tener vida y sentido. Con el tiempo, algunas viudas de los ministros quedaron con la posesión, sin fines a la vista. En 1975, la mutual Casa del boxeador decidió comprarlo con el compromiso de mantenerlo y cuidarlo. El último punto fue, en verdad, relativo. Derruido, la gota que colmó el vaso llegó en 1999 cuando se desmoronó una de las torres principales y gran parte del techo. Ya lo habían saqueado más de una vez.

Desde allí, el ping pong de la burocracia: el municipio no podía hacer nada porque era territorio privado, la provincia, por lo mismo, los privados, porque no tenían fondos, y así.

El último salto se dio con la ley provincial 12.416, del 27 de abril de 2000, que marcó la expropiación a la mutual, el traspaso a la provincia, y abrió la senda para el paso al municipio, a la gente de Chascomús. La única

condición para el trámite —la historia se repite— fue el reacondicionamiento y manutención del castillo. Se concretó en febrero de 2005.

El castillo no está igual que entonces, está bastante peor. La razón parece ser tan entendible como infinita: con las urgencias que tiene que afrontar un municipio, refaccionar el castillo pasa a un segundo plano. Y ahí entra la nueva monarquía, constituida como asociación civil. “Buscamos un permiso para una explotación con el compromiso de la restauración. Buscar darle vida a todo el predio, sin tocar el castillo, que conserve el espíritu que tuvo, como una especie de museo; de alguna forma tiene que estar al resguardo”, dice Julio I.

En diciembre de 2008, la legislatura de la provincia de Buenos Aires declaró de Interés Provincial “la iniciativa de vecinos y autoridades municipales orientadas al resurgimiento del Reino de la Amistad y las acciones tendientes a la restauración y puesta en valor del Castillo de la Amistad”.

Tito vive el nuevo reino con pasión de decano, con el orgullo de ser el único prócer con vida. Toda su vida fue empleado de correos y se ganó el cargo actual de Director del Correo Real, de la Orden de la Estampilla. Patricio Wallace (hijo) ostenta el título de Barón. En 2008 murieron Héctor Halty y Edgardo Tieri, dos participantes de la vieja guardia —que se completa con la figura de Bonifacio Guerra— homenajeados en las páginas del flamante número 3 de El Nuevo Herald, el renacido periódico para la nueva etapa, de octubre de ese año. Carlos Guerra, otro soldado del viejo reino —que incluso llegó a ser el eslabón perdido, cuando

lo proclamaron como un efímero Carlos I— murió a fines de 2005.

Angelito no tuvo hijos, y Manolo, aquel caricaturesco rey querible, cuyo mandato se desdibujó con la muerte de Canatelli, se casó ya grande y su esposa lo conminó a abandonar toda broma protocolar y grandilocuente. Nunca nadie le había quitado formalmente su trono, pero su cargo se desvaneció junto con el reino. Al tiempo se fueron del pueblo, y todos aquí perdieron su rastro.

El Reino de la Amistad está a flor de labios de todos en Chascomús. La mayoría jamás pudo vivirlo, y los que sí, son claros. Como Mingo Lejona, y sus ojos que empiezan a brillar: “En esos años Chascomús fue una fiesta. Hubo gente que se tomó el reino en serio, y en realidad fue una gran broma: fue el Reino de la Broma. Los que no lo vieron ni lo ven así, no entendieron nada los que quisieron hacer aquellos próceres de la amistad”.

## AGRADECIMIENTOS

Hagamos una pirámide.

En el vértice, gracias a los editores de los diferentes medios en que estos textos fueron originalmente publicados: Leila Guerriero (*Gatopardo*), Glenda Girón (*Séptimo Sentido*), Ximena Pascutti (*Rumbos*), Fernanda Nicolini y Humphrey Inzillo (*Brando*) y Graciela Cutuli (*Página/12*). Son ellos que dijeron en cada caso: "Dale, me gusta la idea". Y abrieron así la puerta para ir a jugar.

A Ximena Pascutti, que escuchó con atención las palabras que le dictaron Zoe y Olivia al oído, y las transformó en ese tan -pero tan- lindo prólogo.

A Eduardo *Taladro* Cejo, por dejarse atravesar por los textos y traducirlos en imágenes. Y así, elevarlos a otra dimensión.

Abriendo el plano, gracias a las editoriales que unieron sus fuerzas para respaldar este libro: la perteneciente a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), y la de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro (UNICEN). En los nombres de sus directores, Ulises Cremonte y María Gutiérrez, las gracias enormes a ambos equipos. También al apoyo la EDULP (Editorial de la Universidad Nacional de La Plata). A su director, Facundo Ábalo, extendiendo el abrazo.

Y con ellos como excusa, la panorámica. Los cimientos de la cuestión: gracias a la Universidad Pública. Ese espacio que me formó, en el cual soy docente y que permite, ahora, que esta publicación sea un hecho.

## EL AUTOR

Sebastián Benedetti es periodista. Licenciado en Comunicación Social y Especialista en Periodismo Cultural por la Universidad Nacional de La Plata. Sus notas, crónicas y coberturas de viajes (por diferentes lugares de Argentina, Uruguay, Brasil, España, Italia y Francia) fueron publicadas en medios como *Página/12*, *Brando*, *Rumbos*, *La Mano*, *La Pulseada*, *Diagonales*, *Gatopardo* (México) y *Séptimo Sentido* (El Salvador).

En 2007 publicó el libro *Estación Imposible. Expreso Imaginario y el periodismo contracultural*, que se reeditó en 2016 a través de Gourmet Musical Ediciones. En 2013



fue premiado por el Senado de la Nación Argentina por su ensayo acerca de la contracultura impresa en el país, texto que forma parte del libro *La contracultura en Argentina: 1973-1989*. Actualmente, conduce el ciclo *Los Subterráneos, apuntes de una cultura rock de papel*, en Radio Universidad de La Plata.

Como docente, creó el seminario "Periodismo alternativo, rock y contracultura" en la UNLP y actualmente es Profesor Adjunto de Redacción Periodística en la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN).